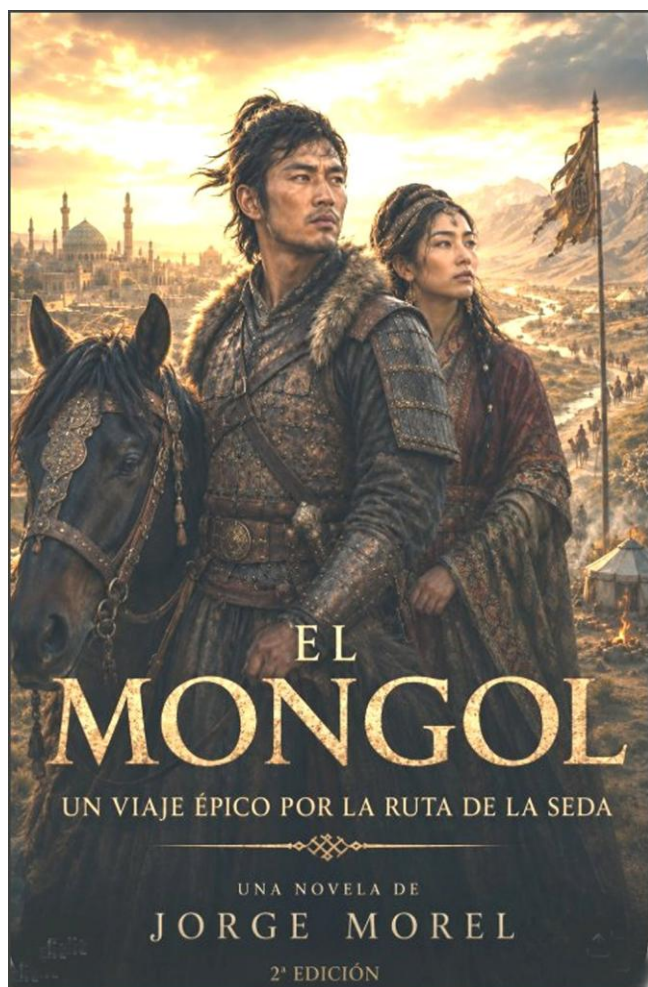




EL MONGOL

UNA AVENTURA ÉPICA
A TRAVÉS DE LA RUTA DE SEDA

UNA NOVELA DE JORGE MOREL

SEGUNDA EDICIÓN

«El Mongol» es una obra de ficción histórica. Algunos de los personajes, lugares y acontecimientos históricos están basados en la realidad. Ciertas fechas, cronologías y hechos han sido adaptados o condensados en beneficio de la narrativa.

Cualquier discrepancia con el registro histórico es intencionada y no pretende restar valor a la extraordinaria historia del Imperio mongol ni a las civilizaciones con las que entró en contacto.

Diseño de portada: IA

Todos los derechos reservados. Queda estrictamente prohibida la reproducción parcial o total de este texto sin la autorización del autor.

Agosto de 2026

INTRODUCCIÓN

Los operarios que excavaban la tierra esperaban encontrar solo piedra. Llevaban meses restaurando el antiguo monasterio de San Jerónimo, ubicado en la ladera de Taormina, en Italia, sobre el mar Mediterráneo. El edificio había resistido guerras, terremotos y siglos de abandono. Ahora, oculto bajo capas de mortero y polvo, su pasado emergía una vez más.

En una mañana de primavera, el pico de un trabajador golpeó madera. El sonido resultó tan insólito que se detuvo de inmediato. En cuestión de una hora, una pequeña multitud se había congregado alrededor de la rústica excavación. Enterrado bajo el suelo de lo que antaño había sido un almacén, yacía un cofre de madera, ennegrecido por el paso del tiempo, pero sorprendentemente intacto.

Con los años, la cerradura se había deshecho en óxido. En su interior hallaron varios objetos reducidos casi a polvo; una cruz de plata deslustrada y tres legajos de pergamino envueltos en un lienzo encerado.

Los obreros reconocieron que se podría tratar de un importante descubrimiento arqueológico; los documentos se trasladaron al Vaticano y se entregaron a los eruditos para su examen.

Se compararon los estilos caligráficos, la ortografía, el idioma y las referencias históricas con documentos conocidos de la misma época. Técnicas científicas como la datación por radiocarbono, el examen con luz ultravioleta y la obtención de imágenes multiespectrales ayudaron a detectar la ausencia de alteraciones posteriores, escrituras ocultas o falsificaciones modernas.

Al cabo de unas semanas, los pergaminos fueron declarados auténticos. La tinta, la caligrafía y los materiales apuntaban inequívocamente al siglo XIII. Lo más asombroso fue una inscripción descolorida que se encontró en uno de los envoltorios:

Padre Nicolás.

El nombre era conocido por los historiadores. Las crónicas de ese siglo hablaban de un sacerdote que había viajado mucho más allá de la cristiandad, adentrándose en tierras a las que pocos europeos de su época habían logrado llegar. Sin embargo, ninguna de esas crónicas mencionaba el extraordinario tesoro oculto bajo el suelo del monasterio.

Los pergaminos contenían una historia. Y no era la crónica de un rey, un papa o un conquistador.

Era la historia de un mongol.

Página tras página se describía la estepa infinita, el surgimiento de grandes ejércitos, el tronar de los cascos, desiertos lejanos, ciudades olvidadas y un viaje que llevó a un hombre mucho más lejos de lo que jamás se habría creído posible.

Y una y otra vez aparecía un único nombre:

Temür.

Y junto a su relato figuraba el nombre de una mujer, siempre escrito con inusual ternura:

Layla.

Ningún historiador había oído hablar de Temür.

Ningún monumento lucía su efigie. Ninguna crónica celebraba sus hazañas.

Y, sin embargo, a lo largo de siete siglos, su voz había perdurado, preservada por la mano de un amigo que creyó que su historia merecía sobrevivir.

Muy lejos de allí, más allá de las montañas, los desiertos y el transcurrir del tiempo, las llanuras de Mongolia seguían extendiéndose bajo el Eterno Cielo Azul.

Y, por fin, tras siglos de silencio, Temür volvía a hablar.

CAPÍTULO 1

LA HISTORIA DE TEMÜR

La estepa¹ no tenía fronteras.

Se desplegaba en todas direcciones, como un océano infinito de hierba. El viento soplaba sobre ella como un aliento vivo, inclinando las altas briznas amarillentas en largas y susurrantes olas. No había muros, ni caminos, ni aldeas; solo la tierra abierta y los rebaños errantes. Por encima de todo se alzaba el Eterno Cielo Azul, el gran firmamento de la estepa.

Corría el año 1216. Un *mor'ton* (jinete) que cruzara en solitario aquel mar de hierba en Mongolia rara vez lo hacía sin un propósito. Un jinete así podía llevar un mensaje para su kan, cabalgar en avanzadilla como explorador o intentar alcanzar un destino conocido. Pero los niños no vagaban solos por un lugar como aquel.

Temür cabalgaba en solitario.

Tenía once años y no tenía destino alguno; su único propósito era sobrevivir.

¹ Estepa: una vasta pradera abierta con muy pocos árboles. Se extiende por partes de Mongolia, Asia Central, el sur de Rusia y Ucrania.

Desterrado de su tribu, cabalgaba ahora por tierras que no conocía. No era consciente de sus probabilidades de salir adelante. Quizá encontrara alguna tribu nómada dispuesta a acogerlo. Quizá la estepa se cobraría su vida antes.

Apenas una semana atrás, su vida era muy diferente.

Temür había vivido desde su nacimiento en un *khot'ail*², un grupo de *gers* que conformaba la comunidad tribal.

El *ger* era la vivienda tradicional de los mongoles. Se trataba de una tienda con una estructura de madera cubierta con lana de oveja. Se reforzaba con cuerdas hechas de crin de caballo que lo mantenían todo firme contra los fuertes vientos de la estepa, conservando el calor en invierno y el frescor en verano.

El padre de Temür, Al-Lamir, era el Kan del clan³, por lo que, de niño, Temür disfrutó de una vida de ciertos privilegios.

Tenía un padre que se erguía como un pilar entre los hombres, una madre cuya voz transmitía calidez, tres hermanas y un hermano —Altan— dos años mayor que él, fuerte e inflexible en su conducta.

² Khot'ail. En Mongolian, un grupo de tiendas perteneciente al mismo clan.

³ Los términos "clan" y "tribu" tienen significados diferentes. Un "clan" se refiere a una familia, un grupo de parentesco ancestral, normalmente formado por unas pocas decenas de personas. Una 'tribu' define a un gran grupo de miembros con política o etnia común.

Temür había crecido a la sombra de su hermano, guiado por su fuerza y protegido por su presencia. Altan era la mano más firme, la voz más decidida, aquel en quien su padre confiaba cuando se requería sensatez.

La de Temür era una tribu pequeña —no más de una docena de familias, apenas doscientas almas—, pero permanecían estrechamente unidos por las leyes de la estepa. Entre ellos, todo hombre de entre doce y sesenta años era un *dainchin*, un guerrero de por vida.

Cuando nació Temür, la *ekh barigch* (comadrona) se sorprendió al ver que traía un coágulo de sangre apretado en el puño; era un augurio del que los ancianos hablaban en voz baja como una marca del destino. Entre la gente mayor se decía:

«El niño que al nacer aferre sangre, un día tomará el destino de los hombres en sus manos y jamás lo soltará sin cobrar un precio».

Pocos sospechaban que la profecía terminaría por cumplirse.

Su padre lo llamó Temür, que significa «hierro» en lengua mongola.

A la edad de tres años, siguiendo la costumbre de la tribu, le regalaron un poni al que llamó Salkhi (viento), y desde aquel día lo montó como si jamás hubiera caminado sobre sus propios pies.

Pero no era su destreza al cabalgar lo que lo hacía diferente.

A los seis años recibió un arco. Más pequeño que uno normal, pero no por ello menos letal.

Y con él, algo en su interior despertó.

No aprendió como aprende un niño, sino como si recordara algo que ya sabía, pero había olvidado. En poco

tiempo, fue capaz de realizar las tres proezas que incluso a los guerreros experimentados les costaba dominar:

El alzamiento del lobo, erguirse sobre la silla para disparar sus flechas.

El giro del halcón, soltar las riendas y girarse por completo a galope tendido para abatir a quienes lo perseguían.

Y el descenso de la sombra, ocultarse tras el flanco de su caballo para disparar por debajo de su cuello.

Temür se movía con una calma y una seguridad impropias de su edad. Y quienes lo observaban empezaron a preguntarse, no si llegaría a ser grande, sino en qué clase de hombre se convertiría ese muchacho.

Sin embargo, precisamente por ser tan conocido, su vida se veía perturbada a menudo por quienes lo miraban con envidia.

Había un chico de un clan vecino, tres años mayor que Altan, un poco más alto, y que ya se comportaba como un joven guerrero. Su nombre se pronunciaba con fastidio entre los muchachos más jóvenes y con indulgencia entre los adultos, pues era hijo de un hombre respetado.

Acudía a menudo a su *khot'ail*, y siempre que lo hacía, los problemas lo acompañaban.

Tomaba lo que quería —carne, herramientas, pequeños trofeos— y se burlaba si alguien lo desafiaba. Entre los niños, la fuerza era la única ley, y a él se le obedecía sin chistar.

Altan no le temía.

Temür sí.

Tarde o temprano, algo tenía que romperse, y sucedió junto al río.

Ese día, el agua corría fría y cristalina sobre las piedras pulidas. Los dos hermanos habían trabajado juntos desde la mañana, pacientes y decididos, hasta que al fin atraparon un pez lo bastante grande como para alimentar a su familia. El pez coleaba en las manos de Altan, plateado y vigoroso, una valiosa pieza arrebatada a la corriente, y los dos se reían cuando apareció el otro chico.

Al principio no dijo nada. Se limitó a mirar.

Luego dio un paso al frente.

Altan se interpuso para cerrarle el paso. Pelearon, pero la contienda fue breve.

El chico mayor golpeó primero: con fuerza, rapidez y sin vacilar. Altan se tambaleó pero no cayó. Respondió con su propio golpe, pero la diferencia de fuerza era insalvable. Un segundo impacto lo derribó al suelo.

Temür se quedó paralizado, incapaz de mirar. Escuchaba el sordo impacto de los puños y a su hermano debatiéndose bajo un peso muy superior.

La pelea terminó tan repentinamente como había comenzado. Durante un rato, los tres muchachos permanecieron en un silencio que solo rompía el sonido de sus respiraciones. Cuando Temür volvió a mirar, todo había acabado.

El chico se erguía sobre Altan con el pez en la mano. Soltó una risa breve y satisfecha y se alejó sin mediar palabra.

Altan permaneció en el suelo un largo instante antes de incorporarse.

Se acercó a Temür y lo abrazó, intentando restar importancia a lo ocurrido. Pero no pudo ocultar su

decepción, y Temür lo notó. Regresaron en silencio al *khot'ail*.

La noticia corrió como la pólvora, como siempre ocurría entre los *gers*. Para cuando se presentaron ante su padre, la historia ya había tomado forma, volviéndose más afilada y cruel que la propia realidad.

Altan había peleado.

Temür no.

Su padre, Al-Lamir Khan, escuchó sin inmutarse. Cuando Altan, magullado y sangrando, terminó de relatar lo sucedido, el juicio no llegó en forma de ira, sino como algo mucho más frío.

Temür esperaba una reprimenda severa, tal vez incluso un castigo físico, pero su padre se limitó a decirle:

—Un hombre no abandona a su hermano.

Las palabras pesaron más que cualquier golpe.

A su alrededor, los demás murmuraban. Algunos lo hacían abiertamente.

Cobarde.

La palabra corrió de boca en boca, al principio como un susurro y luego con más fuerza. Temür solo tenía once años; aquellas palabras se posaron sobre él, imposibles de sacudir, como el polvo que arrastra el viento.

Esa noche durmió a la intemperie. El fuego languidecía a su lado y la estepa se extendía en la oscuridad. En su mente, volvió a escuchar la palabra.

Cobarde.

Tomó una decisión: limpiaría su nombre y el de su familia, o moriría en el intento. Tengri, el dios supremo del cielo, lo juzgaría.

Al amanecer, cabalgó solo. Sabía dónde encontrar al chico.

No por casualidad, sino porque lo había observado antes. Conocía sus rutas favoritas, por dónde cabalgaba, dónde cazaba y dónde se creía a salvo de miradas ajenas.

Oculto tras una elevación del terreno, Temür permaneció inmóvil con el arco ya en la mano. Su respiración se normalizó y sus pensamientos se concentraron hasta que no quedó nada más que el presente inmediato.

El chico apareció a la vista, montado y haciendo caminar a su caballo sin precaución, con la atención puesta en otra parte, como si el mundo no albergara peligro alguno para él.

En la llanura de la estepa, los jinetes mongoles eran capaces de ver a gran distancia. Ser capaz de avistar a un *bar* (tigre) agazapado a cientos de metros, o a un *cherig* (guerrero enemigo) emboscado, era una cuestión de supervivencia.

Cuando el chico se encontraba a unos cuatrocientos metros, Temür se reveló.

El muchacho detuvo su caballo y comprendió de inmediato. Aquel niño prefería morir antes que vivir con los insultos.

El muchacho empuñó su arco y colocó una flecha. Luego midió el trayecto. A esa distancia, era un tiro sumamente difícil. Dispararía a cien metros. Conseguiría su pieza. Soltó una fuerte carcajada y partió a galope tendido.

Temür se irguió; extendió la cuerda del arco hasta que llegó hasta su oreja. Por un instante, todo pareció inmóvil.

Ni miedo. Ni ira. Solo certeza.

Cuando el caballo del muchacho estuvo a doscientos metros, soltó la cuerda. La flecha voló e impactó en el centro del pecho del chico.

El cuerpo del muchacho se sacudió una vez y cayó de la silla sobre la hierba.

El caballo siguió corriendo sin él.

El silencio regresó a la estepa.

Temür bajó el arco y se aproximó. El muchacho había muerto, pero nada más había cambiado. El viento soplaba sobre él, como siempre lo había hecho. El cielo seguía siendo el mismo.

Cuando regresó a su ger, se lo contó a su padre. El Kan conocía las consecuencias del acto de Temür.

—Yo te protegeré —le dijo a Temür—. Tomaré su sangre en mi propia mano.

La voz del muchacho sonó con claridad:

—No, yo responderé por lo que he hecho.

Encontraron el cuerpo del muchacho antes del anochecer. Yacía donde había caído, con la flecha aún clavada profundamente en su pecho. Su caballo había regresado sin jinete. Eso bastaba para que los hombres buscaran por la estepa, y no tardaron mucho en comprender lo que había sucedido.

Y no tuvieron que preguntar quién lo había hecho.

Al anochecer, llegó el clan vecino.

Cabalgaban duro, con la ira precediéndolos como un viento de tormenta. A la cabeza estaba el padre del chico muerto, con el rostro tallado por el dolor y la furia y los ojos fijos en el campamento de Temür.

Los dos clanes se encontraron. Nadie habló a la ligera esa noche. Las armas estaban al alcance de la mano. El aire mismo parecía contener el aliento.

Los hombres se reunieron en un amplio círculo, silenciosos, esperando. Algunos comentaban que Temür tenía derecho a buscar justicia, pero coincidían en que había ido demasiado lejos.

Ambos clanes se sentaron frente al ger de la familia de Temür.

Temür permanecía de pie ante ellos. Ninguna cadena lo ataba. Ninguna era necesaria.

Durante mucho tiempo, el padre de Temür no dijo nada. Luego posó su mirada en su hijo, no como un padre, sino como un juez.

—Tú lo mataste —dijo al fin.

No era una pregunta.

Temür no bajó los ojos.

—Sí.

Un murmullo recorrió a la gente congregada.

La expresión del Kan no cambió.

—¿Por qué?

La voz de Temür no tembló.

—Golpeó a mi hermano. Tomó lo que era nuestro.

Hubo una pausa. Temür continuó:

—Hice lo que antes no había podido hacer.

—¿Fue una muerte honorable?

—Sí, padre. Se acercaba con una flecha ya colocada en su arco.

El viento se movía por el campamento, agitando los bordes de las tiendas de fieltro.

El Kan cerró los ojos brevemente, como si escuchara; no a las voces a su alrededor, sino como intentando oír el consejo de los dioses.

Su mirada se elevó hacia la tribu congregada y más allá de ellos, hacia donde el clan opuesto y los demás jinetes esperaban en la oscuridad, aguardando su dictamen de justicia.

Cuando volvió a hablar, su voz resonó en todo el círculo, firme e inflexible.

La sangre reclamaba sangre. Y si no se hacía justicia, la guerra estallaría.

El Kan volvió a mirar a su hijo.

—Eres mi hijo —dijo el khan—. Y por eso, no puedo condenarte a muerte.

Un murmullo recorrió a la multitud.

—Pero has derramado sangre que no te correspondía reclamar. Comprende que debes marcharte.

Temür respondió:

—Sé que ya no hay lugar para mí en este khot'ail.

—Tomarás tu caballo y lo que puedas cargar. A partir de esta noche, ya no perteneces a esta tribu.

Nadie se movió.

—No regresarás. No te llamarás a ti mismo mi hijo. Y ningún hombre aquí cabalgará a tu lado.

Temür permaneció de pie sin mostrar sus emociones. Altan no pudo soportarlo más. Ignorando cada costumbre de la asamblea, cruzó el círculo y abrazó a su hermano menor. Ninguno habló. Las palabras se habían vuelto inútiles. Cuando finalmente se separaron, Altan apoyó ambas manos en los hombros de Temür.

—Nunca fuiste un cobarde.

Su voz apenas superaba un susurro. Repitió:

—Nunca lo fuiste.

Temür cerró los ojos. Esas eran las palabras que tanto había anhelado escuchar.

Su madre dio un paso al frente a continuación. Llevaba una manta de lana doblada que ella misma había tejido. Sin hablar, la envolvió alrededor de los hombros de su hijo. Sus manos temblorosas se demoraron allí por un momento; quería retenerlo, pero se dio la vuelta antes de que nadie pudiera ver sus lágrimas.

Al-Lamir no pudo volver a mirar a su hijo. Simplemente levantó la mano, indicando que el juicio había terminado.

La multitud se dispersó lentamente. Nadie celebró. Nadie discutió. Se había hecho justicia. Sin embargo, todos comprendían su terrible costo.

Esa tarde, Temür permaneció fuera del círculo de los gers, mientras los sonidos familiares del campamento flotaban hacia él.

Cuando llegó la noche, se sentó solo en una colina baja que dominaba el campamento donde había nacido. Los gers brillaban tenuemente bajo las estrellas, sus fogatas parpadeando como brasas dispersas por la pradera. En algún lugar, un caballo relinchó. Las voces flotaban desde una de las tiendas antes de desvanecerse en el silencio. Todo estaba como siempre había estado. Todo excepto él. Mañana, esas fogatas ya no serían suyas.

Se envolvió la manta con fuerza alrededor de los hombros y levantó los ojos hacia los cielos. Por encima de él se extendía el cielo azul, ahora transformado en un vasto mar de estrellas.

Desde la infancia había creído que Tengri observaba a cada jinete que cruzaba la estepa. Esta noche se preguntaba si el gran dios lo estaría mirando a él.

Las palabras de su padre resonaban implacablemente en su mente.

«Nunca más te llamarás mi hijo».

Comprendía por qué se había dictado ese veredicto. Su padre había salvado a la tribu. Si se hubiera negado a castigar a su propio hijo, se habría desatado un baño de sangre. Familias que habían vivido juntas durante generaciones se habrían convertido en enemigas.

Temür sabía todo eso, pero comprender el juicio no disminuía el dolor. Por primera vez en su joven vida, se sintió verdaderamente solo.

Antes del amanecer, empacó silenciosamente las pocas pertenencias que se le permitía conservar: su arco, su carcaj, un cuchillo de caza. Su manta. Una alforja de cuero con agua y una pequeña bolsa de cuero que contenía carne seca.

Nada más. Todo lo demás pertenecía a la tribu que dejaba atrás.

Salkhi esperaba pacientemente a su lado. El pequeño poni empujó suavemente a Temür con el hocico, como si presintiera su tristeza, y Temür apoyó una mano contra el cuello del animal.

—Parece que ahora solo somos tú y yo.

El poni resopló suavemente. Eso fue respuesta suficiente.

Mientras el horizonte comenzaba a aclararse lentamente, una pálida franja de rocío plateado se extendió por las praderas.

Temür apretó las correas de la silla una última vez. Miró hacia el campamento y, por un instante, vaciló. Una parte de él deseaba desesperadamente correr de regreso. Abrazar a su madre. Decirle a Altan que lo sentía. Pedirle a su padre una oportunidad más. Un leve sonido detrás de él rompió el silencio y se dio la vuelta.

Altan estaba allí.

Al principio no mediaron palabras entre ellos. El hermano mayor dio un paso al frente y lo abrazó con fuerza. Cuando se separaron, Altan buscó debajo de su propia capa de montar y sacó un pequeño objeto envuelto en cuero. Era una piedra de afilar. La misma que su padre había usado durante años para afilar su cuchillo de caza.

—Quiero que la tengas —dijo. Temür se quedó mirando el regalo.

—No puedo.

—Sí, puedes.

Altan cerró la mano de su hermano alrededor de ella.

—Toda hoja se desafilas —sonrió con tristeza—. Mantenlas afiladas.

Por primera vez desde el juicio, Temür sonrió. Solo brevemente, pero fue suficiente.

Unos momentos después, apareció otra figura. Su madre caminaba lentamente sobre la hierba, llevando un pequeño fardo en las manos.

Ninguno de los dos habló; ella simplemente abrió la tela. Dentro había varios trozos de pan fresco que había horneado antes del amanecer. Temür la miró con sorpresa. Su voz temblaba.

—Los necesitarás antes de que aprendas a cazar solo.

Levantó la mano y apartó suavemente un mechón de pelo de su frente, tal como hacía cuando él era un niño pequeño. Por un instante, olvidó que él se marchaba. Solo vio a su hijo. Las lágrimas llenaron sus ojos.

—Desearía...

Se detuvo; ninguna palabra podía cambiar lo que ya se había decidido. En su lugar, le besó la frente.

—Que Tengri cabalgue a tu lado.

Temür sintió que sus propios ojos empezaban a arder. Quiso responder. Quiso prometer que volvería, pero ambos sabían que no podría hacerlo. Inclino la cabeza en silencio.

Su madre se dio la vuelta antes de que las lágrimas la vencieran. No miró atrás.

Cuando el sol finalmente despuntó en el horizonte, Al-Lamir salió de su ger y se detuvo solo ante la entrada. Su expresión no revelaba nada. Un Kan no podía permitir que su pueblo viera su dolor.

Vio a Temür montar a Salkhi.

Padre e hijo se miraron a lo lejos. Lentamente, Al-Lamir levantó la mano derecha. No como un adiós, sino como una bendición.

Temür respondió con el mismo gesto. Luego giró su caballo hacia la estepa abierta. El campamento desapareció gradualmente detrás de él y los familiares gers se convirtieron en diminutos círculos blancos en el horizonte. Luego se desvanecieron por completo y solo quedó la estepa.

El viento barría las llanuras, como lo hacía cada día. Algunos halcones sobrevolaban en círculos, los caballos salvajes pastaban en valles lejanos. El mundo no

había cambiado. Solo la vida de un muchacho se había transformado para siempre.

Temür siguió cabalgando sin mirar atrás. Por delante aguardaban tribus desconocidas, peligros desconocidos, amistades desconocidas. No sabía que, un día, los reinos pronunciarían su nombre.

CAPÍTULO 2

LA ESTEPA

Su poni Salkhi corría bajo y veloz sobre la tierra irregular, con sus cascos batiendo un ritmo constante. La crin oscura del animal ondeaba al viento y una columna de polvo los seguía en su estela mientras cruzaban la llanura.

Temür se inclinó hacia delante, el cuerpo fundido en un sólido movimiento con el caballo y la mirada fija en la manada que tenía ante él.

Tres gacelas huían por la hierba, ligeras y fugaces como sombras proyectadas por las nubes. Se movían a largos saltos sin esfuerzo, casi sin tocar la tierra.

Temür presionó sus talones contra los flancos de Salkhi, y el pequeño caballo arremetió hacia delante.

La distancia entre el cazador y la presa comenzó a acortarse.

Sin romper el paso, Temür echó la mano por encima del hombro y sacó una flecha del carcaj de cuero que llevaba a la espalda. Con el mismo movimiento levantó su arco, un arma corta y curva de madera y cuerno, pulida por el largo uso.

Se levantó ligeramente sobre los estribos y el mundo se redujo al blanco viviente que tenía delante.

Tensó la cuerda del arco hasta la oreja.

Durante un latido de su corazón se quedó quieto, inmóvil, apuntando a su presa. Luego disparó.

La flecha silbó en el airé e impactó en la última gacela, detrás de la paletilla. El animal tropezó, dio una vuelta sobre sí mismo y cayó sobre la hierba. Las demás gacelas se desvanecieron en la distancia.

Temür frenó su caballo y regresó.

Al llegar al ciervo caído, desmontó y se arrodilló a su lado. Colocó la mano sobre su cuello, no con aire de triunfo, sino como reconocimiento; un homenaje silencioso a la vida que había sustentado a su pueblo desde los primeros días.

Temür levantó los ojos.

—*Eterno Cielo Azul* —murmuró, con una voz que no era más que un murmullo—, *te doy gracias por la caza*.

Era una oración mongola sencilla, más antigua que la memoria, transmitida de padres a hijos a través de generaciones de cazadores.

Una hora más tarde, el sol se había ocultado tras las distantes montañas Khentii, y la estepa se iluminaba con el tenue resplandor de la luz agonizante, sus hierbas vueltas de color bronce, y el viento cubriéndola como una marea oscura, anunciando la noche que se avecinaba.

Un halcón que en ese momento volara alto sobre la llanura, habría podido ver un pequeño fuego parpadeando, apenas perceptible en la vasta inmensidad.

Temür había montado su campamento. Había estacado su poni, colocado su silla de montar contra el viento y encendido una hoguera de estiércol seco, sobre la que daba vueltas lentamente una tira de carne fresca cuyo aroma se elevaba en el aire de la noche.

Después de comer, antes de acostarse, tomó un trozo pequeño de carne y lo arrojó a las llamas. Luego, con voz baja, pronunció las palabras que su padre le había enseñado hacía mucho tiempo, llamando a los espíritus de quienes lo habían precedido.

—*Cielo Azul, escúchame. Espíritus de mis padres, cabalguen cerca. Ofrezco esto a la llama. Protejan mi sueño y mantengan mi alma en su senda.*

El fuego restalló suavemente. Bajo la tenue luz de la hoguera, su pequeña figura parecía casi irreal.

Una hora después, el fuego ya casi se había extinguido.

Temür yacía de lado, con la capa bien ceñida contra el frío, observando las últimas brasas exhalar su luz agonizante en la oscuridad. La estepa se extendía a su alrededor sin fin; sin voces, sin risas, sin tribu. Solo el viento y el sonido lento y constante de su poni arrancando la hierba cercana.

Cerró los ojos. Luego, en silencio, casi avergonzado de sus propias palabras, susurró una oración a la noche:

—*Tengri, dios supremo del cielo... Sé que mi destino es justo y estoy en deuda contigo por haberme permitido vivir hasta ahora. Mi único deseo es redimirme haciendo el bien. Pero estoy solo... si me escuchas... ayúdame... envíame a un amigo que disminuya mi soledad.*

Escuchó, pero no hubo respuesta, solo más silencio.

El muchacho soltó un lento suspiro y se giró sobre la espalda, contemplando las estrellas hasta que el sueño lo venció.

Horas más tarde, se despertó con un sobresalto.

Algo sucedía. El aire había cambiado.

Temür no se movió al principio. Su mano se deslizó lentamente hacia el cuchillo que llevaba en el cinturón.

Entonces vio un ojo; lo observaba desde la oscuridad, más allá de las brasas.

El aliento se le atascó en la garganta. Por un instante, no pudo moverse. Las historias regresaron de golpe a su mente: espíritus de la estepa, cazadores de la noche, criaturas que vigilaban a los hombres mientras dormían.

El ojo no parpadeaba.

Temür tragó saliva, obligándose a incorporarse, aunque cada instinto le gritaba que saliera corriendo.

—Vete —susurró a la oscuridad, con la voz reseca—. No tengo nada para ti.

El ojo se movió.

Y entonces, lentamente, la criatura dio un paso al frente.

No era un espíritu.

Era un perro... o tal vez un lobo que se había visto obligado a dejar su manada, tal como le había pasado a él.

El pelaje del animal era de un extraño color rubio, áspero, enmarañado por el viaje y por viejas heridas. Un lado de su cara estaba cubierto de cicatrices y había perdido ese ojo, sellado en una línea pálida y torcida. El otro ojo, afilado y amarillento, no se apartaba de Temür.

El animal permanecía justo más allá del alcance de la luz de la hoguera, con las costillas ligeramente visibles bajo su pelaje.

Solo, como él.

Temür soltó el aliento que había estado conteniendo.

—No eres ningún fantasma —murmuró.

Pensó en ofrecerle un poco de la carne de gacela y miró hacia el fuego. Pero no quedaba nada. Siempre guardaba la carne restante en su morral, envuelta en hojas, para evitar que su olor atrajera a los lobos u otros animales salvajes durante la noche.

Despacio, muy despacio, estiró la mano hacia su morral.

El animal se tensó.

Temür reconoció esa mirada y puso una mano en el mango de su cuchillo. Con la otra mano, sacó una tira de carne seca y la sostuvo en alto por un momento, dejando que el olor se dispersara. Luego la lanzó; ni muy cerca, ni muy lejos. A una distancia justa entre los dos.

El animal no se movió al principio. Después, con mucho cuidado, se acercó. En un movimiento rápido, atrapó la carne y se retiró con la misma velocidad, sin darle nunca la espalda.

Temür sonrió.

—Peleas por cada bocado —dijo—. Bien. Eso significa que estás vivo.

El animal devoró el trozo y luego se quedó allí, observándolo.

El segundo pedazo lo lanzó más cerca.

Esta vez, el animal no se retiró tan lejos.

Para el tercero, se quedó dentro del límite de la luz del fuego.

Temür bajó la mano hasta el suelo, con la palma abierta.

—Pedí un amigo —dijo en voz baja—. No pensé que el cielo me mandaría uno con largos colmillos.

La oreja del animal se contrajo.

Durante un largo instante, ninguno de los dos se movió.

Entonces, lentamente, el perro dio un paso al frente. Lo suficientemente cerca como para que Temür pudiera escuchar su respiración. Lo suficientemente cerca como para que pudiera ver el reflejo del fuego en su único ojo.

El animal no lo tocó, pero tampoco se marchó.

Eso era suficiente.

Temür, más tranquilo, dejó que el sueño lo tomara.

Despertó cuando la primera luz del amanecer se arrastraba sobre la estepa, pálida y fría. El animal seguía echado a corta distancia del fuego, acurrucado pero alerta, como si estuviera listo para desvanecer en cualquier momento.

Temür se levantó, estirándose, y miró de reojo a su poni, que resopló suavemente ante el recién llegado, pero no se movió.

Ahora eran tres.

Volvió a mirar al perro-lobo.

—Un solo ojo —dijo, ladeando la cabeza—. Pero ves más que la mayoría.

Pensó por un momento y luego asintió con la cabeza.

—Sí; te llamaré Suld. (*Espíritu*).

El animal levantó la cabeza; no movió la cola, pero no se fue.

Temür sonrió levemente.

—Bien —dijo—. Entonces cabalgaremos juntos.

CAPÍTULO 3

LA CARAVANA DEL SULTÁN

Pasaron varios días. Temür y sus dos compañeros continuaron avanzando hacia el oeste. Había oído hablar de las grandes rutas comerciales que recorrían los mercaderes camino de Bagdad.

Una mañana, muy temprano, Temür despertó al escuchar voces.

El viento había amainado poco antes del amanecer. En cuanto abrió los ojos, notó que la hierba había dejado de susurrar. La estepa permanecía inmóvil, como si contuviera la respiración bajo el pálido cielo matinal.

Durante un instante no se movió.

Entonces volvió a oírlas.

Voces.

Al principio se deslizaron en su mente como un sueño; familiares en su forma, pero extrañas en su esencia. Hombres hablando. Alguien llamando a otro. El tenue ritmo de una conversación.

El corazón de Temür comenzó a latir con fuerza.

Su perro, Suld, también se había puesto alerta. Empezó a avanzar hacia el origen de las voces, pero una mirada firme de Temür bastó para hacerlo echarse nuevamente.

Temür mantuvo el cuerpo pegado al suelo y cuando entreabrió los ojos, vio una gran caravana avanzando lentamente sobre la cresta de la colina más cercana.

Las voces sonaban distintas; suaves, redondeadas, como agua deslizándose entre piedras. No eran los sonidos secos y cortantes de su pueblo. No era el idioma de las órdenes y la supervivencia.

Eran extranjeros.

Levantó apenas la cabeza.

Las figuras avanzaban por la siguiente loma, recortadas contra un cielo cada vez más luminoso.

La caravana formaba una columna de casi cien pasos de longitud. Caballos al frente, camellos detrás, seguidos por una larga fila de cabras y sirvientes que caminaban a pie. Sus vestimentas ondeaban con la brisa, que comenzaba a regresar. Sus siluetas parecían extrañas: demasiado holgadas, demasiado cubiertas. Llevaban la cabeza envuelta en telas.

Claramente, no eran mongoles.

Los dedos de Temür se cerraron con fuerza alrededor del pequeño cuchillo que llevaba al cinto mientras observaba.

Al principio, desde la distancia, solo eran una línea vacilante sobre el horizonte pálido, mientras el viento le traía el murmullo de sus voces.

Poco a poco pasaron lo bastante cerca para que Temür distinguiera sus rasgos.

Algunas de aquellas formas adquirieron contornos desconocidos.

Temür solo había visto camellos una vez en su vida, muy a lo lejos, como criaturas pertenecientes a otro mundo.

Ahora se acercaban.

De largas patas y andar balanceante, se movían de una forma distinta a cualquier animal de la estepa. No con el ritmo rápido y enérgico de los caballos, sino con un movimiento pausado y ondulante, como si fuera la propia tierra la que los impulsara hacia adelante.

Una caravana.

Al frente cabalgaba un hombre montado sobre un magnífico caballo negro. Iba erguido sobre la silla, envuelto en varias capas de ricas vestiduras que atrapaban la luz con discretos destellos. Eran telas finas, de colores profundos, rematadas con delicados bordados.

Su postura era recta y natural, como si el movimiento del caballo no pudiera afectarlo. Del cinturón colgaba una espada corta y curva, cuya empuñadura estaba ricamente trabajada.

Incluso desde aquella distancia, Temür comprendió que aquella arma no había sido hecha solo para combatir, sino para simbolizar el poder.

Tras él cabalgaban tres hombres más.

Eran corpulentos y, aun desde lejos, Temür distinguía que su piel era más oscura que la del jinete que iba al frente. Llevaban grandes sables curvos al cinto, además de arcos y carcajes sujetos a las monturas.

Temür pensó que probablemente eran sus guardaespaldas.

Detrás de ellos venía la mujer.

Su camello llevaba una estructura que Temür jamás había visto.

Era como una jaula arqueada, completamente cubierta por telas que se mecían suavemente con el paso del animal.

Una jaula... pero una jaula lujosa.

Sus costados estaban revestidos con telas rojas y doradas, decoradas con intrincados diseños. Las aberturas permanecían cubiertas por finos velos que permitían mirar hacia fuera sin ser visto desde el exterior.

Dentro, apenas se distinguía el contorno inmóvil de la mujer, protegido del viento y del polvo.

Tras ella cabalgaba una sirvienta, sentada sobre una montura más sencilla. Llevaba el rostro y el cabello cubiertos, aunque sus ojos permanecían atentos.

Después venía la larga fila. Hombres y animales formaban una extensa cadena que avanzaba con deliberada calma.

Los camellos, cargados de mercancías, caminaban con paso constante. Sobre sus lomos transportaban fardos envueltos en cuero y tela. Algunos eran cofres firmemente asegurados; otros, largos paquetes equilibrados a ambos lados del animal.

Seda, quizá, especias o cosas para las que Temür todavía no tenía nombre.

Los hombres caminaban junto a ellos o cabalgaban a su lado.

Todos iban armados. Algunos llevaban espadas. Otros, arcos. Sus movimientos eran tranquilos. Conversaban entre ellos en aquel mismo idioma fluido que Temür había oído antes, una lengua que subía y bajaba como la corriente de un río.

La caravana no parecía tener prisa. Avanzaba con la serenidad de quienes conocían el desierto.

El hombre rico al frente, la mujer protegida detrás de él. Luego la sirvienta, las mercancías, los hombres. Cada uno ocupando su lugar.

El viento cambió de dirección y llevó hasta Temür un aroma distinto al del cuero y los animales. Algo desconocido. Especies. Dulzura.

La caravana siguió acercándose, pasando muy cerca de la pequeña hondonada donde él permanecía escondido.

«¡Corre!», le gritó una voz dentro, aunque ya era demasiado tarde. Estaban demasiado cerca.

Pero el grupo continuó su camino sin prestar atención a su presencia.

Temür los observó pasar, fijándose en cada detalle.

Parecían pertenecer a otro mundo, no a la estepa que él conocía. Al cabo de un rato desaparecieron detrás de una colina. Cuando las voces terminaron por extinguirse, Temür consiguió relajarse y permaneció inmóvil durante mucho tiempo, como si todavía pudiera ver sus figuras suspendidas en el aire.

Se sintió avergonzado.

Había esperado con ansiedad encontrarse con otras personas y, ahora que se habían marchado, no sabía qué hacer.

Temür había visto lo suficiente y escuchado suficientes historias para comprender que jamás existían garantías cuando uno se encontraba con desconocidos.

Temür había aprendido la verdad de la estepa.

A veces la muerte llegaba con facilidad. Existían peligros. Hombres que cabalgaban sin nombre. Sin honor.

Hombres que observaban desde lejos y atacaban durante la noche. Hombres que no dudaban en matar por su propio beneficio.

Bandidos.

Sin embargo, aquellos extranjeros no le habían parecido amenazantes. Y tenía hambre. No solo de comida, sino de contacto humano.

Memorizó la dirección que habían tomado y decidió que los encontraría aquella noche, cuando hubieran levantado el campamento.

El sol estaba casi oculto cuando Temür detuvo a Salkhi. Había visto, a lo lejos, el reflejo de una hoguera. Desmontó y avanzó lentamente hacia la luz. Se detuvo a unos cien metros del fuego, soltó las riendas y se agachó tras unos arbustos.

Suld lo miró fijamente con su único ojo, como si esperara instrucciones. Temür le indicó con un gesto que se tumbara y permaneciera inmóvil.

La tarde descendía lentamente sobre la estepa, como si el cielo se resistiera a desaparecer.

Temür permanecía tendido sobre la cresta de una baja loma, con la hierba rozándole la mejilla. Había elegido cuidadosamente aquel lugar. Estaba lo bastante alto para observar y lo bastante bajo para no ser visto.

Abajo, los extranjeros habían levantado un campamento muy distinto de cualquiera que Temür hubiera conocido. Nada como el suyo, con su pequeña hoguera y su sencillo círculo de orden.

Aquello era otra cosa. Más grande, más ruidosa, más viva.

En el centro se alzaba una tienda como jamás había visto. Parecía surgir de la tierra como una figura de muchos colores: rojos profundos, dorados bruñidos, franjas azules y verdes que capturaban los últimos rayos del sol, rematadas por borlas que se mecían con el viento.

Temür pensó que aquella tienda era demasiado grande para una sola familia. Alrededor, otras tiendas más pequeñas formaban un amplio círculo.

La hoguera central ardía con fuerza, lanzando altas columnas de humo. Enseguida comprendió que no era un fuego alimentado con estiércol seco, como hacían los mongoles. Era una hoguera de madera, sin dudas transportada desde muy lejos.

Figuras cruzaban constantemente entre las llamas. Hombres vestidos con largas túnicas limpias y ricamente adornadas. El metal brillaba en sus cinturones.

Temür observó los caballos. Eran animales fuertes y hermosos, de cuellos robustos, bien alimentados, con una postura orgullosa. No eran mucho más altos que su pequeño Salkhi, apenas una mano más, pero sus pelajes brillaban y tenían un aspecto refinado y compacto.

Sus monturas tampoco eran las viejas sillas de cuero gastado de la estepa, estaban cuidadosamente trabajadas. Decoradas y bien conservadas. Valiosas.

«En ese campamento hay riqueza», pensó Temür.
Y donde había riqueza...

también había hombres dispuestos a defenderla.

Y, por tanto, peligro.

Temür cambió ligeramente de posición, procurando no alterar el movimiento natural de la hierba.

El viento le trajo nuevamente aquellas voces en la misma lengua melodiosa.

Pero ahora sonaba distinta. Más rápida. Más fuerte. Mezclada con órdenes. Gritos secos, tintinear de metal.

En un momento, en algún lugar comenzó a sonar un instrumento de cuerda. Primero suavemente. Después con más intensidad.

Música.

Temür frunció el ceño.

¿Quién hacía música en plena estepa?

¿Quién se mostraba con tanta claridad?

Necios.

O hombres convencidos de que nadie se atrevería jamás a atacarlos.

Su mirada volvió hacia la gran tienda. La entrada permanecía abierta. En el interior brillaba una luz cálida y constante. No era el parpadeo del fuego, eran lámparas. quizás de aceite.

Más que una tienda... era una casa capaz de viajar.

Una carcajada resonó desde el interior, vibrante y despreocupada, y sobre todos ellos comenzaron a aparecer las primeras estrellas.

Un aroma de comida hizo que el estómago de Temür se contrajera.

Comida. Comida abundante. Carne cocinada con especias. Pan. Quizá incluso dulces.

Temür tomó una decisión.

Se levantó, tomó las riendas de Salkhi y miró a Suld, que parecía asentir con la cabeza.

Luego caminaron lentamente hacia el campamento.

Un niño fue el primero en verlo, y su grito rompió el silencio.

Todo el grupo se detuvo de inmediato, alerta.

El hombre al frente levantó una mano, no como una amenaza, sino como un gesto de autoridad.

Habló con calma, y los demás guardaron silencio.

Temür se detuvo, permaneció inmóvil, cubierto de polvo, con los ojos atentos y preparados para cualquier peligro.

El hombre se le acercó lentamente. Temür aferró el cuchillo y siguió cada uno de sus movimientos.

El hombre apoyó una mano sobre el pecho y dijo, —Yusuf.

Solo eso. Pero era un gesto importante. En la estepa, los nombres no se ofrecían a la ligera. Luego hombre esperó.

Después de un instante lo señaló suavemente. Temür vaciló. Sentía la garganta seca, pero atinó a decir, —...Temür.

Yusuf asintió, como si acabara de establecerse algo importante.

Temür observó que el hombre llevaba una *jambiya*, el característico puñal corto y curvo de los árabes. La empuñadura estaba magníficamente decorada con plata y hueso tallado.

Yusuf abrió una alforja y le ofreció un trozo de pan. Temür dio un paso al frente y, muy despacio, lo tomó en sus manos y comenzó a comer con cuidado.

Detrás de Yusuf, una mujer se acercó llevando una vasija con agua. La dejó en el suelo, entre ambos, y retrocedió.

Temür bebió. El agua descendió fresca por su garganta. Fría, viva, como si se llevara consigo el cansancio.

El hombre mayor levantó entonces el rostro hacia el cielo y comenzó a recitar unas palabras.

Sonaban como una oración. Temür observó cómo todos inclinaban la cabeza.

«Qué gente tan extraña», pensó. «Qué costumbres tan extrañas.»

Cuando terminó la oración, Yusuf hizo un gesto invitándolo a acercarse al fuego.

Temür evaluó la invitación.

Detrás de él... no había nada. Ni tribu. Ni pasado.

Delante... solo desconocidos.

Dio un paso al frente. Todos parecían haber estado esperando ese movimiento. De inmediato, el campamento volvió a la vida. Algunos entraron en la gran tienda. Otros continuaron con sus tareas.

La mujer se acercó a él. Vestía ropas diferentes a cualquiera que Temür hubiera visto antes. Capas de tela caían con elegancia alrededor de su cuerpo. Eran de un intenso color carmesí oscuro, atravesadas por hilos que atrapaban la luz del fuego y la retenían.

Oro, quizá. La tela se movía con ella. No era rígida, ni pesada, como si estuviera viva. A cada movimiento, las delgadas pulseras de metal que llevaba en las muñecas tintineaban suavemente. No era un sonido fuerte. No estaba destinado a oírse desde lejos. Solo lo suficiente para anunciar discretamente su presencia.

Llevaba la cabeza cubierta, pero no oculta. Un velo de fina tela enmarcaba su rostro, lo bastante transparente para dejarlo ver y, al mismo tiempo, mantener cierta distancia. Bajo el velo, las facciones de la mujer permanecían serenas, dueñas de sí mismas.

Su piel conservaba el cálido tono del sol, pero sin la aspereza propia de la estepa abierta.

Temür no pudo evitar pensar que, aunque ya no era una mujer joven, toda su apariencia era hermosa.

Ella hizo un gesto y un sirviente se acercó con la cabeza inclinada. Le dio una breve instrucción, apenas un movimiento de la mano, y se retiró.

El sirviente asintió. Entró en la tienda y reapareció unos segundos después llevando una alfombra enrollada. La extendió cerca del fuego y le indicó a Temür que ese era su lugar.

Una vez que dejó a Temür, el sirviente se paró delante de la entrada de la tienda, aparentemente dispuesto a permanecer de guardia durante toda la noche.

Temür observó que el sirviente, además de su *jambiya*, llevaba un largo sable curvo.

Temür condujo a Salkhi hasta un pastizal y le quitó la silla. Cerca había un recipiente con agua y ambos animales bebieron. Dio el resto del pan a Suld, que lo devoró de inmediato. Después regresó a la alfombra, se acostó y apoyó la cabeza sobre la silla de montar.

La mujer salió de la tienda, dijo unas palabras al guardia y volvió a entrar. Su movimiento tuvo algo de definitivo, y el campamento quedó en silencio. Las últimas voces se desvanecieron en la suave respiración de la noche. El viento recorría ligeramente las cuerdas, haciéndolas vibrar. En el interior habían bajado la intensidad de las lámparas, y la luz se había reducido a un resplandor cálido y constante.

Aquella noche, el cielo volvió a arder de estrellas y el niño mongol de once años permaneció acostado contemplándolas y reflexionando. Había sentido miedo;

ahora comprendía que necesitaba analizar la situación. Intentó observar lo que estaba ocurriendo, procurando pensar como lo haría un hombre:

Aquellas eran personas ricas, pero, más importante aún, parecían personas civilizadas. El campamento estaba bien ordenado. Una hoguera baja titilaba de manera controlada, contenida; nada que ver con las hogueras de su pueblo.

Sintió que quizá el Eterno Cielo Azul había escuchado su plegaria y se había compadecido de él.

«Sí, tiene que ser eso», pensó.

Finalmente, el sueño lo venció. Su pequeño cuerpo quedó recogido sobre la alfombra, con una mano aún aferrada al cuchillo.

Desde que había abandonado su tribu, cada noche soñaba con su madre y con su hermano. Pero aquella noche fue distinta. Soñó que cabalgaba sobre Salkhi por verdes praderas, volando sobre los ríos, llevando el gran arco de los auténticos guerreros mongoles.

Mientras Temür dormía, al fondo de la tienda, separados por un cortinaje, el hombre y su esposa seguían despiertos.

El sultán Al-Samir estaba sentado sobre un bajo cojín, ligeramente inclinado hacia delante, con las manos apoyadas sobre las rodillas. Su barba estaba cuidadosamente arreglada y su túnica permanecía impecable a pesar del viaje. Era un hombre que llevaba el orden consigo dondequiera que iba.

Ella permanecía sentada frente a él, observándolo abiertamente. Durante un largo momento ninguno habló. Luego, en voz baja, él dijo:

—No puede seguir aquí.

Zubayda, la primera esposa del sultán y la segunda persona más importante de la casa, levantó la vista hacia él.

Zubayda era elegante, aristocrática; personificaba el refinamiento, la inteligencia y la influencia. Una primera esposa ejercía una gran influencia, aunque rara vez poseía autoridad formal. Su voz no se elevó. Con serenidad, pero con firmeza, respondió:

—Los turcos me arrebataron muchas cosas, pero no lograron quitarme el deseo de tener un hijo.

Hizo un gesto hacia el muchacho y añadió:

—Alá no lo ha guiado hasta nosotros por casualidad.

La mandíbula del hombre se tensó.

—No busques una señal donde no la hay. El mundo no se rige de esa manera.

Ella se inclinó ligeramente hacia delante. No suplicaba. Jamás suplicaba.

—No tenemos hijos. Alá te ha enviado uno. Es un bárbaro, pero la ley dice que podemos adoptarlo si prometemos convertirlo a nuestra fe.

El sultán exhaló lentamente, como si algo dentro de él se resistiera incluso a hablar del asunto.

—No somos viajeros sin cargas —dijo—. Comerciamos. Viajamos con un propósito. Todo peso debe justificar su existencia.

Sus ojos se desviaron un instante hacia el lugar donde dormía Temür.

—Es un muchacho que no entiende una sola palabra de nuestro idioma. Observa como un animal acorralado. Puede huir en cualquier momento... o volverse contra nosotros.

Ella no respondió enseguida.

Simplemente volvió la cabeza y dejó que su mirada descansara sobre el niño dormido.

Temür no se había movido. El cuchillo seguía en su mano.

Cuando volvió a hablar, su voz era aún más suave.

—Mi señor, llevo años pidiendo un hijo y Alá me ha enviado uno. Concédeme un tiempo. Si Alá desea que lo recibamos, quedará demostrado en ese tiempo. Mi corazón me dice que es un niño especial.

El hombre cedió.

—Tendrás un invierno. Cuando aparezca la luna nueva, su tiempo habrá terminado.

—Alá recompensará vuestra misericordia. Si el niño volviera a cabalgar solo, lo más probable es que muriera.

Él no respondió. Ambos contemplaron al muchacho. Temür volvió a moverse en sueños; durante un instante su respiración se volvió irregular antes de recuperar el ritmo. Ignoraba que su vida acababa de cambiar para siempre.

Aquella noche Temür durmió con más tranquilidad que ninguna otra desde que había abandonado su tribu.

La alfombra tejida le resultaba extraña bajo el cuerpo. Era más suave que el duro suelo de la estepa y más cálida que su manta de lana.

El fuego ardía silenciosamente cerca de él y, por primera vez en muchos días, se quedó dormido rodeado por el tranquilizador sonido de otros seres humanos.

Alguien rio en voz baja a lo lejos. Un camello gruñó. Uno de los guardias murmuró unas palabras antes

de que otro respondiera. Eran voces desconocidas que hablaban una lengua desconocida. Sin embargo, ya no le inspiraban miedo.

La primera luz del amanecer comenzó a extenderse lentamente sobre la llanura y Temür se puso en pie. Los años vividos en la estepa le habían enseñado que nunca debía seguir durmiendo después de salir el sol.

Durante un instante olvidó dónde estaba. Luego vio la gran tienda carmesí y la memoria regresó de golpe. La caravana. Yusuf. El pan.

Cerca de él, Suld ya estaba despierto, observando el campamento con su único ojo amarillo.

Salkhi pastaba tranquilamente entre los caballos de la caravana como si hubiera pertenecido a ella desde siempre.

Temür sonrió y se relajó.

—Parece que tú has hecho amigos antes que yo.

El poni levantó la cabeza, como si hubiera comprendido.

El campamento ya había perdido la serenidad de la noche. Las hogueras eran montones de ceniza; el aire estaba impregnado de polvo y del tenue aroma dulce de las especias guardadas en sacos de cuero. Los hombres se movían con determinación, tensando correas, revisando cargas y hablando en voz baja, sin dar lugar a interrupciones. Era un mundo completamente despierto y ya en marcha.

El campamento cobraba vida. Los sirvientes iban y venían silenciosamente entre las tiendas, enrollando alfombras, apagando los últimos fuegos y cargando pesados fardos sobre los camellos arrodillados.

Temür observaba fascinado. Todo ocurría sin gritos, sin confusión. Cada persona parecía saber exactamente qué debía hacer. El campamento entero se movía con la precisión fluida de un ejército perfectamente entrenado. Le recordó a las hormigas reconstruyendo su hormiguero después de una tormenta.

Uno de los sirvientes advirtió que el joven mongol lo observaba.

Le sonrió con cortesía y le señaló una palangana cercana llena de agua limpia. Temür comprendió enseguida. Se lavó el polvo del rostro y de las manos. El agua fresca le resultó maravillosa. Cuando terminó, otro sirviente le tendió un paño de lino limpio. Temür vaciló. Miró la tela y luego al sirviente. Finalmente inclinó la cabeza en silencioso agradecimiento. El hombre volvió a sonreír. No hacían falta palabras.

El delicioso aroma del desayuno comenzó a extenderse por el campamento. Pan recién hecho, miel, queso de cabra y dátiles.

Temür solo reconoció el pan. Todo lo demás le era desconocido. Observó a los demás comer, sin saber si debía acercarse.

Entre los mongoles ningún huésped pasaba hambre. Pero aquellos hombres no eran mongoles y él desconocía sus costumbres.

Mientras aún dudaba, apareció Yusuf. El mercader lo saludó con la misma sonrisa cálida de la noche anterior. De nuevo se llevó la mano al pecho.

—Yusuf.

Después señaló a Temür.

—Temür.

El muchacho asintió. Ese juego sí lo entendía.

Yusuf soltó una leve carcajada y, mediante sencillos gestos, lo invitó a sentarse a su lado.

El desayuno fue servido sobre un gran tapiz tejido extendido en el suelo. Varios hombres se reunieron alrededor, sentándose con las piernas cruzadas. Antes de que nadie tocara la comida, todos inclinaron la cabeza en silencio. Un anciano pronunció una oración con palabras que Temür no comprendía. Los demás respondieron al unísono. Solo entonces comenzó la comida.

Temür observó atentamente. Cada hombre comía únicamente lo que tenía delante y siempre con la mano derecha. Comprendió enseguida que había entrado en otro mundo y que allí todas las costumbres eran diferentes.

Un sirviente le ofreció un trozo de pan caliente y Temür lo aceptó respetuosamente. Después le acercaron un pequeño cuenco lleno de un espeso queso blanco. Al verlo con desconfianza, uno de los mercaderes sonrió con gesto tranquilizador y tomó un bocado del suyo.

Temür lo imitó con cautela.

Sus ojos se abrieron de par en par.

Aquel sabor era diferente de todo cuanto había probado. Rico, cremoso, ligeramente salado.

Los hombres rieron, no de él, sino con evidente satisfacción al ver su expresión. Temür también terminó riendo.

Al principio, aunque todos lo habían tratado con amabilidad, seguía temiendo que hubiera algún peligro oculto en aquel nuevo mundo y que tarde o temprano terminara por revelarse. Según su experiencia, siempre sucedía.

En la estepa nada permanecía oculto durante mucho tiempo.

El viento traía la verdad. Los cascos anunciaban su llegada. El hambre hablaba con claridad. Hasta los enemigos llegaban acompañados por el sonido de la respiración y del hierro.

Pero allí nada anunciaba el peligro.

La sultana lo observaba sin que él lo advirtiera. Había ordenado que el muchacho recibiera todo cuanto necesitara. Y todos obedecían.

Al cabo de un rato, un sirviente se acercó para indicarle que el sultán deseaba verlo. Un guardia acudió a buscarlo y Temür lo siguió.

Lo condujeron a través del ordenado bullicio de la caravana hasta un gran pabellón de tela tejida. En el exterior, dos hombres armados permanecían inmóviles como estatuas. En el interior, el aire era más fresco y más tenue, impregnado por el aroma del incienso.

El sultán estaba sentado sobre varias alfombras y cojines superpuestos. Su presencia era tranquila, pero solemne, la de un hombre acostumbrado a ser obedecido. A su lado permanecía un anciano vestido con una larga túnica de color pardo. Del cinturón le colgaba un rosario rematado por una pequeña cruz.

Era un sacerdote, delgado, de edad avanzada, con el cabello y la barba salpicados de blanco. Sus ojos estaban llenos de vida y observaban con atención.

Temür se detuvo a unos pasos de distancia. No sabía cómo debía proceder, así que apoyó una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza. El sultán y el sacerdote sonrieron. El sultán hizo un gesto y uno de los guardias acercó un cojín para que Temür tomara asiento.

El sultán habló primero, con una voz grave y pausada. Las palabras, pronunciadas en una lengua extraña, no significaban nada para Temür.

El sacerdote escuchó atentamente y luego, hablando en mongol con una pronunciación cuidadosa, dijo:

—Mi nombre es padre Nicolás y soy un misionero franciscano. Viajé desde Roma con la Cuarta Cruzada. Abandoné a los cruzados después de la toma de Constantinopla. Más tarde viví durante dos años entre los mongoles de Batu Kan, hijo de Gengis Kan.

»Después de dejar a los mongoles, Dios me condujo hasta el sultán Al-Samir y llevo tres años a su servicio. El sultán es un hombre de gran valor y compasión. Dios te ha favorecido al conducirte hasta él.

El sacerdote miró al sultán, que asintió para que continuara.

—En su infinita generosidad, el sultán te ha recibido en su expedición y me ha pedido que te explique quiénes somos.

El padre hizo una breve pausa y continuó hablando con la paciencia propia de un maestro.

—Esta caravana está formada por varias casas mercantiles y clanes del desierto que viajan bajo la dirección del sultán. Somos mercaderes; nuestros hogares y el palacio del sultán se encuentran en la ciudad de Alepo, y ahora estamos de regreso hacia allí.

Temür acercó un poco más su cuerpo al sacerdote, fascinado por sus palabras. El sacerdote continuó:

—Regresamos de la ciudad de Mosul, una gran ciudad situada a unos treinta días de viaje de Alepo. Mosul es un importante centro de producción de tejidos, joyas y

especias, y allí hemos adquirido mercancías de gran valor. Ahora volvemos a Alepo, donde venderemos nuestros productos y, a cambio, adquiriremos otros. Comerciamos bajo la protección de nuestro soberano supremo, el califa Al-Mustansir.

Mosul, Alepo, caravanas de mercaderes... aquellas palabras sonaban fantásticas para Temür. Nunca se había alejado más de unos pocos kilómetros de su tribu; ahora empezaba a comprender que existían otros mundos más allá de la estepa. Comercio. Intercambio. Sin guerras. Una forma diferente de conquista.

El sultán lo observaba mientras el sacerdote traducía, estudiando no solo si comprendía las palabras, sino también su reacción.

—Nuestro viaje es largo —prosiguió el sacerdote—. Peligroso, pero provechoso.

El sultán dijo unas pocas palabras al sacerdote, que las tradujo enseguida.

—El gran Al-Samir ha notado tu confusión y me ha pedido que te diga que todo se comprenderá a su debido tiempo. También quiere que observes que el hecho de que un sacerdote cristiano viva bajo su tienda demuestra que son personas compasivas, instruidas y tolerantes, dispuestas a acoger a todas las religiones y a todos los hombres de buenas intenciones.

Aquellas palabras tranquilizaron de algún modo a Temür, y reunió el valor para preguntar:

—¿Por qué estoy aquí?

El padre Nicolás sonrió.

—La sultana te ha elegido. Ha recibido una señal de Alá indicándole que debía adoptarte —añadió el sacerdote—. Pasarás a formar parte de su casa.

El niño permaneció en silencio. Todo había sucedido con tanta rapidez que le resultaba difícil asimilarlo.

Entonces el sacerdote volvió a hablar, esta vez con más suavidad, como si las siguientes palabras exigieran especial cuidado.

—Hay una condición.

Temür volvió la mirada hacia él.

—Antes del próximo invierno, Alá debe enviar una señal.

Las palabras cayeron como una piedra sobre aguas tranquilas.

—Si la señal llega —continuó el sacerdote—, te quedarás con nosotros.

Siguió un silencio más prolongado.

—Y si no llega...

El anciano vaciló apenas un instante antes de concluir:

—Serás vendido como esclavo.

Aquellas palabras se asentaron pesadamente en la mente de Temür.

El sultán añadió unas pocas frases, breves y concluyentes. El sacerdote tradujo:

—No es una amenaza. Es un acuerdo.

Temür bajó la vista.

«Adoptado... o vendido. Elegido... o intercambiado.»

Ya había oído antes el nombre de Alá, el dios de algunas tribus lejanas, pero para él no significaba nada. Si el Eterno Cielo Azul lo había conducido hasta allí, también se ocuparía de él.

El sacerdote lo observó atentamente, como si tratara de medir si el muchacho comprendía no solo el significado de aquellas palabras, sino también la verdad que escondían.

Temür inclinó levemente la cabeza. Era una aceptación.

Después de la audiencia con el sultán, Temür salió de la tienda acompañado por el padre Nicolás. Su mente era un torbellino, preguntándose qué sucedería a continuación.

El sacerdote lo miró de reojo y sonrió con discreción.

—Yo soy viejo y tú eres muy joven —dijo—. Tienes hambre de saber qué te espera. Es natural. Y yo, después de tantos años vividos, puedo ofrecerte algo que alivie esa hambre.

Caminaron lentamente por el campamento. Los hombres ajustaban las correas de los camellos mientras las mujeres ordenaban fardos de telas y especias. Aquí y allá, algunas miradas curiosas seguían a Temür, haciéndolo sentirse incómodo.

—No te preocupes —le dijo el sacerdote—. Algunos de ellos nunca habían visto a un mongol. Terminarán acostumbrándose a ti.

Temür asintió con resignación.

—La sultana —continuó el padre Nicolás— me ha confiado tu educación. Aprenderás nuestra lengua y aprenderás a poner las palabras por escrito. Esa será tu principal tarea.

Hizo una pausa, dejando que el peso de aquellas palabras se asentara.

—No será fácil. Pero dará forma a tu futuro más que cualquier espada que puedas llevar.

Temür escuchó en silencio.

—Yo soy cristiano —prosiguió el sacerdote—, pero durante los años que he vivido entre estas gentes he comprendido algo con absoluta claridad: los sabios del mundo islámico son guardianes del conocimiento. Han recogido la sabiduría de muchos pueblos —griegos, persas e indios— y la han llevado aún más lejos. En sus manos, los números se han vuelto más poderosos, los movimientos de las estrellas se comprenden mejor y la medición del tiempo es más precisa. Han construido lugares que llaman hospitales, donde los enfermos son atendidos con ciencia y dedicación.

Temür no comprendió del todo el significado de aquellas palabras. Pero había algo en la voz del sacerdote —serena, firme— que le decía que eran importantes.

Siguieron caminando durante un buen rato, conversando largamente. El sacerdote le explicó que, una vez hubiera aprendido a escribir, la sultana deseaba que llevara un registro de sus días.

—Un diario —dijo—. Un relato fiel de todo cuanto veas y experimentes.

Se volvió hacia Temür y lo miró con intensidad.

—De ese modo la honrarás.

Después de una breve pausa añadió, en un tono más bajo:

—Y piensa también en esto: lo que escribas podrá ser leído mucho después de que nosotros nos hayamos convertido en polvo. Te encuentras, hijo mío, en una posición privilegiada. Tal vez llegues a convertirte en

testigo de esta época... quizá incluso en uno de sus cronistas.

Palabras proféticas.

Después del desayuno, la caravana comenzó a prepararse para reanudar el viaje, y Temür contempló fascinado cómo se organizaba aquella extraordinaria procesión.

Los camellos lo maravillaban. Cada uno se arrodillaba pacientemente mientras los sirvientes cargaban enormes fardos sobre sus lomos. Solo cuando todo quedaba cuidadosamente asegurado los animales volvían a incorporarse lentamente.

Temür sacudió la cabeza con asombro. Entre los mongoles, los caballos transportaban casi todo. Aquellas extrañas bestias parecían capaces de llevar sobre sí una casa entera.

Cerca de allí, Suld olisqueó con desconfianza a uno de los camellos. El enorme animal bajó la cabeza y le sostuvo la mirada. Durante varios largos segundos ninguno de los dos se movió. Entonces el camello dejó escapar un profundo bramido gutural. Suld dio un salto hacia atrás con tal rapidez que varios sirvientes estallaron en carcajadas.

Los camellos gruñían bajo el peso de sus cargas, los hombres se llamaban unos a otros y, en algún lugar de la distancia, sonó una campana, suave y rítmica.

La caravana echó a andar.

Temür montó sobre Salkhi y ocupó tranquilamente un lugar cerca de la retaguardia. Nadie le dio una orden. Nadie puso objeciones. Simplemente pasó a ser otro viajero bajo el cielo infinito.

Mientras la larga columna avanzaba hacia el oeste a través de las praderas, Temür volvió la cabeza una sola vez.

Muy atrás quedaban las tierras de su infancia.

Delante solo se extendía lo desconocido.

La caravana avanzó sin detenerse durante toda la mañana. Su marcha era pausada, pero constante, como si todos comprendieran que los viajes largos no se conquistaban con velocidad, sino con resistencia.

Temür cabalgaba cerca de la parte trasera de la columna. Desde allí podía observarlo todo. Los guardias cambiaban continuamente de posición sin necesidad de recibir órdenes. Algunos se adelantaban para explorar el terreno. Otros se desplazaban hacia los flancos antes de regresar silenciosamente a la fila. Nada parecía casual. Cada movimiento tenía un propósito.

Su viaje hacia Alepo había comenzado.

CAPÍTULO 4

EL CAMINO HACIA ALEPO

Los días fueron pasando y, con el tiempo, Temür aprendió la rutina de la caravana de mercaderes.

Sus noches comenzaban y terminaban envueltas en el silencioso respirar de la gran tienda, un mundo de seda y sombras que parecía existir aparte de la propia estepa.

Dormía dentro de la gran tienda, sobre una gruesa y mullida alfombra extendida junto al suelo.

Era un lugar reservado para invitados especiales, miembros de la clase privilegiada.

Más allá de su espacio se encontraban los aposentos del sultán, una estancia dentro de la tienda que parecía casi un palacio oculto entre telas. Pesados cortinajes de seda bordada caían desde lo alto en amplios pliegues, decorados con delicados motivos de vides y estrellas. Cojines de todos los tamaños rodeaban el bajo diván donde descansaba el sultán. Lámparas de bronce colgaban de esbeltos soportes, mientras el aire estaba impregnado por la mezcla de incienso, cuero y especias.

Una cortina de fino tejido marcaba el límite entre el espacio del sultán y el de su sirviente más cercano.

Junto a la entrada, un guardia permanecía de pie durante toda la noche, inmóvil como una figura tallada en piedra. Su silueta se recortaba contra la tenue luz exterior, una presencia constante. Representaba protección, vigilancia y la advertencia silenciosa de que nadie entraba ni salía sin ser advertido.

No muy lejos de la tienda del sultán se alzaba otra casi tan grande: la residencia de la sultana. También estaba ricamente decorada. En su interior dormían juntas las mujeres de la casa, separadas por una cortina que preservaba la intimidad de la sultana. Allí, cuando el campamento guardaba silencio, la sultana y sus sirvientas solían permanecer despiertas hasta altas horas de la noche, comentando sobre los últimos vestidos, los hombres que habían conocido en la ciudad anterior... y los que esperaban encontrar en la siguiente.

En las horas silenciosas que precedían al amanecer, cuando el viento del desierto empujaba suavemente las paredes de la tienda y las lámparas ardían con una luz tenue, todo el campamento parecía suspendido entre dos mundos. A veces Temür permanecía despierto, escuchando el murmullo de las telas, la respiración de los hombres, el lejano movimiento de los camellos y la extraña atracción que ejercía sobre él aquella nueva vida.

La caravana vivía siguiendo un ritmo tan constante como el horizonte del desierto; cada jornada transcurría casi igual que la anterior.

Con las primeras luces, antes incluso de que el sol terminara de salir, el campamento despertaba. El aire todavía conservaba el frescor de la noche y un suave tono azulado mitigaba la dureza del paisaje. Los sirvientes

caminaban en silencio entre las tiendas, reavivando las brasas, calentando agua y preparando una comida sencilla. Pan plano calentado sobre las brasas, dátiles que pasaban de mano en mano y, algunas veces, un caldo ligero o leche especiada. El sultán comía aparte, atendido con mayor esmero, mientras los demás se reunían en pequeños grupos, hablando en voz baja o permaneciendo completamente callados. La mañana no era un momento para conversar, sino para prepararse.

Cuando el sol comenzaba a elevarse, empezaba la transformación. Las grandes tiendas, aquellos frágiles palacios de seda y cuerdas, eran desmontadas con una precisión admirable. Las cortinas se recogían, los postes descendían y las telas se doblaban y ataban cuidadosamente. Lo que apenas unos instantes antes había sido un lugar de comodidad y jerarquía se convertía en fardos de tela y cuerda que eran cargados sobre los camellos. Los animales gruñían suavemente mientras aseguraban sobre sus lomos cofres de mercancías, alfombras enrolladas, utensilios de bronce, odres de agua y toda la riqueza oculta de la caravana.

Temür cepillaba a Salkhi, una costumbre que había aprendido de los demás jinetes y que su pequeño poni parecía disfrutar. Después daba de comer y beber tanto a Salkhi como a Suld. Los perros eran considerados animales impuros y a Suld no se le permitía entrar en las tiendas, pero el hecho de haber perdido un ojo despertaba la compasión de todos y nadie lo maltrataba.

Durante todo ese tiempo, Temür observaba y aprendía.

Una tarde, la sultana se acercó rodeada por su séquito. Hablaba un turco rudimentario, una lengua

extendida por gran parte de Asia Central y de las estepas. Temür la había aprendido de algunos mongoles originarios del oeste de China.

—¿Necesitas algo, hijo mío? —le preguntó.

Aquellas palabras lo sorprendieron. Recordó las instrucciones del sacerdote, se arrodilló, inclinó la cabeza y respondió:

—Estoy muy bien, madre. Vuestra bondad es infinita.

La sultana sonrió.

—Levántate, hijo mío. Déjame verte. Te sienta bien el vestir como un árabe.

La pesada pelliza de piel de oveja y la armadura de cuero hervido habían sido sustituidas por una túnica de fino lino blanco y un chaleco de seda bordada.

—Yo misma escogí tu ropa. Pero nunca podrías pasar por uno de los nuestros; tus ojos te delatarían.

Se oyó una risita entre las doncellas que estaban detrás de ella. La sultana volvió la mirada hacia ellas y las risas cesaron de inmediato.

Luego continuó:

—Veo confusión en tus ojos. ¿Qué es lo que te preocupa?

Él preguntó:

—¿Siempre es así, madre?

—¿Siempre es cómo, hijo mío?

—El ruido. Los colores. Es como si el mundo entero quisiera gritar al mismo tiempo.

Zubayda sonrió y le hizo un gesto para que se acercara.

—El desierto es silencioso, Temür. Por eso nosotros llevamos la música con nosotros. En tus tierras

os movéis para encontrar aquello que necesitáis. En la caravana, nosotros llevamos con nosotros todo lo que necesitamos para que sea el mundo quien venga a nuestro encuentro.

Luego se dio la vuelta y añadió:

—Nos veremos entre las dunas. Cuídate.

Temür permaneció inmóvil, desconcertado por aquel encuentro. Cada día de su nueva vida parecía un sueño.

En el campamento, cada nudo tenía una función y cada movimiento ocupaba su lugar. No existía ningún gesto inútil. Incluso los numerosos sirvientes se movían como si una sola voluntad guiara a todos.

Cuando reanudaban la marcha, la caravana se extendía por el paisaje como una larga línea en movimiento. Al frente cabalgaba el sultán, erguido y sereno, símbolo viviente del orden de toda la expedición. Tras él avanzaban los fieles guardias, el séquito de la sultana, los sirvientes y los camellos cargados con las mercancías.

Viajaban durante las largas horas del día.

Con el tiempo, la estepa dio paso al desierto.

El horizonte ya no terminaba en una línea de hierba verde bajo un cielo azul, como había ocurrido toda su vida. Allí el mundo era una inmensa neblina de oro y bronce, una tierra donde el calor ascendía desde el suelo en olas temblorosas que desdibujaban las siluetas de hombres y animales.

A Temür le gustaban sus nuevas ropas. Cuando soplabla el viento, este atravesaba la tela en lugar de golpearla. Se sentía casi desnudo y, sin embargo, agradablemente fresco.

Observaba a los dromedarios con una mezcla de admiración y desconfianza. Para un mongol, el caballo era un hermano. Aquellos «barcos del desierto» eran criaturas gruñonas y altivas que lo contemplaban con una indiferencia casi despectiva. No corrían; avanzaban balanceando lentamente su enorme peso con un movimiento que recordaba al vaivén del mar.

Temür, de apenas once años, cabalgaba junto al palanquín de la sultana, mientras los cascos de Salkhi se hundían en la arena fina y polvorienta. Suld corría entusiasmado de un extremo al otro de la caravana, mordisqueando las patas traseras de los camellos que, según parecía creer, se estaban quedando demasiado rezagados.

En la estepa, la tierra era firme, un suelo hecho para el galope de los caballos. Allí, en cambio, el suelo parecía querer tragarse los cascos de su pequeño poni.

—¡Temür! —lo llamó una voz melodiosa impregnada del perfume del jazmín.

Una mano decorada con delicados dibujos de henna rojiza apartó las cortinas de seda del palanquín. Zubayda lo miró desde arriba, con sus ojos oscuros llenos de una calidez a la que Temür todavía no sabía cómo responder. Era la esposa de un sultán, un hombre que comerciaba con montañas de especias y océanos de seda, y, sin embargo, lo había acogido bajo su protección cuando las circunstancias lo habían arrancado de su tierra.

—Hoy el sol golpea como un martillo, pequeño halcón —dijo en el turco imperfecto que utilizaba para salvar la distancia entre ambos—. Ven. Bebe.

Le tendió una copa de plata.

Temür la tomó y sus pequeños dedos rozaron la suave piel de la mujer.

Dentro había agua, pero no el agua fría y metálica de los arroyos del norte.

Era dulce.

Aromatizada con miel y pétalos de rosa.

Sabía a riqueza.

Sabía a algo que jamás había probado.

Al caer la tarde, la luz comenzó a suavizarse y, con ella, llegó un silencioso alivio. El ritmo de la marcha disminuyó. Las miradas se dirigían con mayor frecuencia hacia el horizonte, buscando el lugar adecuado para levantar el campamento.

Cuando finalmente se dio la orden, la caravana volvió a llenarse de actividad.

Los sirvientes se movieron con rapidez. Desataron las cargas y liberaron a los camellos de su peso. Los postes volvieron a levantarse, las cuerdas se tensaron y las tiendas recuperaron su forma como si recordaran por sí mismas cómo debían alzarse. Los aposentos del sultán eran siempre los primeros en quedar preparados, con sus ricos tejidos capturando los últimos reflejos dorados del sol. Muy cerca se levantaba la tienda de la sultana con el mismo cuidado, manteniendo la respetuosa distancia que correspondía a su rango.

Se encendieron las hogueras y se vertió agua en los calderos.

El aroma de la comida volvió a extenderse por el aire, mezclándose con el polvo fresco del atardecer.

Cuando llegó la noche, era como si el viaje nunca hubiera existido.

El campamento aparecía nuevamente completo.

Ordenado, luminoso, lleno de vida.

Temür, que observaba cuidadosamente todo el proceso, comprendió el silencioso milagro que encerraba aquella rutina: un mundo en movimiento que desaparecía cada mañana y renacía cada noche, transportado sobre el lomo de los animales gracias al trabajo disciplinado de los hombres.

Día tras día, Temür fue advirtiendo las diferencias entre ambos pueblos.

La manera en que aquellas personas hablaban entre sí no consistía en frases secas y cortantes, sino en palabras medidas, como si cada una hubiera sido escogida antes de pronunciarse. Incluso la ira se manifestaba de otra manera. No estallaba. Se contenía. Permanecía bajo control.

Temür escuchaba, aunque no entendiera nada.

Aun así, aquellos sonidos iban quedándose dentro de él.

Sílabas suaves. Frases repetidas. Nombres pronunciados con cuidado. Y siempre, bajo todo ello, algo constante: un ritmo. Y poco a poco empezó a acostumbrarse a ese ritmo. Rezaban. Al amanecer. Cuando el sol alcanzaba su punto más alto. Cuando las sombras comenzaban a alargarse. Al anochecer. Y durante la noche. Cinco veces al día.

Siempre igual.

Interrumpían lo que estuvieran haciendo —comer, hablar o caminar— y se orientaban todos hacia la misma dirección. Se lavaban las manos, el rostro y los pies. La limpieza antes de la devoción.

Después se inclinaban hasta apoyar la frente en el suelo, todos mirando hacia el mismo lugar.

Temür los observaba con intensa curiosidad.

No lo comprendía: inclinarse era ceder. bajar la cabeza era invitar a la muerte.

Y, sin embargo...

Nadie se aprovechaba de ello. Nadie los atacaba.

Aquel acto no parecía debilitarlos. Al contrario. Parecía fortalecerlos. Temür sintió un intenso deseo de participar de aquello que les proporcionaba semejante beneficio.

A la hora de comer descubrió también que la comida árabe era muy distinta de la mongola, que estaba basada principalmente en carne y leche de yegua. La cocina árabe era mucho más variada. Además, la comida abundaba sin necesidad de luchar por ella. Nadie peleaba por los alimentos. Simplemente se compartían.

La caravana llevaba consigo camellos, cabras y ovejas, especialmente durante los largos viajes a través del desierto.

La leche de camella y de cabra era fundamental en aquellas travesías, ya que las camellas seguían produciendo leche incluso en las condiciones más duras. Como la leche fresca se estropeaba rápidamente con el calor del desierto, la caravana dependía sobre todo de leche fermentada, yogur, queso seco, mantequilla clarificada y otros alimentos conservados.

Las bolas de queso curado se conservaban en aceite o envueltas en tela, lo que permitía que duraran mucho más que el queso fresco. El pan abundaba en diversas formas: pan común, pan duro para el viaje o grandes hogazas horneadas antes de partir. Los dátiles constituían también uno de los principales alimentos de la

caravana. Un viajero podía sobrevivir durante días alimentándose únicamente de dátiles y leche.

Una caravana tan rica como aquella también transportaba arroz, trigo bulgur y cebada. Los sirvientes preparaban gachas, sopas y guisos, además de carne de cordero o de cabra seca o salada. Los viajeros de mayor rango solían disfrutar, después de las comidas, de miel acompañada de almendras o pistachos.

Por las noches, los cocineros de la caravana preparaban grandes guisos comunitarios con lentejas, cebollas, garbanzos, hierbas aromáticas, pequeños trozos de carne y mantequilla clarificada. El aroma del comino, el cilantro, la cebolla asada y la mantequilla se extendía por todo el campamento. El pan pasaba de mano en mano. Los cuencos se compartían. El agua se ofrecía antes incluso de que alguien la pidiera.

Al principio, Temür comía de prisa, protegiendo cada bocado, convencido de que alguien acabaría arrebatárselo.

Nunca ocurría. Nadie intentaba quitarle la comida. Nadie lo ponía a prueba.

Poco a poco, tan lentamente que al principio ni siquiera lo advirtió, empezó a comer con menos tensión, sin preocuparse de que alguien pudiera arrebatarse el alimento de un momento a otro.

En la caravana había algunos niños de aproximadamente su misma edad. Se acercaban a él con naturalidad, llenos de curiosidad y sin mostrar el menor temor. Reían, hacían gestos y repetían palabras una y otra vez, intentando atraerlo a su idioma.

Y Temür aprendía de ellos.

Aprendía deprisa. Su joven mente era como la tierra reseca después de la lluvia, absorbiendo todo lo que recibía. Cada día, el padre Nicolás se sorprendía al descubrir las nuevas palabras y frases que Temür había aprendido de sus jóvenes amigos.

Temür no tenía otra obligación que cuidar de Salkhi. Lo único que la sultana exigía de él era que aprendiera. Cuando la caravana se detenía al final de la jornada, la tienda del sultán era siempre la primera en levantarse. En cuanto estaba preparada, Temür entraba y se sentaba junto al padre Nicolás para recibir su lección diaria.

Mientras el viento suspiraba sobre la arena y los demás muchachos corrían y jugaban fuera, el sacerdote abría libros llenos de símbolos extraños y relatos de tierras lejanas.

La sultana insistía en que Temür debía aprender árabe, pero el padre Nicolás, convencido de que algún día el muchacho podría terminar en algún lugar de Europa, decidió enseñarle también latín.

Al principio, Temür aprendió el alfabeto árabe y el latino, copiando cuidadosamente las letras sobre pequeños trozos de pergamino hasta que su mano obedeció a su mente. Pronto fue capaz de leer textos sencillos y copiar pasajes bajo la atenta mirada del sacerdote. El padre Nicolás poseía una paciencia inagotable y exigía precisión en todo.

Pero los idiomas eran solo el principio.

En aquella época, el mundo árabe y en general, el mundo islámico, poseían los conocimientos matemáticos más avanzados del planeta. El sacerdote le enseñó

álgebra⁴, el arte de los números, mostrándole cómo los mercaderes calculaban sus ganancias y cómo los sabios medían la tierra y los cielos.

Durante las lecciones de geografía, el padre desplegaba mapas de tierras tan lejanas que parecían pertenecer a las leyendas, explicándole el curso de los ríos, la altura de las montañas y las fronteras de los distintos reinos.

La historia era la materia que más lo fascinaba. El padre Nicolás le hablaba de emperadores y califas, de grandes batallas, de ciudades caídas y de poderosos imperios que habían surgido y desaparecido mucho antes de que los antepasados de Temür hubieran cruzado la estepa. Gracias a aquellas enseñanzas, el joven mongol comprendió que ningún imperio, por poderoso que pareciera, era eterno.

Muchos años después, Temür recordaría aquellas tardes con gratitud. El arco le había enseñado a sobrevivir, pero el padre Nicolás le había enseñado a comprender el mundo. Por las noches permanecía acostado sobre la alfombra, pensando, y ya no se preocupaba únicamente por sobrevivir.

El mundo se había vuelto mucho más grande que la estepa, y Temür se encontraba en su umbral. Seguía siendo un niño, pero estaba cambiando. Lentamente. Como el hierro colocado sobre el fuego: todavía sin forma... pero ya distinto de lo que había sido.

⁴ La palabra algebra proviene del Arábico *al-jabr*, del trabajo del escolar Muhammad ibn Musa al-Khwarizmi (9th century).

El final del ciclo lunar se acercaba, y la sultana rezaba con fervor a Alá para que enviara a su esposo la señal que permitiera adoptar a Temür.

Y aquel día, por fin, la señal llegó.

El sultán nunca se desplazaba solo. Dondequiera que fuera, ya fuera por la caravana, entre las tiendas o bajo el abrasador sol del desierto, tres hombres lo seguían como sombras silenciosas.

Aquellos tres hombres eran distintos de los árabes. Procedían de más allá de Egipto, de las tierras de Marruecos.

Eran grandes, más altos que los demás hombres de la caravana, de cuerpos anchos y musculosos, con brazos poderosos y cuellos gruesos.

Su piel era oscura, como la obsidiana pulida. Vestían únicamente chalecos de cuero sin mangas reforzados con remaches de bronce.

Viejas cicatrices cruzaban sus pechos y brazos. Llevaban el cabello largo, recogido en gruesas trenzas que caían detrás de la cabeza y terminaban en pesadas colas sujetas con correas de cuero. Algunas de las trenzas estaban adornadas con cuentas de latón y hueso que tintineaban suavemente al caminar.

Cada uno portaba un enorme alfanje curvo, tan largo y pesado que Temür dudaba que muchos hombres fueran capaces de blandirlo con rapidez.

Aquellos eran los protectores escogidos del sultán.

Aquella tarde, después de su lección diaria con el padre Nicolás, Temür estaba sentado con las piernas

cruzadas junto a Suld, puliendo su arco compuesto⁵ con un paño ligeramente impregnado de aceite. Comparado con los largos arcos árabes que llevaban los guardias, el arco mongol parecía pequeño.

El campamento permanecía silencioso bajo el calor de la tarde, hasta que un movimiento comenzó a extenderse entre las tiendas.

El sultán iniciaba uno de sus habituales paseos por el campamento.

Sirvientes y guardias se apartaron de inmediato. Las conversaciones cesaron al instante. El sultán avanzaba con paso tranquilo, vestido con una túnica blanca bordada con hilos de oro, seguido por sus guardaespaldas armados.

Temür bajó respetuosamente la vista y apoyó una rodilla en el suelo.

La mirada del sultán se detuvo sobre el arco.

—¿Qué clase de arco es ese? —preguntó a través del padre Nicolás, que lo acompañaba como intérprete.

—Es un arco compuesto, mi señor. Está hecho de madera y cuerno —respondió Temür en voz baja.

El sultán extendió la mano.

—¿Puedo verlo?

Temür se lo ofreció con ambas manos e inclinó la cabeza.

El sultán examinó el arma con curiosidad, haciéndola girar lentamente entre sus dedos.

⁵ Un arco compuesto era un arco curvo corto pero potente hecho de capas de madera, cuernos y tendones de animales pegadas entre sí. Permitía a los arqueros mongoles disparar con gran fuerza y alcance, incluso desde el caballo.

—Es más pequeño que los nuestros.

—Sí, mi señor. Pero es más poderoso de lo que parece.

Una leve sonrisa apareció en los labios del sultán. Luego volvió la cabeza hacia uno de sus guardias.

—Youssef al-Marrakushi —dijo—, ¿qué opinas de esta arma mongola?

El marroquí dio un paso al frente. Era un hombre de hombros anchos, ojos negros penetrantes y una barba cuidadosamente recortada, salpicada de canas. Observó el arco durante unos instantes y soltó un bufido desdeñoso.

—Mi sultán, no sabría decir si esto es un arma... o un juguete para niños.

Varios guardias rieron discretamente.

Temür permaneció inmóvil.

—Con el debido respeto hacia vuestros grandes guerreros —dijo con calma—, mi arco puede alcanzar cualquier blanco al que lleguen los suyos.

Las risas desaparecieron.

Los ojos del sultán brillaron al instante.

—¿Es un desafío? —preguntó.

Temür inclinó la cabeza.

—Si mi señor así lo desea.

El sultán dio una sola palmada.

Un sirviente acudió apresuradamente llevando una jarra de agua de cerámica vidriada envuelta en un paño húmedo.

El sultán señaló una amplia extensión de desierto.

—Colócala a cien pasos.

El sirviente obedeció de inmediato.

Youssef sonrió con confianza mientras desensartaba su gran arco árabe y preparaba una flecha.

Pero antes de que pudiera levantarlo, Temür habló.

—Mi sultán... permitidme una petición.

El sultán le indicó que continuara.

Temür caminó en silencio sobre la arena hasta llegar a la jarra. La levantó y siguió caminando.

Y siguió caminando.

El campamento fue quedándose en silencio.

Luego continuó avanzando todavía más.

Finalmente, Temür alcanzó los doscientos pasos.

Dejó la jarra sobre la arena, tan lejos que apenas parecía mayor que un pájaro posado en el suelo.

Un murmullo recorrió a los guardias.

Youssef frunció el ceño.

—Eso es imposible —murmuró.

Escupió sobre la arena con desprecio y bajó el arco.

—Ningún hombre puede hacer un disparo semejante.

El sultán volvió la mirada hacia Temür con visible interés.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Puedes acertarle desde aquí?

Temür sostuvo su mirada.

—Sí, mi señor.

El sultán lo observó durante varios segundos.

—¿Y si fallas?

Temür no respondió.

Finalmente, el sultán dijo:

—Si fallas, recibirás diez azotes. La arrogancia es un pecado a los ojos de Alá.

Varios hombres intercambiaron miradas de inquietud. Era un castigo extremadamente severo.

Temür hizo una reverencia.

—Así será.

Introdujo tranquilamente la mano en su aljaba y escogió una flecha con una estrecha punta de acero.

El campamento entero guardó silencio.

Temür apoyó firmemente los pies sobre la arena y levantó el arco. Sus palas se curvaron hacia atrás como los cuernos de una bestia salvaje mientras llevaba la cuerda hasta la altura de la oreja.

Muy a lo lejos, la diminuta jarra apenas era visible.

Entonces, inesperadamente, elevó el arco apuntando hacia el cielo.

Algunos guardias intercambiaron miradas de desconcierto.

Youssef soltó una breve carcajada.

Temür soltó la cuerda.

El chasquido resonó como un látigo.

La flecha ascendió describiendo un enorme arco, elevándose cada vez más alto en el cielo ardiente hasta hacerse casi invisible bajo el sol.

Durante un largo instante no ocurrió nada.

Todo el campamento esperaba.

Entonces...

A lo lejos, en medio del desierto, resonó el seco estallido de la cerámica al romperse.

La jarra explotó en una lluvia de fragmentos.

Un jadeo colectivo recorrió toda la caravana.

Youssef contempló la distancia sin poder pronunciar una sola palabra.

El sultán trató de ocultar su asombro, pero, al cabo de unos instantes, sonrió.

«Esta tiene que ser la señal de Alá», pensó.

Volvió la mirada hacia su esposa.

Ella ya lo había comprendido.

Desde aquel momento, el muchacho mongol dejó de ser visto simplemente como un niño indefenso.

Se había ganado el respeto de todos.

Durante muchos días la caravana había atravesado las tierras áridas bajo un sol implacable. Temür había comenzado a pensar que el mundo estaba hecho únicamente de arena, piedra y horizontes interminables.

Entonces, una mañana, el desierto cambió.

Al principio distinguió una línea blanca e indefinida en la distancia.

Pero, a medida que la caravana ascendía por una cresta rocosa, aquella línea fue transformándose en murallas, torres, cúpulas e incontables tejados planos que brillaban bajo el sol.

Alepo.

Para Temür, la ciudad era magnífica.

Casi imposible de creer.

Hasta entonces solo había conocido la inmensidad de la estepa, donde un hombre podía cabalgar durante días sin encontrar más que unas pocas *gers*. Incluso los enormes campamentos de los ejércitos mongoles desaparecían con el viento pocos días después de levantarse.

Pero aquello...

Aquello era piedra convertida en permanencia.

Una montaña construida por manos humanas.

Altas murallas se extendían mucho más allá de donde alcanzaba la vista. Sobre ellas se alzaban torres de vigilancia como centinelas silenciosos. Más allá sobresalían los minaretes, cuyas esbeltas siluetas parecían

atravesar el cielo. El humo de cientos de hogueras ascendía lentamente, mientras el rumor lejano de miles de voces llenaba el aire con la fuerza de un río.

A su lado, uno de los mercaderes árabes sonrió al contemplar su expresión de asombro.

—¿Es tu primera ciudad? —preguntó.

Temür asintió.

El mercader soltó una cálida carcajada.

—Entonces prepárate. Alepo alberga a más gente que todos los clanes que hayas visto juntos en toda tu vida.

CAPÍTULO 5

ALEPO

La ciudad que en el siglo XX se convertiría en la Capital de la Gobernación Siria de Alepo era ya, en el siglo XIII, uno de los mayores centros comerciales del mundo.

Temür jamás había imaginado que una sola ciudad pudiera reunir tanta riqueza.

Su cercanía a los principales puertos del mar Mediterráneo, como Samandag y Tartús, permitía que mercaderes italianos procedentes de Venecia, Génova y Pisa intercambiaran sus mercancías por productos de Persia, la India, Arabia, Asia Central e incluso por bienes llegados desde lugares tan lejanos como China.

Sus barcos regresaban a Italia cargados de sedas chinas, rollos de algodón, delicados perfumes como la mirra y el aceite de rosas, piedras preciosas como rubíes y turquesas, además de perlas y finas piezas de vidrio. El azúcar y el papel eran especialmente apreciados en Europa. En aquella época, el azúcar era considerado un lujo reservado a los palacios de la nobleza europea. Y el mundo islámico poseía una producción de papel mucho más avanzada que la europea.

A cambio, desde aquellos barcos llegaban al mundo musulmán, entre otras mercancías, productos metálicos como lingotes de hierro, armaduras de acero y herramientas. También madera de calidad, escasa en muchas regiones de Oriente Próximo, además de plata y oro. Europa pagaba con frecuencia en metales preciosos, pues los artículos de lujo orientales eran extraordinariamente codiciados.

Y también esclavos. Lamentablemente, el comercio de esclavos existía en ambas direcciones.

Incluso vino.

Los musulmanes no bebían vino, pero ciudades como Alepo albergaban gentes de muchas religiones y etnias —cristianos, judíos, griegos, europeos y muchos otros—, algunos de los cuales sí lo consumían.

Cuando la caravana de Temür se acercó a las puertas de la ciudad, el camino comenzó a llenarse de gente. Burros cargados con sacos de grano se abrían paso entre camellos repletos de especias y seda. Comerciantes armenios cabalgaban junto a turcos. Kurdos caminaban conduciendo rebaños de ovejas. Mercaderes de piel oscura, llegados del sur, hablaban idiomas que Temür jamás había oído. Marineros griegos discutían a gritos junto a joyeros judíos envueltos en elegantes túnicas.

La interminable variedad de colores, combinados en formas infinitas, era suficiente para marearlo.

Y el olor...

Ya no era el viento limpio de la estepa, sino miles de aromas luchando entre sí: sudor, cordero asado, estiércol, incienso, cuero, humo, canela, dátiles y perfumes desconocidos.

El ruido era aún más abrumador.

Los hombres pregonaban sus precios en diferentes idiomas. Los herreros golpeaban hierro incandescente. Los niños corrían riendo por las calles. En algún lugar cercano, una mula rebuznó furiosamente mientras su dueño la maldecía. Por encima de todo aquello resonaba el melancólico canto del almuecín desde un minarete lejano, llamando a los fieles a la oración.

Temür levantó la vista hacia el sonido.

Toda la ciudad parecía estar viva.

La caravana atravesó las enormes puertas de la ciudad, abiertas en unas murallas de casi tres metros de espesor que protegían Alepo, y penetró en el gran distrito comercial, cerca del corazón de la ciudad. Temür nunca había imaginado que pudiera existir tanta riqueza concentrada en un solo lugar.

El bazar se extendía como un laberinto bajo largas calles cubiertas de madera y piedra. Telas de vivos colores colgaban sobre las cabezas, filtrando la luz del sol en sombras rojas, doradas y azules. Los mercaderes se sentaban detrás de montañas de mercancías llegadas de todos los rincones del mundo.

Había mesas rebosantes de azafrán, pimienta, clavo y canela, cuyo valor equivalía a fortunas enteras en plata. Los joyeros exhibían collares de esmeraldas y rubíes que brillaban como fuego atrapado. Los maestros espaderos mostraban espadas curvas de acero de Damasco, cuyas hojas, según se decía, podían cortar la madera como si fuera mantequilla. Sedas del Catay colgaban junto a pesadas telas bizantinas bordadas con hilos de oro.

Temür vio jaulas llenas de aves exóticas. Vio colmillos de marfil más altos que un hombre. Vio escribas

copiando pacientemente libros a mano mientras eruditos discutían sobre religión y filosofía.

Por todas partes los hombres negociaban a voces. Sus manos no dejaban de moverse: pesaban monedas, examinaban joyas, acariciaban telas, contaban especias.

Los comerciantes de la caravana dejaron de parecer viajeros fatigados para convertirse en hombres de negocios de mirada aguda. Los sirvientes descargaban los camellos mientras los escribas registraban cada caja y cada fardo. Los mercaderes del sultán abrían pulidos cofres de madera llenos de piedras preciosas, incienso y raros productos orientales reunidos durante meses de viaje.

Casi de inmediato comenzaron a reunirse compradores a su alrededor.

Hombres ricos, vestidos con túnicas bordadas, examinaban las joyas observando cómo la luz del sol se reflejaba en ellas. Los comerciantes de especias abrían los sacos e inhalaban profundamente antes de anunciar sus ofertas. Surgían discusiones, seguían las risas y, finalmente, los acuerdos se sellaban con solemnes apretones de manos.

Temür permanecía al borde de todo aquel espectáculo, completamente sobrecogido.

Por primera vez en su vida comprendió que el mundo era mucho más grande que las interminables praderas de su infancia.

Allí, en Alepo, los caminos de innumerables naciones se cruzaban como los hilos de un inmenso tapiz.

Y, de algún modo, por obra del destino o de Dios, él había sido llevado hasta su mismo centro.

El comienzo de una nueva vida.

El invierno llegó suavemente a Alepo.

Las mañanas eran frescas y un fino velo de niebla solía flotar sobre los jardines del palacio antes de que el sol la disipara. Los naranjos seguían cargados de fruta, cuyos vivos colores contrastaban alegremente con los cielos grises de la estación.

Temür había aprendido a amar las primeras horas del día. Antes de que la casa despertara, solía pasear en silencio por los jardines mientras Suld trotaba fielmente a su lado.

A esa hora el palacio estaba en paz. Las fuentes murmuraban suavemente. Los pájaros saludaban la llegada del alba y la ciudad, al otro lado de las murallas, todavía no había encontrado su voz.

Aquellos momentos le recordaban el silencio de la estepa mongola.

La misma paz.

El árabe de Temür mejoró con rapidez y las conversaciones sencillas dejaron de ser una dificultad.

Muy pronto, el jefe de los establos comenzó a saludarlo orgullosamente cada mañana con una frase en el mongol de aquella época:

—Sain baina uu? («¡Hola! ¿Cómo estás?»)

El sultán encontró en Temür un compañero silencioso y momentos de tranquilidad, lejos del peso de gobernar. A veces simplemente permanecían sentados bajo la sombra de un olivo mientras Al-Samir leía en voz alta alguno de sus valiosos manuscritos.

Temür no comprendía todas las palabras, pero ambos disfrutaban escuchándolas.

El muchacho hacía preguntas sobre reinos lejanos, sobre grandes ríos y sobre las estrellas que guiaban a los viajeros a través de desiertos y mares.

El sultán le dijo:

—Las estrellas son las mismas, sin importar adónde viajemos.

Temür asintió.

—Sí.

—Nos recuerdan —continuó Al-Samir— que el mundo es mucho más grande que nuestros temores.

Al-Samir respondía cada una de sus preguntas con paciencia y le enseñaba una lección distinta:

La verdadera sabiduría comienza con el valor de seguir aprendiendo.

Por ahora, bajo los cielos tranquilos de Alepo, seguía siendo un muchacho que había encontrado una familia, un maestro y un lugar al que podía llamar hogar.

Temür no podía imaginar que el destino ya había comenzado a prepararlo para un viaje muy distinto del que pudiera concebir.

Los años fueron pasando.

Era el final del invierno.

Aunque el viento seguía golpeando con frío los muros del palacio, una cálida fragancia llenaba las estancias privadas del sultán.

Habían transcurrido tres años desde que Temür, cubierto de polvo del desierto y maravillado por su primera caravana, había entrado a formar parte de la casa de Al-Samir. Tres años entre mercaderes, guardias, eruditos y sirvientes habían transformado por completo al muchacho asustado.

Mucho había cambiado desde el día en que cruzó las puertas de Alepo.

Aunque todavía no era un joven, había crecido. Era más alto y más fuerte.

Durante aquellos años se había entregado por completo a las enseñanzas del padre Nicolás, y el árabe, que al principio se reducía a unas pocas palabras vacilantes, se había convertido en la lengua de su vida cotidiana. Ahora podía leer textos sencillos, escribir cartas breves bajo la paciente guía de Al-Samir y conversar con soltura con todos los miembros de la casa. Incluso servía como intérprete cuando algún comerciante necesitaba negociar en latín con clientes europeos.

Sin embargo, a pesar de todo cuanto había aprendido, jamás descuidó las habilidades adquiridas durante su infancia.

Cada amanecer lo encontraba en el patio de entrenamiento situado detrás de los establos.

Arco en mano, montado en su caballo.

El ritmo de la estepa seguía vivo en su sangre.

Los guardias del palacio se habían acostumbrado a observar al joven mongol practicar.

Al principio sonreían con cortesía.

Más tarde comenzaron a reunirse siempre que el tiempo se lo permitía. La habilidad de Temür con el arco los dejaba asombrados.

Galopando por el campo de entrenamiento era capaz de acertar un blanco tras otro sin reducir la velocidad. A veces disparaba de pie sobre los estribos; otras, inclinado casi por completo sobre el cuello de Salkhi; y otras giraba totalmente el cuerpo sobre la silla para acertar un objetivo situado detrás de él.

Los guardias lo aplaudían, y varios intentaron aprender sus técnicas.

Ninguno lo consiguió.

Acabaron convencidos de que aquellas habilidades solo podían aprenderse durante la infancia.

Una mañana, después de contemplar otro intento fallido, el jefe de los establos declaró:

—Ese muchacho nació sobre una silla de montar.

Una tarde, Temür acompañaba a un destacamento de soldados que escoltaba al sultán en un viaje hacia otra aldea. Atravesaban unas colinas bajas cuando, de pronto, Salkhi se detuvo.

Sus orejas se orientaron hacia delante.

Temür se puso inmediatamente en alerta.

—¿Qué ocurre?

El poni permaneció completamente inmóvil.

El capitán de la guardia se acercó cabalgando.

—¿Por qué nos hemos detenido?

Temür levantó una mano pidiendo silencio.

Escuchó.

Muy lejos, apenas perceptible, llegaba el tenue sonido de caballos al galope.

No era uno. Eran varios.

Los guardias aguzaron el oído. Al principio no distinguieron nada. Luego, poco a poco, el sonido llegó hasta ellos.

El jefe de la escolta giró bruscamente la cabeza.

—Jinetes.

Instintivamente, los hombres llevaron las manos a las armas. Temür señaló una pequeña cresta que dominaba el camino.

—Aparecerán allí.

Instantes después, exactamente donde había señalado, surgieron media docena de jinetes.

La tensión desapareció casi de inmediato.

Eran mensajeros locales que transportaban despachos oficiales hacia Alepo.

El capitán miró a Temür con auténtico asombro.

—¿Cómo lo supiste?

Temür se encogió de hombros.

—El viento trajo el sonido.

El capitán sonrió.

—Yo no oí nada.

Temür acarició suavemente el cuello de Salkhi.

—Él lo oyó primero.

El capitán observó pensativo al pequeño poni y luego al joven jinete.

—Vosotros dos formáis una pareja extraordinaria.

Aquella noche, después de que la comitiva levantara el campamento bajo un olivar, Al-Samir invitó al capitán a compartir la cena.

La conversación acabó girando hacia el incidente de aquella tarde.

—No sé cómo lo hizo el muchacho —admitió el capitán—. Creí que había imaginado el peligro.

Al-Samir dirigió la mirada hacia Temür, que estaba sentado a poca distancia dando a Suld pequeños trozos de pan.

—Creció en la inmensidad de la estepa. Aquella tierra le enseñó a percibir lo que los demás pasan por alto.

El capitán asintió lentamente.

—En la ciudad, nuestros oídos se han vuelto perezosos.

Temür bajó la mirada y se ocupó de su comida. Al-Samir lo observaba en silencio. Humildad. Otra lección que la estepa había enseñado bien.

Llegó el día en que Temür se dio cuenta de que aún no sabía exactamente cuántos años tenía.

Nunca lo había pensado. Entre los mongoles, los años se recordaban por los inviernos, las migraciones, las batallas y las hambrunas. Los hombres hablaban del año en que los ríos se congelaron por completo o del año en que los animales murieron de hambre. Nadie había señalado jamás el día de su nacimiento. El tiempo había cruzado la estepa como el viento sobre la hierba.

Aquella noche, sin embargo, la sultana lo obligaría a pensar en ello.

Sus padres adoptivos habían regresado apenas unos días antes de otro viaje y, para su sorpresa, esta vez le habían pedido que no los acompañara.

El palacio respiraba el pesado confort del descanso. La estancia donde se reunían era amplia y resplandecía con la luz de numerosos faroles. Gruesas alfombras persas cubrían el suelo de mármol, tan suaves bajo los pies que Temür todavía se sentía incómodo al caminar sobre ellas. Cojines bordados con hilos de oro estaban esparcidos alrededor de bajas mesas de cedro.

Una gran chimenea ardía junto a una de las paredes, sus llamas crepitando y retorciéndose como espíritus atrapados tras una reja de hierro. El calor llevaba por toda la habitación el aroma de la madera de cedro y de la resina de ámbar. Cerca del fuego, una joven esclava tocaba suavemente un instrumento de cuerda; sus dedos arrancaban notas delicadas que flotaban por la estancia. Sobre una bandeja de plata, a su lado, descansaban los

restos del pastel de miel y dátiles que la familia había compartido unos momentos antes. Las copas de cristal aún conservaban rastros de un oscuro sorbete aromatizado con menta.

El sultán descansaba recostado sobre un montón de cojines. En una mano sostenía una larga pipa ornamentada con anillos de plata y pequeñas piedras de turquesa. El dulce y amargo aroma del tabaco mezclado con opio se elevaba perezosamente mientras inhalaba y exhalaba en un pensativo silencio.

Frente a él, la sultana permanecía sentada junto a un tablero de ajedrez tallado, apoyado sobre una mesa baja entre ambos. La luz del fuego danzaba sobre sus brazaletes mientras movía una de las piezas de marfil con serena confianza.

—Vuestro caballo se está volviendo temerario, mi señor —dijo con una sonrisa, refiriéndose a la pieza de ajedrez.

El sultán entrecerró los ojos contemplando el tablero.

—Los hombres temerarios suelen conquistar reinos —respondió.

Temür estaba sentado unos pasos más allá, junto a una lámpara de aceite de bronce, absorto en su trabajo. Delante de él había varias hojas de papel sujetas por una piedra pulida. En la mano sostenía un *qalam*⁶, la pluma de caña que el padre Nicolás le había enseñado a usar años

⁶ Qalam. Una pluma hecha de bambú, la caña afilada cuidadosamente con un cuchillo, con la punta moldeada para las curvas fluidas de la escritura árabe.

atrás. Cada rato la sumergía en un pequeño tintero antes de continuar escribiendo.

Al principio, escribir le había parecido una forma de hechicería.

Ahora, los símbolos negros surgían con naturalidad bajo su mano.

La sultana levantó la vista del tablero y lo observó en silencio durante un momento. Después intercambió una mirada con su esposo.

El sultán hizo el más leve gesto afirmativo y la sultana se volvió hacia los sirvientes.

—Dejadnos.

La música cesó. La joven y los demás sirvientes abandonaron la estancia en silencio. Las sandalias susurraron sobre las alfombras mientras, uno tras otro, desaparecían tras las cortinas.

Temür levantó la vista de sus escritos.

Durante un instante, nadie habló.

Finalmente, la sultana sonrió con dulzura.

—Temür —dijo—, ya llevas tres años viviendo con nosotros.

—Sí, mi señora.

—Y cuando llegaste, el padre Nicolás calculó que tendrías unos once años.

Temür frunció ligeramente el ceño. Nunca se había preocupado por algo así.

La sultana se reclinó un poco, contemplándolo con una calidez casi maternal.

—Eso significa —continuó— que ahora tienes catorce años.

Las palabras se asentaron de un modo extraño en su interior.

Catorce. Un número. Una edad. Algo definido.

Nunca había imaginado realmente que estaba creciendo.

En la estepa, los muchachos simplemente se convertían en hombres de una estación a otra, sin previo aviso.

—Y con catorce años —dijo el sultán sin apartar la vista del tablero— ya no se es un niño.

Temür se preguntó qué quería decir su señor, pero permaneció en silencio.

La sonrisa de la sultana se hizo un poco más amplia mientras observaba la expresión del muchacho.

—Ha llegado el momento —dijo— de empezar a buscarte una esposa adecuada.

El *qalam* casi se le escapó de los dedos.

La sangre le subió al rostro con tal rapidez que temió que ambos lo notaran incluso bajo la luz del fuego. El corazón comenzó a latirle con más fuerza que nunca durante un entrenamiento con armas o una carrera a caballo.

¿Una esposa?

Los miró sin poder pronunciar palabra.

Una parte de él tembló de los nervios.

Otra parte —una parte nueva que apenas comprendía— se llenó de una emoción tan intensa que le oprimió el pecho.

El sultán levantó por fin la vista del tablero y dejó asomar la sombra de una sonrisa.

—Parece que acabamos de condenarte a muerte.

La sultana soltó una risa suave detrás de la mano.

—Pronto comprenderás por qué te pedimos que no nos acompañaras en nuestro último viaje.

Temür bajó la mirada, intentando en vano recuperar la compostura mientras el fuego crepitaba cálidamente a su lado y el aroma del humo, las rosas y la tinta permanecía suspendido en el aire.

La celebración comenzó poco después del atardecer, cuando el último resplandor rojo desapareció tras las murallas de Alepo y cientos de lámparas de aceite transformaron el lugar en un palacio de mil luces.

Los sirvientes recorrían los salones llevando bandejas de plata cargadas con cordero asado, arroz al azafrán, higos, almendras, pistachos y pasteles de miel rebosantes de almíbar. El perfume del incienso flotaba en el aire cálido bajo los techos pintados, sostenidos por esbeltas columnas de mármol.

Los músicos estaban sentados sobre alfombras bordadas, junto a una fuente en el centro del gran salón. El agua reflejaba las luces temblorosas mientras los intérpretes de *oud*, *rebab*⁷ y flauta llenaban el palacio de suaves melodías.

Temür había asistido a muchas reuniones desde que se había unido a la casa del sultán, y aun así semejante esplendor seguía maravillándolo.

Una parte de él seguía siendo el muchacho perteneciente a una familia que medía su riqueza en caballos.

Ahora estaba allí, vestido con una túnica de seda oscura ceñida por un cinturón de plata que el propio sultán le había regalado. Aunque era más alto y más robusto que

⁷ Oud. Un laúd en forma de pera con un sonido profundo y cálido. Perfecto para reuniones nobles.

Rebab (Rababa) — un instrumento de arco temprano, antecesor del violín.

cuando había llegado, seguía habiendo algo inconfundiblemente extranjero en él. Su postura conservaba la quietud de las praderas. Sus ojos observaban las salas del mismo modo en que un jinete atento vigila el horizonte.

Aquella noche, sin embargo, se sentía especialmente inquieto. La sultana apenas le había dirigido la palabra durante el día, pero sus sonrisas cómplices lo habían acompañado a todas partes.

Los invitados que llegaban aquella noche no eran visitantes cualesquiera. Cerca de la entrada del salón, los sirvientes anunciaron con gran solemnidad la llegada de una familia de mercaderes.

Muchas cabezas se volvieron con respeto mientras los visitantes entraban.

El mercader, Hassan al-Rashid, figuraba entre los comerciantes más ricos relacionados con las caravanas que cruzaban Siria rumbo a los puertos del Mediterráneo. Al igual que el sultán Al-Samir, sus caravanas transportaban sedas del Oriente y especias que en Europa valían fortunas.

Junto a él caminaba su esposa, cubierta con un velo de seda azul oscuro bordado con hilos de plata.

Y entre ambos caminaba su hija.

Se llamaba Layla.

Por un instante, Temür dejó de respirar.

Layla no debía de tener más de trece o catorce años, y sin embargo caminaba con una gracia serena. Un cabello oscuro enmarcaba su rostro bajo un delicado velo bordado, y sus ojos oscuros poseían el cálido brillo del ámbar pulido.

Delicados brazaletes de oro descansaban sobre sus muñecas, tintineando suavemente con cada movimiento.

La sultana recibió a la familia con gran cordialidad.

—Mis honrados amigos —dijo—, vuestra presencia llena esta casa de alegría.

El mercader hizo una respetuosa inclinación.

—El honor es nuestro.

Los sirvientes condujeron a los invitados hacia los cojines dispuestos alrededor de la fuente, mientras los músicos seguían tocando discretamente al fondo.

Temür permanecía junto a una de las columnas, sin saber si deseaba desaparecer o quedarse exactamente donde estaba.

El sultán lo observaba con divertida discreción.

Finalmente, la sultana se volvió hacia él.

—Temür —lo llamó con suavidad—. Acércate.

Él obedeció de inmediato.

El suelo de mármol pareció volverse inmenso bajo sus pies. Cuando llegó hasta ellos, la sultana apoyó una mano con delicadeza sobre su hombro.

—Este es Temür —dijo a los invitados—. Lleva varios años viviendo con nuestra familia y se ha convertido en alguien muy querido para nosotros.

El mercader estudió al joven mongol con una curiosidad inteligente.

—Así que este es el jinete de las praderas orientales —dijo amablemente—. He oído hablar mucho de ti.

Temür hizo una respetuosa inclinación, todavía incómodo con las refinadas costumbres de la nobleza urbana, incluso después de tantos años entre ellos.

—Me honráis.

Entonces la sultana se volvió hacia la muchacha.

—Y esta —dijo con especial cuidado— es Layla, hija de nuestros queridos amigos.

Por primera vez, la joven levantó completamente la vista hacia él.

De pronto, Temür fue consciente de todos los sonidos del salón: el murmullo de la fuente, la música, el crepitar de las antorchas, las risas lejanas de los invitados.

Se había enfrentado a lobos cuando era niño. Había cabalgado en medio de tormentas de arena. Había entrenado junto a guardias armados. Y, sin embargo, ninguna de aquellas cosas lo había preparado para el silencioso pánico que provocaba la mirada de una muchacha.

Layla bajó los ojos casi de inmediato, aunque no antes de que una leve sonrisa asomara a sus labios.

La sultana lo advirtió todo.

Por supuesto que sí.

La conversación continuó a su alrededor mientras los sirvientes servían sorbete dulce en copas de cristal.

El mercader hablaba con el sultán sobre las rutas de las caravanas, las naves genovesas y los rumores acerca de los crecientes peligros en los caminos del este.

Pero, bajo toda aquella conversación cortés, se ocultaba otro propósito. Aquella velada había sido organizada para ellos.

En varias ocasiones durante el banquete, Temür sorprendió breves miradas de Layla desde el otro lado del salón.

Nunca lo bastante largas para resultar impropias. Nunca lo bastante atrevidas para que otros las

comentarán. Pero casi lo suficiente para despertar la curiosidad, para alimentar la esperanza.

Más avanzada la noche, los músicos comenzaron a interpretar una melodía diferente, más animada, y un grupo de bailarinas entró en el salón con pequeños cascabeles de plata alrededor de los tobillos.

Sus ligeros velos de seda y ajustados corpiños, adornados con monedas de plata y cuentas de colores, resplandecían bajo la luz de las lámparas. Hilos de oro, diminutas perlas y monedas de plata cosidas a los velos atrapaban la luz de los candelabros y la devolvían en una lluvia de destellos. Caminaban descalzas sobre las alfombras persas, moviéndose con una gracia tan fluida que parecían deslizarse en lugar de andar.

Al compás de los tambores, sus caderas comenzaron una danza lenta y cautivadora, dibujando ondulaciones que ascendían desde el vientre hasta el pecho y los hombros.

Cada gesto estaba medido con una precisión exquisita, como si la música naciera de sus propios cuerpos.

En los dedos llevaban pequeños címbalos de bronce pulido que hacían sonar con delicados movimientos de las manos, creando un tintineo cristalino que se mezclaba con las notas de los laúdes y las flautas.

La danza tradicional, inconfundiblemente erótica, evocaba encuentros secretos de amantes en jardines nocturnos y declaraciones de amor bajo un cielo sembrado de estrellas.

Los invitados contemplaban el espectáculo fascinados, recostados entre cojines de terciopelo, mientras silenciosos sirvientes llenaban copas de cristal

con dulce sorbete. Cuando las bailarinas se retiraron, los invitados aplaudieron suavemente.

Mientras la danza tenía lugar, Temür se había acercado a una de las ventanas talladas que daban a los jardines bañados por la luz de la luna, cuando oyó unos pasos suaves acercarse a su lado.

Layla.

Durante un instante, ninguno de los dos habló.

—Eres muy callado —dijo ella por fin.

Su voz era aún más suave de lo que él había imaginado. Temür buscó desesperadamente algo inteligente que decir.

—En la estepa —respondió con cierta torpeza—, a menudo no hay más que silencio.

Para su alivio, ella sonrió.

—Creo que algún día me gustaría conocer la estepa.

Entonces él la miró. La miró de verdad. Y sintió que algo extraño se movía en su interior.

Algo más dulce... y, al mismo tiempo, más aterrador que una batalla.

Al otro extremo del salón, la sultana observaba discretamente a las dos jóvenes figuras junto a la ventana e intercambió una mirada satisfecha con su esposo.

El juego había comenzado.

CAPÍTULO 6

UN AMOR JOVEN

Los vientos de la primavera barrían las grandes praderas llevando consigo el aroma del tomillo silvestre y de la lluvia reciente. Por todo el campamento, las *yurtas* (tiendas) de fieltro blanco, dispersas sobre la tierra, resplandecían bajo el sol de la mañana. Los caballos pastaban tranquilamente junto al río y las risas de los niños se oían por todas partes.

Era una estación de alegría.

Durante tres años más, la paz había bendecido a las familias de la tribu. Tres años durante los cuales Temür y Layla habían crecido juntos como dos árboles jóvenes arraigados junto al mismo arroyo.

El muchacho que antes la seguía con timidez entre los caballos que pastaban se había convertido en un joven alto y de anchos hombros. A los diecisiete años, Temür ya llevaba el porte de un guerrero. Sus brazos se habían endurecido con el tiro con arco y la equitación, y sus ojos oscuros reflejaban la serena confianza de un joven convencido de que un mundo maravilloso lo esperaba con los brazos abiertos.

Layla, ahora de dieciséis años, había florecido bajo la guía de la sultana y se había convertido en la

belleza discreta del campamento. Las mujeres sonreían con complicidad cada vez que pasaba. Su largo cabello negro le llegaba hasta la cintura y, cuando reía, incluso los ancianos suavizaban la expresión de sus rostros.

Su matrimonio había sido finalmente concertado.

La boda tendría lugar antes de la siguiente luna llena.

Durante días, el campamento se preparó para la celebración. Las mujeres bordaban las prendas con hilos de seda traídos por mercaderes de tierras lejanas. Los hombres mayores discutían alegremente sobre caballos y regalos de boda. Los niños corrían desenfrenados entre las *yurtas*, fingiendo disparar flechas con arcos imaginarios.

Cada tarde, Temür se sentaba junto a su tienda, afilando un cuchillo sobre una piedra de amolar. Aunque intentaba parecer tranquilo, sus manos delataban su emoción.

El sultán se dio cuenta.

—Estás nervioso —dijo el hombre mayor con una sonrisa.

Temür sonrió levemente.

—Preferiría enfrentarme a una manada de lobos.

Al-Samir soltó una profunda carcajada.

—Eso es porque los lobos son mucho más fáciles de entender que las esposas.

No muy lejos de allí, Layla transportaba telas dobladas junto a su madre y sus tías. Aunque procuraba no mirar hacia Temür, sus ojos la traicionaban una y otra vez.

En un momento, sus miradas se encontraron. Sonrieron, pero no dijeron nada. Su amor se había vuelto más silencioso.

Una tarde, mientras el cielo se teñía de dorado, Layla encontró a Temür sentado frente a la *yurta* del sultán, con varias hojas de pergamino extendidas sobre las rodillas. A su lado descansaba un pequeño tintero⁸, y sostenía una pluma de caña con un cuidado sorprendente para unas manos más acostumbradas a sujetar las riendas de su caballo.

Ella permaneció a su lado observándolo en silencio durante un momento antes de hablar.

—Sujetas la pluma como si fuera una espada.

Temür levantó la vista con una sonrisa.

—El padre Nicolás dice que escribir puede ser todavía más peligroso.

Layla se arrodilló junto a él, procurando no mover los pergaminos. Extraños símbolos recorrían la página en elegantes líneas negras.

—Son hermosos —susurró—. Parecen enredaderas.

—Es escritura árabe —dijo Temür—. El padre dice que, además de hermosa, es la más refinada del mundo.

En otro pergamino, los símbolos fluidos daban paso a unas letras más rectas, escritas en latín.

Layla frunció ligeramente el ceño.

—Estas parecen pequeñas lanzas luchando unas contra otras.

Temür soltó una risa.

⁸ En aquella época, la tinta se preparaba mezclando cenizas finamente molidas con pegamento árabe y agua.

—El sacerdote las usaba cuando marchó con las Cruzadas. Los mercaderes las utilizan para enviar mensajes a un país llamado Italia, al otro lado del mar.

Ella señaló la página sin tocarla.

—¿Y puedes leer ambas?

—Un poco.

—¿Qué estás escribiendo?

Temür vaciló.

—Un diario.

Layla lo miró sorprendida.

—¿Los guerreros escriben diarios?

—El sultán dice que algún día valdrán más que el oro. Dice que los recuerdos desaparecen como el humo, a menos que alguien los atrape.

Ella sonrió al escuchar aquello.

—¿Y qué escribiste hoy?

Temür bajó la vista hacia el pergamino.

—Que la primavera huele a lluvia.

—Que tu cabello es más largo que el año pasado.

—Y que tengo miedo.

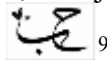
Los ojos de Layla se alzaron lentamente.

—¿Miedo de qué?

—De que la felicidad desaparezca cuando un hombre habla de ella demasiado alto.

Durante un instante, ninguno de los dos se movió.

Entonces Layla tomó con delicadeza la pluma de caña de su mano y añadió un único símbolo, torpe pero decidido, debajo de lo que él había escrito.



9

⁹ El símbolo Árabe de “amor”

Temür lo contempló.

—¿Qué dice? —preguntó.

Ella sonrió con timidez.

—Yo lo sé. El padre Nicolás me lo enseñó.
Tendrás que descubrirlo tú mismo.

Temür guardó los pergaminos, el tintero y la pluma en una bolsa de cuero, y ambos comenzaron a caminar junto al arroyo.

—Anoche soñé con nuestra *yurta* —susurró Layla.

Temür la miró.

—¿Qué viste?

—Una *yurta* pequeña —respondió suavemente—.
Con una tela azul colgando en la entrada. Y muchos caballos alrededor.

Temür sonrió.

—Te daré los mejores caballos de toda la estepa.

—No me importan los caballos.

—Entonces, ¿qué te importa?

Layla bajó la mirada.

—Que regreses a mi lado cada atardecer.

Aquellas palabras lo conmovieron profundamente y, durante un largo momento, permaneció pensativo.

—Siempre regresaré a ti —dijo.

Años atrás, había pedido al Eterno Cielo Azul una compañera.

Ahora, el cielo había sido mucho más generoso de lo que jamás hubiera imaginado.

Ya no le quedaba nada que pedir.

La copa de sus deseos rebosaba.

Después de darle un beso delicado, tomó con cuidado la mano de Layla.

Subieron juntos a una colina cercana desde la que se dominaba el campamento. Sobre ellos, el cielo adquiría un profundo color azul mientras las primeras estrellas comenzaban a aparecer.

—Cuando era pequeña —dijo ella—, creía que las estrellas eran agujeros en el cielo por donde el Paraíso nos observaba.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que son caminos.

—¿Caminos?

—Para las almas que intentan encontrarse unas a otras.

El viento soplaba suavemente a su alrededor.

Temür levantó la vista hacia el firmamento durante un largo instante.

—Mi padre me dijo una vez que los hombres pasan toda la vida buscando el lugar al que realmente pertenecen.

Layla se volvió hacia él.

—¿Y ya encontraste el tuyo?

Temür la contempló en silencio.

—Sí.

No hacían falta más palabras.

Con el mismo cuidado con que se sostiene un delicado ramo de flores, Temür la estrechó entre sus brazos y la besó.

Ella simplemente cerró los ojos y apoyó sus labios sobre los de él, deseando que el tiempo se detuviera, aunque solo fuera por aquel instante.

El viento acariciaba suavemente la hierba.

Muy a lo lejos, el trueno retumbó.

Ellos no lo advirtieron.

CHAPTER 7

THE MONGOLS

The city buzzed with unusual activity as word spread that a caravan had arrived from the farthest eastern trade routes.

Temür happened to be helping unload supplies in the courtyard when he noticed the servants speaking in unusually hushed voices.

Something was different.

The atmosphere had changed.

The joy that usually greeted arriving merchants was absent. Instead, men gathered in small groups, speaking urgently.

Temür asked Layla,

"What's happening?"

She hesitated, searching for the right words.

"They bring... bad news."

That evening, after supper, several respected merchants were invited into Al-Samir's reception hall.

The great doors remained closed. The discussion lasted long into the night. Temür passed the chamber several times while carrying lamps for the servants. Each time he heard the same words repeated.

"Mongols... Tataros¹⁰... war."

He paused outside the doorway.

The words struck him strangely. Until now, Mongolia had been little more than a memory. Now its name was being spoken in frightened voices thousands of miles away.

He stood beside the closed doors. Inside, men were discussing events that had begun on the very same steppe where he had once ridden with his father.

He felt that the two halves of his life were beginning to move toward one another, although he did not understand why. He only knew that something far beyond Aleppo had begun to stir, and he felt that one day it would reach him.

The following morning, the palace seemed quieter than usual.

The servants spoke in subdued voices as they went about their work. Even the merchants who had remained overnight lingered in small groups beneath the colonnades, their conversations carried out in low, serious tones.

No one smiled easily.

No one lingered over breakfast.

Something weighed upon every mind.

¹⁰ Tataros (Tartars): originalmente una de varias tribus nómadas de habla túrquica de la estepa euroasiática. Antes de que Gengis Kan uniera a las tribus mongolas, los tátaros estaban en realidad entre los rivales de los mongoles. Con el tiempo, los escritores europeos añadieron una "r" extra, convirtiendo a los tátaros en "tártaros".

After the morning meal, Al-Samir invited several of the visiting merchants into the library. Maps were spread across a long cedar table.

Temür entered carrying fresh ink and cups of tea. He had performed this task before, and normally the discussions concerned trade routes, harvests, or the price of silk.

Today was different.

One merchant pointed toward the eastern edge of the map, where the great grasslands began. His finger moved steadily westward.

Again and again, Temür heard the same name.
"Genghis Khan."

The words meant little to most of those present.
But Temür had heard the name before.

In passing.

Spoken with admiration by some warriors, with caution by others, and many times with fear.

One of the older merchants leaned forward.

"I saw the refugees myself," he said gravely.
"They arrived with nothing. Their villages no longer exist."

Another nodded.

"They say the Mongol horsemen appear without warning and vanish before an army can answer. They move faster than anyone believes possible. They do not fight like other armies."

Al-Samir listened carefully without interrupting.

Only after every man had spoken did he ask quietly,

"How much of this have you witnessed yourself?"
The first merchant lowered his eyes.

"Very little. Most of it I heard from others."

Al-Samir folded his hands.

"Then, before we act, we must separate truth from fear."

Several men nodded in agreement.

That evening, Al-Samir found Temür in the stables brushing Salkhi's coat. The old pony leaned contentedly into the familiar strokes.

"You heard our conversation."

Temür nodded.

"I did."

"You must be worried that people will judge you now... or treat you differently."

"Yes, my lord, I am."

Al-Samir rested a hand upon the stable door.

"You shouldn't. There is something every man must learn."

He paused.

"A people should not be judged by its greatest hero, nor by its worst criminal. Each person must be judged on his own merits."

He looked steadily at Temür.

"You are not responsible for every Mongol, just as no Arab is responsible for every Arab."

The words lifted a burden Temür had not realized he had been carrying.

Twilight settled over Aleppo, and the evening call to prayer echoed across the rooftops. The voice of the

muecín¹¹ rose from one minaret after another until the entire city seemed to answer in harmony.

Temür climbed to the terrace overlooking the city.

Far beyond the western horizon, the sun disappeared into a sea of crimson.

Somewhere beyond the eastern mountains lay the steppe of his childhood.

It was also the land where Genghis Kan had gathered the scattered Mongol tribes beneath a single banner.

Temür wondered what his father thought of those events. Would Altan, his brother, ride beneath that banner?

Suld settled beside him, resting his head upon Temür's knee. The young man absentmindedly scratched behind the dog's ears.

The questions remained unanswered.

Only one certainty remained.

The winds that carried rumors across Asia were blowing ever closer.

Soon... they would carry history itself to the gates of Aleppo.

The days passed, but the rumors continued.

Every caravan arriving from the east seemed to carry another story.

Some contradicted the last.

Others grew more frightening.

¹¹ Un muecín es el hombre que llama a los musulmanes a la oración desde una mezquita. Recita el adhán, el llamado islámico a la oración, tradicionalmente cinco veces al día:

One merchant claimed entire cities had surrendered without resistance.

Another insisted that Mongol horsemen could ride for days without resting.

A traveler from Persia swore they crossed rivers that other armies considered impassable.

One afternoon, Al-Samir summoned several scholars to the palace.

Unlike the merchants, they brought no goods.

Only books, maps, and questions.

Temür helped arrange cushions around the reception hall before quietly taking his place near the back of the room.

He knew that listening often taught more than asking questions.

The scholars discussed kingdoms Temür had never heard of: Khwarazm¹², Persia, China.

One of the scholars unfolded a large map across the table. Unlike the rough sketches Temür had seen before, this one was beautifully drawn.

Mountain ranges curved across the parchment, great rivers wound toward distant seas, and cities appeared scattered across the land.

Temür stepped closer.

His eyes searched instinctively for Mongolia.

At last he found it, far away, almost at the edge of the known world. How strange, the place that had once

¹² Khwarazm: un reino y imperio próspero en Asia Central, situado cerca de los actuales Uzbekistán y Turkmenistán. Para los mongoles, Khwarazm es uno de los lugares más importantes de su historia porque su conflicto con los mongoles cambió la historia mundial.

been his entire universe occupied only a small corner of the map. Perhaps every man believed his own homeland lay at the center of the world—until he traveled.

One of the scholars noticed the boy's interest.

"You can read maps?"

Temür shook his head.

"Not yet."

The scholar looked surprised.

"Then how did you find your homeland so quickly?"

Temür pointed toward the mountains, then toward the broad grasslands stretching beyond them.

"My father taught me never to forget the shape of the land."

The old scholar nodded thoughtfully.

"A wise lesson."

He rolled up the map.

"Many men know the names of countries, but few truly know the land."

Later that night, after everyone had retired, Al-Samir remained alone in the library.

He stood before the great map hanging upon the wall. His eyes rested upon the distant eastern lands. The reports arriving from caravan after caravan were becoming increasingly consistent.

He traced one finger slowly across the trade routes leading west. If the stories proved true... the changes sweeping across Asia would reach far beyond the Mongol steppe. Perhaps even Aleppo.

History, he knew, rarely announced its arrival. It simply appeared at the gate one ordinary morning.

For six years, Temür had been far from the grasslands of his childhood. Aleppo had begun to feel like home. Far to the east, unseen beyond countless miles of mountains and desert, other campfires burned beneath the same sky.

History was drawing two worlds slowly together.

Neither yet understood how profoundly they would change one another.

The next rumors arrived with traders from the east.

They entered Aleppo exhausted, their camels foaming at the mouth, speaking of smoke upon the horizon and entire villages emptied before the advance of a vast Mongol army.

Some dismissed the stories as exaggerations born of desert fear.

But soon more caravans arrived carrying the same tales.

The Mongols were coming.

Inside the palace of Sultan Al-Samir, concern spread through the marble halls. Servants whispered in corners. Guards sharpened spears late into the night. The musicians who once filled the courtyards with melodies now played softly, as though loud music itself might invite disaster.

Temür heard the rumors while training with the palace guards. Every word struck his heart with strange force.

The Mongols. His people.

Al-Samir placed Captain Rashid in command of the city's defenses. An aging cavalry officer, Rashid was a hardened veteran who had fought in countless battles. Yet,

from the reports reaching him, he knew this enemy would be unlike any he had ever faced.

The city continued preparing for a siege.

Throughout the following weeks, more companies arrived. Archers from the countryside, horsemen from neighboring towns, engineers bringing carts loaded with timber, rope, iron fittings, and tools.

The newcomers spoke different dialects and wore different styles of armor. Yet, within days they worked together as though they had trained for years.

Danger had accomplished what politics often could not. It had united them.

The great training fields outside the citadel came alive from dawn until sunset. Archers practiced volleys. Infantry drilled with shields locked together. Engineers assembled great siege engines.

On one occasion, Captain Rashid invited Temür to join the exercises. Rumors of his skill with horse and bow had reached him.

After Temür struck three moving targets in rapid succession, the old captain approached him.

"Did you learn that on the steppe?"

"I did."

The officer nodded.

"It shows."

Temür bowed respectfully.

"My father believed a horse should become part of its rider."

The officer nodded with genuine admiration.

"A wise man."

Temür felt proud.

For the first time in many years, he spoke openly of his father without sorrow or shame.

Winter deepened and the evenings grew colder.

The city's gates closed earlier than before, and watchfires burned throughout the night along the walls.

Late one night, another exhausted rider entered the palace courtyard. The guards rushed forward and caught him before he collapsed. The man could scarcely stand.

"I must see Al-Samir."

The old sultan appeared almost immediately. He helped the man to a bench with his own hands.

Only after the courier had drunk water did he speak.

"They crossed the river."

Silence filled the courtyard.

When no one asked who, the messenger continued.

"They crossed in force."

Al-Samir thanked the messenger and ordered that both he and his horse be cared for, then he stood motionless beneath the lanterns.

He was not troubled by the news itself—it had been expected. He was troubled by what he knew could no longer be prevented.

First came the distant tremor—the pounding of thousands of horses' hooves across the desert.

Un día después, el ejército mongol apareció ante las murallas.

Desde las altas torres de la ciudad, los habitantes de Alepo contemplaron cómo el horizonte se oscurecía

bajo la llegada de miles de jinetes. Sus estandartes ondeaban como olas negras bajo el viento del desierto. Columnas interminables de arqueros montados se extendían más allá de donde alcanzaba la vista.

A la cabeza de aquella fuerza cabalgaba el general Qadan, comandante de uno de los ejércitos enviados por Batu Khan.

Batu era nieto del hombre cuyo nombre ya provocaba temor en medio mundo: Gengis Khan. Heredero de un imperio que se extendía desde las tierras de China hasta las fronteras de Europa, Batu buscaba nuevas conquistas para ampliar el dominio mongol y honrar la memoria de su abuelo.

El ejército acampó frente a la ciudad.

Cuando la oscuridad cayó sobre Alepo, los habitantes subieron a los tejados y se reunieron sobre las murallas. Más allá de los campos, donde la tierra se encontraba con el horizonte, miles de fogatas brillaban como un segundo cielo caído sobre la arena. Su resplandor se extendía durante kilómetros; eran demasiadas para contarlas.

Pero lo que más aterrorizaba a la población no era el número de hogueras. Era el silencio.

No llegaban gritos de soldados ebrios. No había canciones de victoria ni discusiones entre guerreros. Aquel enorme campamento funcionaba con una disciplina inquietante. Los caballos estaban alineados con precisión. Los centinelas cambiaban de guardia sin ruido. Los mensajeros cruzaban entre las filas del ejército sin retrasos ni confusión.

Incluso desde la distancia, parecía que aquel ejército respiraba con una sola voluntad.

Desde las murallas, los veteranos de Alepo intercambiaban miradas preocupadas. Habían enfrentado a Seljuks, Cruzados y otros eminentes rivales. Todos aquellos ejércitos habían mostrado el caos propio de hombres preparándose para la guerra.

Los mongoles eran diferentes.

Los rumores comenzaron a extenderse por la ciudad. Las madres encerraron a sus hijos. Los comerciantes cerraron sus negocios antes de que anoheciera por completo. Pocos lograron dormir. Durante toda la noche, miles de ojos permanecieron fijos en aquel mar de luces lejanas, preguntándose si el amanecer traería una negociación... o el principio del fin.

Al día siguiente, el general Qadan envió emisarios bajo banderas blancas al palacio del sultán Al-Samir.

Había llegado el momento de enfrentarse al enemigo.

El gran salón quedó en silencio cuando los enviados mongoles entraron. Nobles, líderes religiosos, comerciantes y comandantes militares rodeaban el trono del sultán.

El jefe de los emisarios avanzó acompañado por dos guerreros. La seguridad de un comandante mongol no provenía de los hombres que lo escoltaban, sino del conocimiento de que decenas de miles de soldados esperaban fuera de las murallas, preparados para cumplir sus órdenes.

El enviado caminaba erguido como una lanza. Era un hombre de mediana edad, endurecido por campañas desde las estepas de Mongolia hasta las tierras de Persia. Su rostro estaba marcado por el sol, el polvo y los años de

guerra. Una barba negra con algunas canas enmarcaba una expresión seria y casi imposible de leer.

Sobre un deel azul oscuro —la tradicional túnica mongola de montar, ajustada al cuerpo y cerrada con un cinturón de cuero— llevaba una armadura laminar de cuero endurecido y placas metálicas superpuestas. Las piezas protegían su torso sin impedirle moverse con libertad sobre la silla de montar.

La armadura mostraba las marcas de antiguas batallas: cortes de espadas, golpes de flechas y el desgaste de años de servicio.

Sobre su cabeza llevaba un casco cónico de hierro con bordes de piel. Una protección descendía por detrás de su cuello y placas laterales protegían su rostro. Bajo el casco escapaban algunos mechones de cabello oscuro que se movían con el viento del desierto.

En su cinturón llevaba las armas de un noble guerrero mongol. A su lado colgaba un sable curvo, con la empuñadura cubierta de cuero negro.

Los hombres de Alepo comprendieron de inmediato que aquel no era un simple mensajero. Su armadura, sus armas y la calma absoluta de su mirada revelaban a un hombre acostumbrado a tomar decisiones que podían determinar el destino de ciudades enteras.

El líder de los enviados habló a través de un intérprete.

—El general Qadan, en nombre del gran Batu Khan, ofrece al sultán Al-Samir dos caminos.

Levantó dos dedos.

—El primer camino es la paz. Abrid las puertas de Alepo. Jurad lealtad al Gran Kan y aceptad convertirlos en sus vasallos. Ningún daño sufrirá vuestro pueblo. Ningún

soldado morirá. Vuestros mercados permanecerán abiertos, vuestros lugares de culto serán respetados y vuestro palacio conservará su posición.

Hizo una breve pausa.

—A cambio, el Imperio Mongol recibirá un tributo equivalente a una tercera parte de vuestra producción.

Un murmullo recorrió la sala.

Entonces el enviado bajó un dedo.

—El segundo camino es la guerra.

El silencio fue absoluto.

—Si resistís, la ciudad será destruida. Las murallas caerán. Los mercados serán saqueados y vuestras riquezas pasarán a manos del ejército vencedor.

Sus ojos recorrieron la sala.

—Habéis escuchado lo ocurrido en Nishapur.

Muchos rostros palidieron. Los viajeros que habían llegado desde Persia hablaban de la destrucción causada por los mongoles y del destino de las ciudades que se habían negado a rendirse.

El enviado inclinó ligeramente la cabeza.

—Tenéis tres días.

Después abandonó el salón.

Aquella noche, Alepo no durmió. El sultán reunió a sus consejeros en secreto.

Sus generales exigieron luchar.

—Nuestras murallas son fuertes —afirmó uno—. Alepo jamás ha caído.

Otro golpeó la mesa con el puño.

—¡Rendirse sin combatir es una vergüenza!

Pero los consejeros más ancianos hablaban con temor.

—Los mongoles no son como los enemigos que hemos conocido —dijo un comerciante que había cruzado Persia durante años—. Ciudades mucho mayores que la nuestra han desaparecido ante ellos.

Otro mercader habló con voz temblorosa.

—Mi señor, no importa cuán altas sean nuestras murallas. Algunos esclavos que escaparon de Nishapur contaron historias terribles sobre las máquinas de asedio mongolas, construidas con ayuda de ingenieros chinos. Torres de madera capaces de alcanzar la altura de las defensas, protegidas con pieles húmedas contra el fuego, desde donde los arqueros podían disparar sobre las calles.

La sala quedó en silencio.

Entre los consejeros estaba el padre Nicolás. El sacerdote habló con calma:

—El deber de un gobernante no es buscar gloria. Es proteger la vida de su pueblo.

El debate continuó hasta el amanecer.

Finalmente, el sultán Al-Samir se levantó. Su rostro parecía de repente mucho más viejo.

—No sacrificaré Alepo por orgullo.

Nadie respondió.

—Nos rendiremos.

Tres días después, las puertas de la ciudad se abrieron.

El ejército mongol entró en Alepo con una disciplina perfecta. No hubo incendios. No hubo matanzas. No hubo saqueo.

Los habitantes observaron con miedo cómo miles de jinetes llenaban las calles como un río de hierro y cuero.

El general Qadan acudió personalmente al palacio para recibir el juramento de sumisión del sultán. No lo humilló; trató al gobernante con respeto calculado. La transición se realizó sin derramamiento de sangre.

Al día siguiente, un jinete partió a toda velocidad para llevar a Batu Kan la noticia:

La gran ciudad de Alepo pertenecía ahora al Imperio Mongol, un imperio que se extendía desde las tierras orientales de China hasta las puertas de Europa.

Derrotados y resignados, los ricos comerciantes de la ciudad comenzaron a contar sus bienes y separar la parte exigida por los mongoles. Joyas, monedas, telas preciosas y mercancías fueron apartadas para ser cargadas en los grandes carros mongoles de cuatro ruedas, tirados por bueyes, que esperaban junto a las puertas de la ciudad.

Ninguno de ellos se atrevió a engañar.

El general había dejado claro que el castigo para quien ocultara riquezas sería terrible: sería enterrado en la arena hasta el cuello y abandonado allí hasta que solo quedara su cráneo bajo el sol del desierto.

Temür no tenía intención alguna de unirse al ejército mongol. Y mucho menos de abandonar a su querida Layla.

Permaneció escondido, esperando que aquel momento pasara y que la vida pudiera regresar a la normalidad.

Pero no estaba destinado a ser así.

No muy lejos del sultán se encontraba Youseff, el capitán marroquí de la guardia personal de Al-Samir.

Años atrás, durante una competición celebrada ante nobles y sirvientes, Temür lo había humillado públicamente en un concurso de tiro con arco. La

vergüenza de aquel día seguía ardiendo dentro de él como veneno.

Desde entonces, Youseff había observado cómo el joven mongol ganaba poco a poco la confianza del sultán y ocupaba un lugar privilegiado en el palacio.

Ahora, el odio le susurraba una oportunidad.

Aquella noche, mientras los oficiales mongoles ocupaban el patio del palacio, Youseff se acercó a uno de los capitanes de Qadan.

Le habló en voz baja, usando un turco imperfecto.

—Hay un joven guerrero aquí —dijo—. Es mongol de sangre. Su habilidad con el arco es extraordinaria.

El capitán entrecerró los ojos.

—¿Un mongol?

—Sí. Y es mejor arquero que cualquier hombre en Alepo.

Al principio, el oficial dudó. Pero la expresión del marroquí no parecía la de un hombre que mintiera.

A la mañana siguiente, soldados mongoles llegaron a los aposentos de Temür.

—El general Qadan solicita vuestra presencia.

Temür comprendió inmediatamente el peligro que finalmente lo había encontrado.

Siguió a los guardias por los corredores llenos de soldados hasta llegar al patio de entrenamiento del palacio.

El lugar había cambiado por completo.

Donde antes se reunían cortesanos y sirvientes, ahora había un campamento mongol. Los caballos permanecían atados junto a las fuentes. Los guerreros

afilaban puntas de flecha mientras los asistentes transportaban armaduras, provisiones y armas.

En el centro del patio, sentado sobre una silla de madera tallada, estaba el general Qadan.

Layla permanecía cerca de él, con la confusión reflejada en el rostro.

Youseff observaba desde las sombras, silencioso.

Qadan estudió a Temür durante unos largos segundos.

—Dicen que eres hábil con el arco.

Temür inclinó la cabeza con respeto.

—Solo soy un servidor del sultán.

—Eso no fue lo que pregunté.

El general señaló varios blancos colocados al otro extremo del patio.

—Demuéstralo.

Un sirviente entregó a Temür su arco compuesto y un carcaj lleno de flechas.

El contacto con la madera pulida, el cuerno y las fibras tensadas despertó recuerdos de la estepa: los largos inviernos, los caballos corriendo bajo cielos infinitos y la vida que había dejado atrás.

Temür tomó posición y el patio quedó en silencio.

Temür tensó la cuerda y disparó.

La flecha falló el blanco.

Un murmullo recorrió las filas mongolas.

Disparó otra vez. Otro error.

Una tercera flecha. Otro fallo.

El general Qadan no se movió, pero su mirada se volvió más fría.

—Un arquero mediocre no falla tres veces exactamente de la misma manera.

Temür permaneció en silencio.

Qadan se levantó lentamente.

—Me insultas.

—Solo digo la verdad, general.

—No —respondió Qadan—. La ocultas.

El comandante mongol dirigió la mirada hacia Layla.

—Traed a la joven.

Un escalofrío recorrió el patio.

El corazón de Temür se detuvo.

Dos soldados se acercaron a Layla y la condujeron hacia el centro. Aunque estaba asustada, mantuvo la cabeza en alto con orgullo.

Qadan tomó una manzana roja de una bandeja de plata y la colocó cuidadosamente sobre la cabeza de la joven.

Después hizo que los soldados se alejaran con ella.

El patio se llenó de susurros.

Temür dio un paso adelante por instinto.

—¡No!

Al instante, varios arqueros mongoles levantaron sus arcos apuntando hacia Layla.

La voz de Qadan permaneció fría y controlada.

—Si tu próxima flecha falla, una de las mías no lo hará.

Los ojos de Layla encontraron los de Temür.

Él había enfrentado lobos en las heladas llanuras. Había cruzado montañas y desiertos. Había visto la muerte de cerca. Pero nunca sus manos habían temblado como en aquel momento.

Lentamente levantó el arco y el mundo pareció desaparecer. No había soldados, ni palacio, ni

espectadores. Solo estaba Layla bajo la luz del sol, con la muerte equilibrándose sobre su cabeza.

Sus labios formaron unas palabras que apenas pudo leer:

—*Dispara, mi amor. Si te llevan lejos de mí, no tendré razón para vivir.*

Temür tensó la cuerda. Cada músculo de su cuerpo estaba rígido por el miedo.

Si su mano temblaba... Si el viento cambiaba... Si calculaba mal aunque fuera por un instante...

Soltó la flecha, que atravesó el patio como un relámpago y la manzana explotó en fragmentos.

Layla dejó escapar un grito ahogado mientras los trozos de fruta roja caían sobre las piedras de mármol.

Durante un instante, todo el palacio quedó inmóvil.

Luego los murmullos crecieron entre las filas mongolas.

Algunos guerreros sonrieron abiertamente. Otros asintieron con admiración. Incluso veteranos endurecidos por años de guerra parecían impresionados.

Qadan caminó lentamente hasta donde había caído la manzana. Recogió la flecha y la examinó.

Después miró a Temür.

—Al fin —dijo en voz baja—. La verdad.

Temür bajó el arco sin responder.

Qadan se acercó hasta quedar frente a él.

—Naciste para la silla de montar y el arco —dijo el general—. No para los jardines de un palacio.

La voz de Temür fue baja, pero firme.

—Ahora pertenezco aquí.

Qadan negó lentamente con la cabeza.

—No. Perteneces a los mongoles.

Entonces endureció el rostro y habló lo suficientemente alto para que todos escucharan.

—Al amanecer, Temür cabalará con mi ejército.

Las palabras golpearon a Temür como una hoja afilada. Comprendió que no tenía elección.

—Mi señor...

El general mongol se dio la vuelta.

—No es una petición. El Gran Kan necesita guerreros.

La decisión estaba tomada.

A su alrededor, el patio volvió lentamente a la actividad. Pero para Temür, el palacio ya parecía lejano, como un recuerdo que se desvanecía dentro de un sueño.

El amanecer apenas tocaba las torres de Alepo cuando el ejército mongol comenzó a moverse.

Los patios del palacio resonaban con el sonido de las sillas de montar ajustándose, los caballos resoplando y las ruedas de los pesados carros avanzando sobre la piedra.

Los estandartes negros se agitaban bajo el viento frío de la mañana.

Temür permanecía junto a su caballo Salkhi en silencio, vestido nuevamente con la armadura mongola.

A su lado, su perro tuerto, Suld, lo observaba con inquietud, como si comprendiera que grandes cambios se acercaban.

Entonces escuchó pasos detrás de él.

Layla se acercó rápidamente y apoyó el rostro contra su pecho. Su cuerpo temblaba.

Temür la abrazó con cuidado, como si fuera algo frágil que pudiera romperse entre sus manos.

—No pueden llevarte —susurró ella.

Él cerró los ojos. Sabía que sí podían.

La orden del Kan era más poderosa que la del sultán. Más poderosa que cualquier promesa. Más poderosa incluso que el amor.

—Debo irme —respondió en voz baja.

Layla se apartó lentamente. Las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Lo prometiste.

El dolor de su voz atravesó a Temür más profundamente que cualquier espada. Buscó palabras para responder, pero no encontró ninguna.

Finalmente, solo pudo decir:

—Volveré.

Layla lo miró durante largo tiempo. Eran todavía tan jóvenes.

Lo bastante jóvenes para creer que la guerra era temporal. Que el amor podía protegerlos. Que incluso el destino podía cambiarse con suficiente voluntad.

Finalmente, Layla sacó de debajo de su manga una fina cinta azul bordada con hilos de plata.

—Mi madre me la dio cuando era pequeña —dijo suavemente—. Para protegerme.

La ató alrededor de la muñeca de Temür.

—Guárdala contigo.

Apoyó la frente contra la de él.

—Cuando vuelva la primavera —susurró—, tú debes volver con ella.

Por primera vez, Temür sintió verdadero miedo. No miedo a la batalla ni miedo a morir. Sino miedo a que

el mundo que lo esperaba más allá del horizonte lo cambiara hasta convertirse en alguien a quien Layla ya no pudiera reconocer.

Un cuerno mongol sonó en el patio.

El ejército partía.

Layla lo abrazó de repente y lo besó con una desesperación llena de amor, como si intentara dejar una parte de su alma dentro de él.

Cuando finalmente se separaron, ambos temblaban. Ella retrocedió antes de que sus lágrimas quebraran su fortaleza.

Temür montó a Salkhi y comenzó a alejarse lentamente.

—Te esperaré, Temür —susurró Layla para sí misma, sabiendo que él ya no podía escucharla.

Y mientras el ejército mongol salía por las puertas de Alepo bajo el sol naciente, Layla permaneció sola en el patio del palacio, observando hasta que la última silueta de Temür desapareció entre el polvo del camino hacia el este.

El cielo mongol se extendía frío y silencioso sobre la estepa.

Y en algún lugar lejano, la guerra ya se acercaba.

CAPÍTULO 8

LA CAMPAÑA HACIA OCCIDENTE

Durante los últimos cuarenta días, Temür había cabalgado hacia el oeste junto al ejército de Batu Khan.

Cada jornada comenzaba antes del amanecer. Los campamentos desaparecían casi con la misma rapidez con la que habían surgido. Miles de yurtas de fieltro eran desmontadas y cargadas sobre carros, mientras interminables columnas de jinetes avanzaban bajo cielos grises hacia tierras para Temür desconocidas.

Cuanto más se alejaban, con mayor intensidad sentía la distancia que lo separaba de la vida tranquila que recién había conocido.

Por las noches, junto a las hogueras, recordaba con frecuencia el cálido aroma del pan recién horneado en el palacio del sultán, la risa serena de Layla entre las mujeres del harén y el suave sonido de los caballos pastando junto al río de su infancia.

Aquellos recuerdos parecían ahora pertenecer a otro mundo.

Las primeras noches en el campamento mongol fueron las más difíciles. Mucho después de que las hogueras se redujeran a brasas rojizas, Temür permanecía despierto bajo el cielo abierto, escuchando la respiración

inquieta de los caballos y los pasos lejanos de los centinelas.

El sueño se negaba a llegar.

Cada vez que cerraba los ojos, veía Alepo.

Veía las estrechas calles donde había jugado de niño. Escuchaba la voz paciente de Al-Samir guiándolo en sus estudios. Recordaba la risa de Layla mientras paseaban por los jardines situados más allá de las murallas de la ciudad.

Aquellos recuerdos pertenecían a otra vida. Una vida que parecía alejarse un poco más con cada jornada de marcha. Ahora vestía como los mongoles. Comía con ellos. Cabalgaba junto a ellos.

Y, en lo más profundo de su corazón seguía sintiéndose un extraño. En más de una ocasión pensó en escapar. Pero ¿adónde podría ir? Solo, en aquellas inmensas estepas, sería capturado antes de completar un solo día de viaje.

Y aunque lograra regresar a Alepo, solo llevaría el peligro hasta las personas a quienes más deseaba proteger. Por primera vez desde que había sido obligado a abandonar la ciudad, Temür aceptó una dolorosa verdad. La vida que había conocido había desaparecido.

Si quería volver a ver a Layla... Si quería honrar la bondad que Al-Samir le había mostrado durante tantos años... Si quería vivir lo suficiente para elegir algún día su propio destino... Primero debía sobrevivir. Y sobrevivir significaba convertirse en el guerrero que los mongoles esperaban que fuera.

La decisión no le produjo orgullo. Era simplemente la realidad. No tenía otra elección.

Desde ese día entrenó sin una sola queja. Obedeció a sus superiores sin vacilar. Aprendió cada orden. Practicó hasta que sus manos sangraron por tensar el arco una y otra vez y sus músculos quedaron entumecidos tras interminables horas sobre la silla de montar.

Pero cada noche, justo antes de que el sueño terminara por vencerlo, repetía en silencio la misma promesa.

«Aprenderé sus costumbres.

Lucharé sus batallas.

Me ganaré su confianza.

Pero nunca olvidaré quién me enseñó la compasión.

Nunca olvidaré a Layla.

Y cuando llegue el día en que mi vida vuelva a pertenecerme... regresaré.»

Nadie más escuchó jamás aquel juramento.

Pero desde entonces se convirtió en la batalla que Temür libraría cada día hasta recuperar su libertad.

El ejército mongol avanzaba como una fuerza viva de la naturaleza.

Desde el momento en que Temür pasó a formar parte de sus filas, quedó sobrecogido por el inmenso tamaño de la fuerza y por la extraordinaria organización que mantenía en movimiento a decenas de miles de hombres.

Había presenciado guerras tribales, pero aquello era completamente distinto. Era una inmensa máquina de conquista que atravesaba la estepa como un río interminable de hombres, caballos, carros y estandartes.

Toda la organización del ejército se basaba en el sistema decimal:

Cada guerrero pertenecía a un *arban*, una unidad formada por diez hombres.

Diez *arbans* constituían un *jaghun*, integrado por cien guerreros.

Diez *jaghuns* formaban un *mingghan*, compuesto por mil jinetes.

Y por encima de todos ellos se encontraba el poderoso *tumen*, un ejército de diez mil hombres comandado por generales veteranos cuyos nombres eran conocidos y temidos en gran parte del mundo conquistado.

Ningún hombre combatía solo. Cada guerrero dependía por completo de los demás miembros de su unidad. Si uno desertaba, todo el *arban* era castigado. Si uno fracasaba en combate, todos compartían la vergüenza.

La disciplina entre los mongoles era más dura que el hierro. Las órdenes se obedecían al instante. Los caballos eran inspeccionados todos los días. Las armas se mantenían en perfecto estado.

Un guerrero que descuidara sus obligaciones podía ser azotado públicamente o ejecutado sin contemplaciones.

Temür comprendió muy pronto por qué tantos reinos temblaban ante ellos.

Además, vio que el ejército mongol no estaba formado únicamente por mongoles.

El hombre que había unificado las tribus dispersas de la estepa —primero conocido como Temuyín y más tarde temido por el mundo entero como Gengis Khan— no se dedicaba a exterminar a todos los pueblos que

derrotaba. En cambio, sabiamente, incorporaba a su imperio a quienes podían fortalecerlo. Su política era tal que el imperio devoraba naciones y luego utilizaba esas fuerzas para conquistar otras.

Los mejores jinetes reforzaban la caballería. Los herreros fabricaban armas para los ejércitos. Los escribas registraban documentos en lenguas variadas. Ingenieros procedentes de China construían enormes máquinas de asedio, capaces de derribar las murallas más grandes.

A medida que el imperio se expandía por Asia, incontables pueblos habían sido absorbidos por sus filas.

Y, con frecuencia, los conquistados conservaban su religión, sus costumbres y sus tradiciones. Musulmanes, cristianos, budistas. Todos vivían bajo el dominio del Gran Khan.

El imperio solo exigía dos cosas: Lealtad y obediencia absolutas.

Cada noche, alrededor de las hogueras, Temür escuchaba decenas de idiomas diferentes.

Había jinetes túrquicos procedentes de las estepas occidentales, corpulentos y letales en el uso de sus sables.

Ingenieros chinos viajaban con extraños carros cargados de herramientas, cuerdas, poleas, pólvora y las piezas desmontadas de gigantescas máquinas de asedio.

Escribas persas acompañaban a los comandantes, registrando suministros, tributos y mensajes enviados entre ejércitos separados por cientos de kilómetros

Incluso había rusos capturados y musulmanes al servicio del ejército como guías, intérpretes o artesanos.

Nadie que resultara útil era dejado de lado.

Durante muchos días, Temür no fue más que otro joven jinete entre miles.

Hasta que el destino volvió a cambiar el rumbo de su vida.

Una tarde, mientras el ejército acampaba junto a un río parcialmente congelado, un oficial entró en su yurta.

—El Kan desea verte inmediatamente.

Temür siguió al oficial en silencio.

Atravesó el inmenso campamento entre filas de caballos y guardias armados hasta llegar a la gran tienda de mando de Batu Khan.

Dentro, el aire olía a humo, cuero y tinta. Varios generales rodeaban una gran mesa cubierta de mapas y pergaminos. Las lámparas de aceite iluminaban los mapas sobre las mesas.

En el centro estaba parado el mismo Batu Khan.

Temür bajó inmediatamente la mirada. El nieto de Gengis Kan no era un hombre físicamente imponente como muchos de sus generales. Sin embargo, su sola presencia dominaba la estancia. Su rostro permanecía sereno e inescrutable. Sus oscuros ojos parecían observarlo todo con una inteligencia fría y calculadora.

Batu le habló directamente, sin perder tiempo.

—Tú eres el muchacho que fue criado entre los musulmanes.

Temür inclinó respetuosamente la cabeza.

—Sí, mi Khan.

Uno de los oficiales entregó a Batu un pergamino escrito en árabe.

—Dicen que sabes leer.

Temür vaciló apenas un instante.

—Sí.

El Kan le tendió el documento.

—Léelo.

Temür se acercó a una lámpara y comenzó a traducir lentamente el escrito al lenguaje mongol. El texto contenía informes comerciales recopilados por mercaderes que comerciaban con los reinos de Occidente.

La tienda permanecía en silencio, expectante, oyendo las palabras de Temür.

Cuando terminó, Batu lo observó pensativo.

—¿Y latín? —preguntó.

—Un poco.

Otro pergamino fue colocado ante él.

El documento era en latín, original de los principados cristianos de la Rus y Europa oriental, probablemente obra de sacerdotes. Temür volvió a traducir, impresionando a los oficiales presentes.

Batu Kan mostró un evidente interés.

—Un jinete que sabe leer ya resulta útil —dijo con calma—. Pero uno que comprende varias lenguas vale más que muchos otros.

Se volvió hacia uno de sus generales.

—El muchacho permanecerá con el Estado Mayor.

Con aquellas palabras, la vida de Temür volvió a cambiar. Había alcanzado una posición privilegiada dentro del ejército más poderoso del mundo.

Temür dejó su común yurta y pasó a vivir junto al Estado Mayor de Batu Khan. Allí fue recibido con cordialidad, sus nuevos compañeros eran asistentes de generales y altos oficiales. Le doblaban la edad y todos, sin excepción, llevaban cicatrices ganadas en batalla.

Por las noches, se reunían alrededor del fuego y bebían *kumis*, la bebida favorita de los guerreros de la estepa, un licor elaborado con leche de yegua fermentada.

El alcohol pronto aflojaba las lenguas y las conversaciones se transformaban en un interminable intercambio de historias sobre batallas, conquistas y hazañas militares.

Durante los primeros días, apenas prestaron atención al recién llegado. Para ellos era solo un *bichigchi*, un escriba militar que había tenido la fortuna de ganarse el favor del Khan.

Una noche, uno de los oficiales se sentó junto a él.

—Me llamo Agun —le dijo cordialmente—. Soy un mingghan. ¿Sabes qué significa?

—Sí —respondió Temür—. Comandas a mil hombres.

—¡Escuchad eso! —exclamó Agun con una carcajada, alzando la voz para que todos lo oyeran—. ¡Nuestro joven soldado sabe algo del ejército!

Le tendió un odre de cuero.

—Entonces debes beber con nosotros.

Temür seguía siendo fiel al Dios que había aceptado en la caravana del sultán. Y los musulmanes no bebían alcohol.

—Agradezco vuestra generosidad —respondió con educación—, pero no bebo.

Las conversaciones cesaron de inmediato.

Todos lo observaban.

—Así que nuestro joven escriba no bebe... —comentó alguien con tono burlón—. Bueno, sabemos que sabe leer, pero ¿sabe pelear?

Temür sostuvo la mirada del oficial.

—Peleo tan bien como cualquiera de vosotros.
Una explosión de carcajadas rodeó la hoguera.
Jochi, uno de los veteranos se puso en pie y caminó hacia él.

—¿Estás dispuesto a demostrarlo?
Desde el otro lado del fuego alguien gritó:
—¡Jochi, deja tranquilo al muchacho!
Pero Temür ya se había levantado.

El oficial parecía rondar los cuarenta años. Varias profundas cicatrices cruzaban su rostro y resaltaban sus ojos oscuros y penetrantes. A pesar del calor de la noche, todavía llevaba puesta su armadura laminar.

Temür sintió un instante de preocupación, pero comprendía que debía ganarse el respeto de aquellos hombres desde el principio.

Miró fijamente al veterano y dijo,
—¿Me estáis desafiando?

Las risas aumentaron.

Aquello era mucho más entretenido que las historias de guerra.

Uno de los presentes bromeó:

—¡Nada de peleas! ¡Podemos perder a Jochi... pero si perdemos al escriba, Batu nos hará ejecutar a todos!

En ese preciso instante, Batu Kan apartó la cortina de la gran yurta y entró en el recinto. Los oficiales se pusieron en pie con cierta dificultad, todavía tambaleándose por los efectos del kumis.

El Kan los observó con una leve sonrisa y luego dirigió la vista hacia Temür.

—¿Qué estáis haciendo, manga de animales sin educación, con mi escriba?

Agun, el guerrero que había hablado primero con Temür, hizo una profunda reverencia y explicó la situación.

El Kan volvió a sonreír.

—No tiene nada de malo averiguar de qué es capaz nuestro joven escriba. Pongámoslo a prueba.

Luego fijó la vista en Temür.

—¿Sabes qué es el «giro del halcón»?

—Por supuesto, mi señor.

—Bien. Mañana, al amanecer, nos reuniremos en el campo de entrenamiento. Trae tu caballo y tus armas. Nos divertiremos un poco. Ahora, todos a dormir.

Aquella noche, mientras se tendía sobre su lecho, Temür pensó que quizá había sido demasiado impulsivo al aceptar el desafío. Pero, como ocurría cada noche, sus pensamientos terminaron viajando hasta Layla. Y entonces todo volvió a estar en calma.

El amanecer llegó fresco y luminoso. El rocío cubría la hierba y el aire era limpio y transparente.

Por orden de Batu Khan, los sirvientes habían colocado estandartes de vivos colores a lo largo de un recorrido de aproximadamente un kilómetro.

A ambos lados de la pista se habían reunido cientos de guerreros ansiosos por presenciar la prueba. El espectáculo prometía ser interesante. Un muchacho de apenas diecisiete años estaba a punto de enfrentarse a un veterano con más de veinte años de campañas.

Al final del recorrido se levantaba una plataforma de madera cubierta por un dosel, con el trono del Khan.

Cuando Temür llegó montando a Salkhi, una gran ovación estalló entre los soldados. Muchos incluso gritaban su nombre.

Temür todavía ignoraba en qué consistía exactamente el desafío.

Agun se acercó sonriendo.

—Sabía que vendrías, joven escriba. Un guerrero del Kan jamás permitiría que lo llamaran cobarde.

Examinó rápidamente el equipo de Temür.

—Puedes dejar el sable y la lanza. Hoy no los necesitas.

Luego señaló el comienzo y el final del recorrido.

—Partirás desde aquí al galope tendido. Un instante después saldrán tres de mis jinetes más rápidos. Cada uno llevará delante de sí un gran escudo de madera con la figura de un pájaro pintada en el centro, del tamaño de un puño. Intentarán darte alcance. Antes de que te alcancen o llegues al final del recorrido, deberás clavar una flecha en cada uno de esos tres escudos.

—¿Y si fallo?

Agun sonrió divertido.

—Por cada escudo que no aciertes, cuidarás el caballo de ese jinete durante un ciclo completo de la luna. Más vale que tengas buena puntería.

Temür levantó una ceja.

—¿Y si hiero al jinete?

—Entonces será culpa suya por no protegerse correctamente detrás del escudo.

Temür asintió.

—¿Algo más?

Agun soltó una carcajada.

—Aún no has oído la mejor parte. Si atraviesas el pájaro pintado en el escudo, será ese jinete quien cuide de tu caballo hasta la próxima luna.

Temür sonrió.

—Veo que están convencidos de que perderé.

—Lo están. Pero yo apuesto por ti. Ten valor.

En ese momento, la bandera del Kan se alzó sobre la plataforma y el sonido de un gran cuerno rasgó el aire.

Temür montó sobre Salkhi mientras la multitud gritaba entusiasmada. Volvió la vista atrás y vio que los tres jinetes ya estaban montando, con los escudos preparados. Disimuladamente sacó la cinta azul que Layla le había regalado, la besó y volvió a esconderla bajo la armadura.

El cuerno sonó por segunda vez. Apretó ligeramente los estribos y Salkhi salió disparado. Cincuenta pasos detrás de él arrancaron los tres perseguidores.

El estruendo de los cascos hacía temblar la tierra y el viento golpeaba su rostro mientras Salkhi corría a toda velocidad. La hierba, los estandartes y los espectadores se convirtieron en una mancha borrosa.

Detrás de él, Temür escuchó cómo los cascos se acercaban cada vez más deprisa. Giró ligeramente la cabeza y vio que el primer jinete estaba reduciendo la distancia, mientras sujetaba con firmeza el escudo. En el centro se destacaba la figura del pequeño pájaro negro. El blanco parecía demasiado pequeño.

Los soldados gritaban y apostaban entre risas. Temür se incorporó ligeramente sobre los estribos y tomó una flecha. El movimiento le resultó completamente natural, como respirar. Inmediatamente, ejecutó la difícil maniobra que los mongoles llamaban el «Giro del Halcón».

Soltó las riendas y giró el torso. En un solo movimiento colocó la flecha y tensó el arco. Un murmullo

de asombro recorrió la multitud. El jinete que lo perseguía notó el movimiento y movió el escudo de un lado a otro, siguiendo el ritmo de su caballo.

Los espectadores pensaron que aquel disparo era imposible. Temür soltó la cuerda y la flecha voló silbando por el aire. Un instante después, un seco crujido resonó por todo el campo y el escudo se sacudió hacia atrás. La flecha había atravesado la figura del pájaro.

Un rugido ensordecedor estalló entre los guerreros. El jinete levantó el escudo roto entre carcajadas.

—¡Un pájaro! —gritó alguien.

Temür apenas lo escuchó, el segundo jinete ya estaba sobre él y era aún más rápido. Cabalgaba inclinado sobre el cuello de su caballo mientras movía constantemente el escudo para dificultar el disparo.

Salkhi respiraba con fuerza. Sus músculos comenzaban a acusar el esfuerzo. Temür sintió cómo el perseguidor acertaba la distancia.

Temür pensó en Layla, toda la tensión desapareció y los gritos del público se desvanecieron.

Inspiró profundamente y giró de nuevo sobre la silla, tanto que parecía imposible que pudiera conservar el equilibrio.

Algunos soldados comenzaron a animarlo. El arco volvió a curvarse y la flecha salió despedida. Durante un instante nadie pudo ver si había acertado, hasta que el escudo salió violentamente de las manos del jinete. La flecha permanecía clavada en el centro del pájaro.

La multitud aumentó sus gritos, animándolo. Batu Kan se incorporó de su asiento.

—¡Por el Cielo Eterno! —exclamó—. ¡El muchacho es verdaderamente un mongol!

Solo quedaba un perseguidor, el más rápido de todos. Se acercaba como una tormenta y llevaba el escudo muy bajo, parcialmente oculto tras el cuello de su caballo.

Temür apretó la última flecha entre los dedos. El final del recorrido estaba cada vez más cerca y el jinete casi lo alcanzaba. Temür podía escuchar la respiración del caballo detrás de él.

Al llegar al final, el recorrido terminaba en un espacio abierto. Cuando los soldados le gritaban para que disparara, Temür tiró bruscamente de las riendas. Salkhi cambió súbitamente de dirección y continuó galopando hacia un costado.

Un grito colectivo recorrió el campo. El perseguidor, desconcertado, corrigió su dirección y por apenas un instante, distraído, elevó el escudo.

Era todo lo que Temür necesitaba. Tensó la cuerda, disparó, y la flecha salió como un rayo.

El sonido de la madera partiéndose anunció el impacto. El proyectil había atravesado el pájaro.

Durante unos segundos reinó el silencio hasta que el campo entero explotó en vítores. Los hombres gritaban y reían y algunos levantaban sus arcos hacia el cielo. El último jinete detuvo su caballo junto a Temür y contempló la flecha incrustada en el escudo.

Sacudió lentamente la cabeza.

—Cabalgas como el mismísimo Subotai¹³.

Temür redujo finalmente el paso de Salkhi.

¹³ Subotai (c. 1175–1248) fue el general más brillante del Imperio mongol y uno de los principales arquitectos de sus conquistas

El corazón le golpeaba con fuerza dentro del pecho. Al extremo del campo, Batu Kan permanecía de pie. Sonreía abiertamente y levantó un brazo señalando a Temür.

—¡Que nadie vuelva a llamarlo escriba! Desde hoy, este joven cabalga entre guerreros.

Un clamor de aprobación respondió a sus palabras.

Agun se acercó y Batu Kan lo sujetó por el hombro.

—Parece que este mes serán tres hombres quienes cuiden de tu caballo.

Temür rió junto a ellos y, mientras los vítores seguían resonando a su alrededor, deslizó discretamente la mano bajo la armadura hasta tocar la cinta azul escondida junto a su corazón.

Los meses siguientes llevaron a Temür mucho más al oeste de lo que jamás había imaginado.

El ejército cruzó praderas interminables y atravesó ríos mucho más anchos que cualquiera de los que había conocido en su tierra.

Cuando no existían puentes, los ingenieros los construían. Mientras tanto, los exploradores avanzaban como sombras, obteniendo información de aldeanos, comerciantes y refugiados que huían aterrorizados ante el avance mongol.

Como miembro del Estado Mayor de Batu Khan, Temür contempló la campaña desde una posición privilegiada. Traducía mensajes, copiaba informes y, en ocasiones, acompañaba a los emisarios enviados para exigir la sumisión de los gobernantes locales.

En todas partes se ofrecía la misma elección.

Rendirse y vivir...o resistir y morir.

La mayoría elegía rendirse.

Pronto comprendió por qué los mongoles no le temían al ejército de ninguna ciudad. Vio a ingenieros chinos ensamblar enormes máquinas de asedio transportadas en decenas de carros.

Observó a los comandantes calcular con extraordinaria precisión las distancias, las provisiones y los tiempos de marcha. Cada día los exploradores regresaban con mapas detallados, descripciones de caminos, ríos y fortificaciones.

Nada se dejaba al azar. El imperio avanzaba como una mano gigantesca que poco a poco iba cerrándose sobre el mundo.

Las victorias se sucedían una tras otra. Fortalezas consideradas inexpugnables abrían sus puertas tras pocos días de asedio.

Otras resistían. Y cuando lo hacían, el resultado era siempre trágico. Cuerpos de hombres, mujeres y niños daban testimonio de la ferocidad con la que el Imperio mongol castigaba la resistencia.

La fama de Batu Kan corría más deprisa que su propio ejército. Bastaba pronunciar su nombre para que regiones enteras temblaran. Sin embargo, entre tantas conquistas, Temür comenzó a descubrir algo que lo desconcertó profundamente.

Había esperado encontrar únicamente destrucción.

Pero la realidad era mucho más compleja.

Siempre había imaginado que una ciudad conquistada era saqueada, reducida a la miseria y condenada al caos. Eso era lo que esperaba.

Pero los mongoles actuaban de otra manera.

Exigían sumisión. Exigían tributo. Y, una vez obtenidos ambos, las puertas de la ciudad permanecían abiertas.

Los mercaderes regresaban a los bazares, los herreros volvían a golpear el hierro, los panaderos llenaban nuevamente las calles con el aroma del pan recién hecho. Desde los minaretes sonaba la llamada a la oración. Y, muy cerca, las campanas de las iglesias cristianas seguían repicando.

Nadie era obligado a abandonar su fe.

Temür observó a los oficiales mongoles reunirse con los ancianos de cada ciudad. Los impuestos eran fijados. Se proyectaban nuevos caminos. Guardias imperiales protegían los mercados y los robos no existían.

Las caravanas recibían autorización para continuar viajando. Los artesanos expertos eran registrados, no como prisioneros, sino como hombres valiosos para el imperio.

Los médicos seguían atendiendo a los enfermos, los escribas continuaban copiando documentos, y la vida en general, aunque transformada para siempre, recuperaba poco a poco su ritmo.

Aquello era muy distinto de todo lo que había imaginado. Una tarde preguntó a un veterano cómo era posible que el mismo ejército que inspiraba tanto terror permitiera luego que la vida continuara con aparente normalidad.

El anciano contempló las murallas antes de responder.

—Nuestra ley es sencilla. Quien se rinde pasa a ser súbdito del Khan. Una ciudad muerta no paga impuestos,

no construye caminos y no envía caravanas. Una ciudad viva fortalece al Imperio.

Temür guardó silencio.

Luego preguntó:

—¿Y los que se resisten?

El rostro del veterano se endureció.

—Ellos eligen la guerra.

Aquellas palabras quedaron grabadas en la memoria de Temür.

Una tarde, mientras observaba desde las murallas de una ciudad recién conquistada, contempló las calles tranquilas. Niños jugando, mercaderes cerrando sus tiendas, familias reunidas para compartir la cena.

La contradicción era abrumadora, hasta que comprendió entonces que su pueblo poseía dos rostros:

Uno era tan despiadado como el viento de la estepa. Golpeaba sin piedad a quienes se oponían a él.

El otro buscaba el orden antes que la destrucción. Solo exigía obediencia a cambio de paz.

Temür aún no sabía si ambos rostros pertenecían a una misma justicia...o a una misma tragedia.

Una tarde, una noticia recorrió el campamento, se acercaban a la ciudad de Kiev. El nombre se propagó entre las tropas como una chispa sobre la hierba seca.

Kiev.

La Madre de las Ciudades de la Rus.

La ciudad de las cúpulas doradas que brillaban como el sol.

La ciudad cuyos mercaderes comerciaban con Constantinopla y con las lejanas tierras del norte.

Incluso los generales más veteranos pronunciaban su nombre con respeto. Y cuando, varios días después, Temür contempló por primera vez la ciudad desde la distancia... comprendió perfectamente por qué.

Alzándose sobre las orillas nevadas del río Dniéper, Kiev dominaba el paisaje con una majestuosidad sobrecogedora.

Sus murallas se extendían por las colinas como si hubieran sido levantadas por gigantes. Altas torres vigilaban el horizonte, mientras las cúpulas doradas de sus iglesias resplandecían bajo el pálido sol del invierno.

Por un instante, Temür olvidó que estaba contemplando una ciudad enemiga, demasiado hermosa para ser destruida.

A su lado, un veterano oficial siguió la dirección de su mirada.

—Un magnífico premio —dijo en voz baja.

Temür asintió lentamente.

Pero, en lo más profundo de su corazón, sintió nacer una extraña inquietud.

Se preguntó qué quedaría de aquella espléndida ciudad cuando los conquistadores finalmente continuaran su marcha.

CAPÍTULO 9

EL SITIO DE KIEV

El invierno había envuelto la ciudad de Kiev bajo un cielo de nubes grises, pesadas como el hierro. La nieve cubría los tejados, las torres y las cúpulas de las iglesias como si fueran cenizas blancas caídas después de un incendio.

Pero, aun el peor clima, no podía disminuir la enorme magnitud y la belleza de la ciudad.

Kiev era una de las ciudades más grandes de Europa oriental. Era el corazón espiritual del mundo eslavo oriental y la cuna del cristianismo ortodoxo en las tierras de la Rus.

Su puerto sobre el río Dniéper recibía embarcaciones procedentes del mar Negro y de las grandes rutas comerciales del norte. Mercaderes, peregrinos y viajeros llegaban constantemente a la ciudad. En sus calles podían escucharse numerosas lenguas: eslavo antiguo, griego, latín, alemán, lenguas túrquicas e incluso árabe, hablado por comerciantes venidos de tierras lejanas.

Orgullosa y antigua, la ciudad estaba protegida por murallas de tres metros de grosor, grandes fortificaciones de madera reforzadas con tierra y por altas torres de

vigilancia que dominaban las defensas como centinelas silenciosos.

Los habitantes de Kiev estaban convencidos de que su ciudad era inexpugnable, y tenían buenas razones para creerlo. Profundos fosos rodeaban las murallas exteriores. Las enormes puertas estaban reforzadas con gruesas bandas de hierro.

Día y noche, arqueros vigilaban desde plataformas elevadas, mientras los soldados patrullaban las murallas envueltos en gruesos mantos de lana y piel.

A pesar de ello, el miedo ya había comenzado a infiltrarse en la ciudad.

Desde hacía semanas llegaban refugiados procedentes de las aldeas orientales. Sus relatos eran aterradores. Hablaban de pueblos enteros reducidos a cenizas, de jinetes que atravesaban la estepa como una tormenta, de guerreros que no parecían conocer el cansancio ni la compasión.

Había quienes aseguraban que aquellos invasores eran demonios enviados por Dios para castigar a la humanidad. Las campanas de las iglesias sonaban cada vez con más frecuencia, llamando a los fieles a la oración.

Mientras el temor se apoderaba lentamente de la ciudad, las mujeres encendían velas ante los iconos sagrados, los sacerdotes ortodoxos rezaban públicamente por la salvación de Kiev.

Y entre los susurros se repetía un mismo nombre:
Batu Khan.

Esa tarde, dentro de la ciudadela, el príncipe Dmytro de Kiev permanecía sentado junto a un gran fuego

mientras sus consejeros discutían los rumores llegados desde el este.

Dmytro era un gobernante orgulloso y experimentado. A pesar de la edad, conservaba una espalda ancha y fuerte. Su barba, salpicada de mechones plateados, revelaba los años de guerra y gobierno. Había combatido invasores antes, y confiaba plenamente en las defensas de Kiev.

De pronto, las grandes puertas del salón se abrieron de golpe. Un guardia entró apresuradamente y cayó de rodillas.

—Mi señor... Ha llegado un mensajero desde el camino del este.

—Hazlo pasar.

Pocos instantes después, entraron dos soldados sosteniendo a un hombre tan agotado que apenas podía mantenerse en pie. Su capa estaba endurecida por la nieve y el barro y su caballo había muerto de agotamiento pocos momentos después de cruzar las puertas de la ciudad.

El mensajero cayó de rodillas ante el príncipe.

—Mi señor... Los mongoles... vienen hacia aquí.

—¿A qué distancia están? —preguntó Dmytro con serenidad.

—Tres... quizá cuatro días de marcha. Batu Kan los dirige personalmente.

Un murmullo recorrió la sala.

El mensajero continuó, jadeando.

—No se detienen nunca. Los pueblos arden tras su paso. Sus exploradores están por todas partes. Ningún ejército ha conseguido frenarlos.

El príncipe se puso lentamente en pie.

—¿Cuántos son?

—Al menos treinta mil jinetes... quizá más.

Dmytro intercambió una mirada con sus generales.

En su rostro no apareció el menor signo de temor.

—Entonces encontrarán otros treinta mil esperándolos aquí.

Aquella misma noche se reunió el gran consejo de guerra.

Generales, nobles, veteranos y consejeros rodeaban una enorme mesa cubierta de mapas.

Las lámparas de aceite proyectaban sombras temblorosas mientras la nieve golpeaba suavemente las estrechas ventanas. El general Yaroslav, comandante de la guardia de la ciudad, golpeó la mesa con decisión.

—Los mongoles son hijos de las llanuras. Que vengan a enfrentarse a la piedra. Kiev jamás ha caído.

Muchos asintieron.

—Nuestro ejército iguala al suyo en número —añadió otro comandante—. Tenemos provisiones suficientes y una posición mucho más fuerte. Podemos resistir un asedio durante meses.

Un anciano consejero habló con cautela.

—Otras ciudades dijeron exactamente lo mismo.

Durante unos segundos nadie respondió. Pero el orgullo todavía era más fuerte que el miedo. Varios oficiales jóvenes comenzaron a pedir resistencia.

Finalmente, el príncipe levantó la mano.

El silencio regresó al salón.

—Kiev no se rendirá.

Hizo una breve pausa.

—Lucharemos.

La decisión se extendió rápidamente por toda la ciudad.

Las campanas comenzaron a sonar con más frecuencia, los herreros trabajaban día y noche fabricando puntas de lanza y reparando armaduras, los arqueros transportaban haces de flechas hasta las murallas, los carpinteros reforzaban las puertas con nuevas vigas de madera y planchas de hierro y en las almenas se preparaban enormes calderos de aceite hirviendo.

Cada torre se convirtió en un puesto de vigilancia.

Todo hombre capaz de empuñar un arma se preparó para el llamado de las murallas.

Pero, pese a los preparativos, el pánico empezó a extenderse. Los mercaderes cargaban carros con alimentos, monedas y todo aquello que podían transportar. Las familias nobles organizaban caravanas para huir hacia el oeste antes de la llegada del enemigo. Las madres abrazaban a sus hijos mientras los sacerdotes ortodoxos rezaban en plena calle.

La mayoría seguía confiando en las murallas. Otros solo confiaban en la distancia.

Al caer la noche, antorchas encendidas iluminaban las inmensas fortificaciones de Kiev. Más allá de la oscuridad, oculto por la tormenta invernal, el ejército de Batu Kan continuaba avanzando sin descanso.

Al amanecer del cuarto día, los vigías apostados sobre las murallas distinguieron movimiento en el horizonte helado.

Al principio parecía una mancha oscura extendiéndose lentamente sobre la nieve. Después comenzaron a distinguirse formas: caballos. Estandartes.

Columnas interminables de jinetes. Los mongoles habían llegado.

El ejército de treinta mil hombres que descendía sobre Kiev no parecía un ejército. Parecía un presagio del fin del mundo.

Al frente cabalgaban los guerreros de Batu Khan. Hombres de rostro endurecido por el viento, envueltos en pieles y cuero, con los arcos colgados junto a sables curvos ennegrecidos por años de uso, guiados por generales expertos en maniobras de batalla.

Sus caballos de la estepa parecían incansables. Eran en general de menor tamaño que los corceles europeos, pero podían recorrer distancias imposibles sin descansar. Y los jinetes daban la impresión de haber nacido sobre la silla. Disparaban flechas al galope con una precisión mortal, guiando a sus monturas únicamente con las rodillas mientras sus manos sembraban la muerte.

Y el ejército que seguía a Batu ya no estaba compuesto únicamente por mongoles. Entre sus filas marchaban guerreros túrquicos de las grandes estepas. Kipchaks¹⁴. Tártaros. Veteranos procedentes de tribus conquistadas en Asia Central. Hombres endurecidos por innumerables campañas, que hablaban decenas de lenguas bajo estandartes adornados con colas de caballo y pieles de lobo.

Junto a ellos viajaban ingenieros chinos, auténticos maestros del asedio. Con madera cortada en los

¹⁴ Los kipchaks eran un pueblo túrquico nómada de las estepas que habitaba las vastas llanuras al norte del mar Negro y el mar Caspio, en lo que hoy corresponde a partes de Ucrania, Rusia y Kazajistán.

bosques cercanos levantaban enormes trebuchets¹⁵, maquinas diabólicas, capaces de lanzar piedras más pesadas que un hombre por encima de las murallas.

Cuando aquellos monstruos comenzaban a disparar, el estruendo recordaba al juicio de Dios. Torres se derrumbaban. Tejados estallaban. Y, con cada impacto, también se quebraba el ánimo de los defensores.

También acompañaban al ejército artesanos e ingenieros musulmanes procedentes de Persia y Asia Central, expertos en explosivos primitivos, fuego y construcción de torres de asedio.

Esclavos y prisioneros marchaban delante del ejército cavando trincheras, rellenando fosos y arrastrando troncos bajo una lluvia de flechas enemigas.

En el centro de toda aquella inmensa maquinaria permanecían los propios mongoles.

Disciplinados. Implacables. Extraordinariamente organizados, en unidades que maniobraban con precisión casi mecánica, obedeciendo a tambores, cuernos y estandartes, en su mayoría de color negro.

Cada señal transmitía órdenes más deprisa que cualquier mensajero cabalgando.

Tras la caballería avanzaban contingentes de infantería reclutados entre los pueblos sometidos.

Algunos empuñaban lanzas y escudos.

Otros hachas o espadas europeas capturadas en campañas anteriores. Muchos luchaban obligados. Sus

¹⁵ Trabuquetes de contrapeso: una máquina parecida a una catapulta capaz de lanzar piedras de cientos de libras con una fuerza tremenda. Muy efectivo para destruir murallas durante un asedio.

propias ciudades habían sido destruidas. Servían al Kan porque negarse significaba morir.

Y siempre estaban los exploradores:

Días por delante del ejército principal, jinetes silenciosos recorrían caminos y ríos, estimaban las defensas y sembraban el terror mucho antes de que apareciera la horda.

A menudo bastaba con divisarlos para que aldeas enteras fueran abandonadas.

Cuando el ejército completo apareció finalmente frente a Kiev, la tierra pareció temblar bajo miles de cascos.

Por la noche, las hogueras se extendían por la llanura como un segundo cielo cubierto de estrellas rojas. Detrás de ellos se alzaban columnas de humo procedentes de aldeas incendiadas.

Frente a ellos brillaban las cúpulas doradas de la ciudad santa. Muchos habitantes de Kiev seguían creyendo que ninguna fuerza sobre la tierra podría derribar sus murallas.

Todavía no habían visto de lo que eran capaces los mongoles.

Los soldados corrieron hacia las murallas. Los ciudadanos se agolpaban en las calles, mirando hacia el este con terror.

En la llanura, el ejército de Batu Kan comenzó a desplegarse con una disciplina sobrecogedora.

Miles de jinetes se separaban lentamente formando un inmenso arco alrededor de la ciudad, como las mandíbulas de una trampa que empezaban a cerrarse.

Desde lo alto de las murallas, el príncipe Dmytro observaba al enemigo junto al general Yaroslav.

—Son... tantos... —susurró un joven soldado.

Los estandartes mongoles ondeaban bajo el viento helado. A lo lejos resonaban tambores.

Los exploradores galopaban en todas direcciones como lobos en plena cacería. Algunos desaparecían entre los bosques. Otros recorrían los caminos que conducían al oeste.

Nadie entraría en Kiev.

Nadie saldría de ella.

Durante toda la jornada, las patrullas mongolas capturaron campesinos, cazadores y refugiados escondidos en los alrededores. Los prisioneros eran interrogados sin descanso acerca de las murallas, las puertas, los pozos y el número de defensores.

Temür observó en silencio cómo un campesino tembloroso describía la posición de la guardia sobre el sector occidental de las fortificaciones.

Kiev era distinta.

Por encima de las murallas sobresalían magníficas iglesias coronadas por cúpulas doradas.

Detrás de las murallas, Sacerdotes ortodoxos recorrían las almenas portando iconos sagrados mientras esparcían incienso entre los defensores. Toda la ciudad parecía suplicar ayuda al cielo.

Batu Kan no atacó el primer día. Cuando cayó la noche, miles de hogueras volvieron a iluminar el inmenso campamento mongol. Las patrullas siguieron rodeando la ciudad sin descanso.

El asedio acababa de comenzar.

A la mañana siguiente, poco después del amanecer, cuando el ejército permanecía inmóvil sobre la gran llanura frente a Kiev, un único jinete salió de las líneas mongolas.

No llevaba escudo ni arco. De su lanza pendía un estandarte blanco hecho con crines de caballo: el antiguo símbolo de un emisario.

Las puertas de la ciudad se abrieron apenas lo suficiente para permitirle el paso. Varios guardias lo escoltaron hasta la ciudadela, donde el príncipe Dmytro lo esperaba rodeado por los miembros armados de su *druzhina*¹⁶, su guardia principesca.

Las enormes puertas del salón del consejo se abrieron lentamente y el emisario mongol entró con paso firme. Era un hombre corpulento, muy lejos ya de la juventud. Su rostro curtido estaba surcado por profundas cicatrices que hablaban de décadas de campañas.

No llevaba armas y su postura permanecía erguida y segura. Una vez dentro, sus ojos recorrieron la sala con absoluta serenidad. Finalmente se detuvo ante el príncipe e inclinó apenas la cabeza.

Ante los expectantes nobles, habló con voz pausada.

—Soy el general Tohai. Y estas son las palabras de Batu Khan, nieto de Gengis Kan y soberano bajo el Eterno Cielo Azul.

El general mongol señaló hacia la ciudad.

—Abrid vuestras puertas. Deponed las armas. Someteos, y vuestro pueblo vivirá.

¹⁶ Druzhina; el personal de un príncipe, formado por caballeros, guardias de la casa o caballería noble.

Todos los presentes comprendieron que aquel era un soldado acostumbrado a entregar aquel mismo mensaje una y otra vez.

El emisario continuó:

—Los mongoles no buscan un derramamiento de sangre innecesario ni la destrucción de vuestro pueblo. Abrid las puertas, reconoced la autoridad del Gran Kan y pagad el tributo que corresponde a toda ciudad leal. Vuestras iglesias permanecerán abiertas. Vuestras costumbres serán respetadas. Vuestros mercaderes seguirán comerciando bajo la protección del Imperio.

Su voz permanecía tranquila, casi desprovista de emoción.

—Elegid la paz... y vuestro pueblo vivirá.

Uno de los nobles de mayor edad golpeó el suelo con la contera de su lanza.

—¿Y si nos negamos?

El emisario sostuvo su mirada sin vacilar.

—Entonces habréis elegido la guerra... y toda persona que habite esta ciudad morirá.

La respuesta, fría y clara, no dejaba dudas.

El general mongol fue conducido fuera del recinto mientras los nobles discutían la medida a tomar, conscientes de que la vida de la ciudad dependía de ello.

Un murmullo recorrió la sala del consejo, hasta convertirse en un debate.

Algunos pidieron prudencia. Otros recordaron que las murallas de Kiev habían resistido innumerables enemigos. Alguien añadió:

—Si nos rendimos sin luchar, la historia nos recordará como cobardes.

La discusión continuó hasta que el príncipe se puso lentamente en pie.

Dmytro miró fijamente al emisario.

—Kiev no se arrodilla ante los invasores —respondió con frialdad—. Defenderemos la ciudad.

El emisario fue llamado al recinto e informado de la resolución de no rendir la ciudad. Escucho en silencio e inclinó apenas la cabeza.

—Así sea.

Sin añadir una sola palabra, dio media vuelta y abandonó la sala.

Junto al príncipe, el general Yaroslav dejó escapar un largo suspiro.

—Ya no puede haber paz.

Dmytro se acercó a una ventana y mantuvo la vista fija sobre los lejanos ejércitos mongoles.

—Nunca la existió la posibilidad —respondió en voz baja.

Desde las murallas, los defensores observaron al emisario cabalgar con paso firme a través de la llanura.

Desde el puesto de mando del Khan, Temür contemplaba la escena en silencio.

Ya había presenciado aquello antes. La elección había sido ofrecida. Ahora el ejército haría aquello para lo que había venido.

Al mediodía, el propio Batu Kan cabalgó hasta una colina desde la que dominaba toda la ciudad.

Envuelto en gruesas pieles sobre su caballo negro, observó Kiev sin mostrar emoción alguna mientras sus generales se reunían a su alrededor.

—El príncipe de la Rus ha desplegado tropas frente a las puertas —informó uno de los comandantes.

Batu examinó las líneas defensivas.

Varios miles de guerreros en pie estaban formados frente a las murallas, en completa armadura, escudos, lanzas y estandartes marcados con cruces cristianas.

Sobre las fortificaciones, centenares de ballesteros aguardaban con sus armas preparadas.

Un asalto frontal pondría a la caballería mongola al alcance de las mortíferas ballestas.

Batu entrecerró ligeramente los ojos.

—Quieren que nos acerquemos a las murallas.

Luego volvió la cabeza hacia uno de sus generales.

—Ordenad el ataque.

Nadie cuestionó la orden.

El general levantó un estandarte. Al instante, los cuernos de guerra resonaron por toda la llanura y los cascos retumbaron sobre la tierra helada cuando miles de arqueros mongoles montados galoparon hacia las líneas cristianas.

Los defensores cerraron filas. Sobre las murallas, cientos de ballestas apuntaron hacia los atacantes.

—¡Aguardad! —les gritó el general Yaroslav.

De repente, el cielo se oscureció.

Los arqueros mongoles soltaron una lluvia de flechas desde gran distancia e inmediatamente giraron sus caballos en retirada.

Los ballesteros de Kiev respondieron con su propia descarga. Desde las murallas, los defensores vieron caer a varios jinetes mongoles alcanzados por los virotes.

—¡Se retiran! —gritó uno de los capitanes.

En efecto, los mongoles parecían huir.

Sus escuadrones se dispersaban por la llanura en aparente desorden, como si abandonaran el combate tras fracasar en su ataque.

La excitación recorrió las filas de los defensores Kiev. El general Yaroslav alzó su espada.

—¡Adelante!

Las enormes puertas se abrieron y centenares de caballeros de la Rus irrumpieron en la llanura persiguiendo a los enemigos en retirada.

La caballería pesada, protegida por armaduras de placas que cubrían incluso la cabeza y el pecho de los caballos, avanzó como un río de acero sobre la nieve.

Los cascos de los excitados corceles levantaban nubes blancas mientras los gritos de victoria resonaban por todo el campo de batalla.

Pero el príncipe Dmytro frunció el ceño.

Algo no encajaba.

Sus caballeros estaban alejándose demasiado de la protección de los arqueros apostados sobre las murallas.

Los mongoles se retiraban con demasiada limpieza. Con demasiada rapidez.

Entonces sonaron los cuernos.

Desde detrás de colinas heladas y barrancos ocultos surgieron miles de jinetes mongoles, como sombras nacidas de la tierra.

La trampa se cerró en cuestión de minutos. La caballería mongola envolvió ambos flancos de los guerreros de la Rus, mientras los arqueros montados completaban un círculo cada vez más estrecho.

Las flechas comenzaron a caer desde todas las direcciones. Disparadas a corta distancia, sus puntas de acero encontraban las zonas vulnerables de las armaduras.

Los caballos relinchaban de dolor. Hombres y animales caían sobre la nieve con el cuello, el rostro o los hombros atravesados por las flechas.

La caballería de la Rus, alertada de habían caído en una emboscada, intentó reagruparse y contraatacar.

Los mongoles no lo permitieron. Cada vez que los cristianos cargaban, los arqueros retrocedían con una disciplina impecable mientras continuaban disparando con aterradora precisión.

Eran maniobras que habían practicado desde la infancia. Oleada tras oleada de flechas descendía sin descanso.

El general Yaroslav gritaba órdenes desesperadas y los portaestandartes levantaban sus enseñas ordenando la retirada.

Pero el caos ya se había apoderado de las filas de Kiev. Algunos jinetes intentaban regresar hacia las murallas. Otros seguían avanzando. Caballos heridos chocaban entre sí.

Las formaciones se rompieron y la confusión se propagó como un incendio.

Apenas habían transcurrido unos minutos desde el inicio del combate cuando los mongoles cerraron definitivamente el cerco. Desde ambos flancos, sus alas de caballería convergieron lentamente, estrechándose alrededor de la Rus como una inmensa cadena de hierro.

Cuando las filas enemigas quedaron comprimidas y la confusión alcanzó su punto máximo, llegó el golpe final. Los mongoles cargaron con lanzas, sables y mazas.

Sus ágiles monturas se deslizaban entre los pesados caballos rus mientras las mazas golpeaban armaduras y escudos con fuerza devastadora.

Nobles de la Rus fueron arrancados de sus monturas y arrojados a la nieve.

Los mongoles conocían perfectamente los puntos débiles de una armadura: los ojos, las mejillas, la garganta, las uniones entre el casco y la cota de malla.

Allí dirigían sus ataques con una precisión despiadada.

Algunos guerreros atacaban directamente a los caballos. Un corte preciso en las patas o un fuerte golpe bastaba para derribarlos. Y cuando un caballero perdía su montura, su pesada armadura se convertía en una prisión de hierro.

Muy pronto dejó de ser una batalla y se convirtió en una matanza. Desde las murallas de Kiev, los habitantes contemplaban impotentes cómo sus soldados morían sobre la llanura helada.

Las campanas repicaban frenéticamente, los sacerdotes ortodoxos alzaban iconos hacia el campo de batalla y las mujeres lloraban abiertamente sobre las almenas.

Junto a Batu Khan, uno de los generales sonrió con dureza.

—El príncipe mordió el anzuelo.

Batu permaneció impassible mientras observaba la carnicería que se desarrollaba frente a las murallas.

En un momento, volvió la vista hacia Temür.

—¡Escriba!

—Escribe cuidadosamente sobre este glorioso día.

La historia proclamará que Batu Khan, comandante de la Horda Dorada, fue el guerrero que doblegó a la Rus y forjó el Imperio Mongol de Occidente.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Como predijo el gran Gengis Khan, que nadie dude de que el Eterno Cielo Azul ha destinado a los mongoles a conquistar todas las tierras bajo el Cielo.

Temür servía ahora en el estado mayor de Batu Kan y no participó en la batalla. Desde una colina, junto a los comandantes mongoles, contempló la matanza. Sintió una extraña pesadez en el pecho. Como si cada grito arrancara un fragmento de su alma.

Cuando el sol comenzó a desaparecer tras el horizonte occidental, la batalla había terminado. Un inquietante silencio descendió sobre la llanura. Solo se escuchaban los gemidos de los heridos y el relincho ocasional de algún caballo sin jinete buscando a su amo.

Donde aquella misma mañana habían cargado orgullosas compañías de caballeros de la Rus, ahora solo quedaba devastación. Lanzas rotas yacían esparcidas como ramas caídas tras una tormenta. Escudos astillados. Espadas partidas. Yelmos abollados. Todo cubriendo una tierra empapada de sangre.

Los estandartes desgarrados, que horas antes habían ondeado con orgullo, se agitaban bajo la brisa de la tarde, oscurecidos por el humo y el polvo. Hombres y caballos yacían tan entrelazados que, en algunos lugares, resultaba imposible distinguir unos de otros.

Caballos sin jinete vagaban lentamente por el campo. Otros permanecían inmóviles junto a los cuerpos de quienes los habían montado.

Los cuervos ya comenzaban a describir círculos sobre el campo de batalla y desde el borde del bosque, los lobos aguardaban pacientemente la llegada de la noche.

Aquí y allá, soldados mongoles recorrían el campo en silencio. Buscando supervivientes. Recogiendo flechas

que todavía podían reutilizarse. La misma disciplina que los había guiado durante la batalla continuaba después de la victoria.

Temür cabalgó lentamente entre los muertos, incapaz de apartar la mirada. Solo unas horas antes, aquellos hombres habían lanzado sus gritos de guerra convencidos de que triunfaban sobre las líneas mongolas.

Ahora solo quedaba silencio. El olor de la tierra removida, la sangre, el sudor y el humo pesaba sobre el aire helado. El precio de la victoria se apreciaba en todas direcciones.

Temür comprendió que ningún campo de batalla pertenece realmente a los vencedores. Cuando cesan los gritos y caen los estandartes, la guerra solo deja viudas, niños sin padre... y un silencio más profundo que cualquier otro.

Luego de esa primera batalla, el sitio de Kiev se prolongó durante tres terribles semanas.

Los especialistas de Batu levantaron enormes máquinas de asedio. Día tras día lanzaban gigantescas piedras contra las murallas y excursiones de pesados arietes golpeaban las puertas que comenzaban a resquebrajarse. Más allá de las puertas ardían incendios que nunca parecían apagarse.

Cada amanecer revelaba nuevos daños. Profundas grietas se abrían poco a poco en las fortificaciones de madera.

Mientras los habitantes de Kiev soportaban el hambre, el agotamiento y el miedo, los sacerdotes ortodoxos recorrían la ciudad portando iconos y rezando por una salvación que nunca llegaba.

Las mujeres derretían nieve para obtener agua. Y atendían los heridos que llenaban iglesias y monasterios.

Y cada noche, los ciudadanos escuchaban el lejano retumbar de los tambores mongoles sobre la llanura. Los mongoles nunca descansaban. Sus jinetes mantenían el cerco sin interrupción, cortando todos los caminos y dando caza a cualquiera que intentara escapar.

Por la noche, las hogueras del inmenso campamento teñían de rojo el horizonte. Temür permanecía junto al estado mayor de Batu Khan, en la tienda de comando situada sobre las colinas nevadas que dominaban la ciudad. Desde allí contemplaba cómo las cúpulas doradas de Kiev desaparecían poco a poco bajo una espesa cortina de humo. El sonido de las campanas, que seguían sonando, lo inquietaba profundamente.

Una tarde, después de que otro tramo de muralla se derrumbara bajo los impactos, Batu reunió a sus generales.

—La ciudad se debilita —dijo con calma—. Pronto, en su desesperación, nos abrirán sus puertas.

Tenía razón.

Para la tercera semana, Kiev se había convertido en una ciudad hambrienta. La comida casi había desaparecido. Los heridos abarrotaban las iglesias, mientras el miedo se propagaba por las calles más rápido que el fuego.

El príncipe Dmitri comprendió por fin la verdad: el pueblo de Kiev, como las murallas, no resistirían mucho más.

Si los mongoles irrumpían en la ciudad mientras los defensores permanecían atrapados en su interior, la

matanza sería aún peor. En un último acto de desesperación, el príncipe ordenó abrir las puertas.

Al amanecer, las campanas de Kiev repicaron con más fuerza que nunca y las puertas se abrieron de par en par.

Cientos de soldados rus emergieron sobre la nieve portando lanzas, hachas, espadas y estandartes marcados con la cruz. Sacerdotes ortodoxos caminaban entre ellos sosteniendo iconos por encima de sus cabezas, mientras los defensores clamaban a Dios en oración.

Desde las colinas lejanas, Batu Kan observaba en silencio. Alzó una mano y los cuernos de guerra mongoles resonaron en la llanura.

Los jinetes avanzaron como una marea oscura, y la batalla duró menos de una hora. Los exhaustos defensores de Kiev lucharon con valentía, pero el hambre y la desesperación ya los habían derrotado mucho antes de que volara la primera flecha mongola.

Los arqueros a caballo los rodearon por todos los flancos, mientras sucesivas oleadas de caballería destrozaban sus ya quebradas formaciones sobre el suelo helado.

El príncipe Dmitri desapareció en medio del caos del combate, todavía luchando, mientras los jinetes mongoles cerraban el cerco a su alrededor. Al mediodía, el ejército de Kiev había dejado de existir y los mongoles entraron en la ciudad.

El humo se elevó hacia el gris cielo invernal mientras las calles se llenaban de gritos, fuego y pánico. Las puertas de las casas eran derribadas. Las iglesias rebosaban de familias aterrorizadas que buscaban refugio bajo los iconos pintados y la luz de las velas.

Pero ya no existía refugio en ninguna parte.

Con una brutalidad metódica e implacable, los soldados mongoles vaciaron casas, iglesias, edificios públicos y cualquier lugar donde la población, paralizada por el miedo, hubiera intentado esconderse.

La población fue conducida fuera de las murallas como si fuera ganado. Los oficiales caminaban entre mujeres que estrechaban a sus hijos contra el pecho, inmóviles de terror, y ancianos demasiado débiles para haber participado en la batalla. Unos pocos centenares de hombres y mujeres fuertes fueron seleccionados para ser enviados a Karakórum y vendidos como esclavos.

El resto fue condenado a morir.

Ningún grito de clemencia cambió la sentencia. Ninguna oración ablandó el corazón de los conquistadores. Una tras otra, las familias desaparecieron bajo la espada y la lanza, mientras el humo flotaba sobre las ruinas de la ciudad caída.

Días después, cuando todo había terminado y el ejército finalmente emprendió la marcha, los cuerpos calcinados y ennegrecidos permanecían sin sepultura bajo el cielo, silencioso testimonio de la inutilidad de enfrentarse al ejército más poderoso del mundo.

Durante generaciones, la caída de Kiev sería recordada como un símbolo de la terrible crueldad que los seres humanos son capaces de infligirse unos a otros.

Mientras el ejército se retiraba, Temür cabalgó lentamente por las calles destrozadas junto a varios oficiales del estado mayor de Batu. A su alrededor, las llamas consumían las viviendas mientras los soldados arrastraban tesoros extraídos de palacios, iglesias y mercados.

Sin embargo, no era el fuego lo que más lo perturbaba. Era el silencio. Al caer la noche, bajo la nieve que seguía cayendo, calles enteras permanecían desiertas. Las campanas por fin habían dejado de sonar. Iconos abandonados yacían hechos pedazos sobre el suelo helado, ennegrecido por la ceniza.

Temür contempló la ciudad devastada y sintió que algo dentro de él empezaba a quebrarse. Aquello ya no era una guerra. Era aniquilación.

Durante tres días, el humo flotó sobre Kiev como una nube oscura, visible a kilómetros de distancia. Barrios enteros habían quedado reducidos a ruinas ennegrecidas. Las grandes puertas yacían destrozadas. Las iglesias permanecían sin techo bajo el cielo invernal, con sus cúpulas doradas rotas y dispersas entre los escombros. Los mongoles habían obtenido otra victoria, pero aquello no se parecía en nada a una victoria.

La nieve bajo los cascos de Salkhi estaba ennegrecida por el hollín y enrojecida por la sangre. Aquí y allá, algunos supervivientes salían con cautela de sótanos y edificios derrumbados, buscando entre las ruinas a familiares que jamás responderían a sus llamadas.

Las campanas de Kiev habían enmudecido. Solo el áspero graznido de los cuervos resonaba lejano.

Al pasar junto a las ruinas de una iglesia, Temür vio a un grupo de mujeres arrodilladas entre las piedras. Recogían fragmentos de iconos pintados entre los escombros con el mismo cuidado con el que se recogerían joyas preciosas.

Una de ellas levantó la vista por un instante, y sus miradas se encontraron.

Temür bajó la vista y siguió cabalgando.

Aquella tarde, un mensajero se acercó a él.

—Mi señor, el Gran Kan solicita vuestra presencia.

Temür se dirigió de inmediato a la tienda de mando. Batu Kan estaba sentado junto a varios oficiales revisando informes procedentes de toda la ciudad conquistada. Los comandantes discutían sobre bajas, prisioneros, suministros y tributos con la misma calma con la que habrían contado caballos.

Cuando Temür entró, Batu le entregó un fajo de pergaminos.

—Prepararás el registro oficial —le dijo el Kan.

Temür hizo una reverencia.

—Sí, mi Kan.

—El Imperio debe recordar lo que ocurrió aquí.

Aquellas palabras lo acompañaron mucho tiempo después de abandonar el pabellón.

El Imperio debe recordar.

Cerca de la medianoche, permanecía sentado a solas junto a una pequeña lámpara de aceite en el interior de su tienda. Ante él descansaban varias hojas nuevas de pergamino. Afuera, la vida del campamento continuaba como siempre. Los caballos resoplaban. Los centinelas intercambiaban las contraseñas. En algún lugar, unos guerreros reían alrededor de una hoguera celebrando la victoria.

Temür mojó la pluma en la tinta. Durante unos instantes contempló la hoja en blanco. Después comenzó a escribir. Primero, una descripción de la batalla.

«La ciudad de Kiev desafió la autoridad de Batu Kan y rechazó rendirse. Tras la ruptura de las murallas, la ciudad fue tomada por la fuerza. La resistencia

enemiga fue eliminada. Los cautivos, suministros y tributos fueron asegurados conforme a las leyes del Imperio. Esta fue una gran victoria de nuestro líder, el gran Batu Kan, el mayor estratega de todos los tiempos, y será recordada para siempre en la historia del gran Imperio mongol.»

Después redactó el homenaje:

«Al muy noble Batu Kan, nieto del gran Gengis Kan:

Tras la rendición de la ciudad de Kiev y la sumisión de los territorios circundantes, presento este informe sobre la actual extensión del Imperio mongol.

Jamás un solo gobernante había ejercido dominio sobre un territorio tan vasto.

Desde las costas del Mar del Este, donde el sol nace más allá de las tierras de Catay, hasta los bosques y ríos de la Rus, la autoridad de los descendientes de Gengis Kan se extiende ahora a lo largo y ancho del mundo.

El Imperio abarca las estepas de Mongolia, los desiertos que se extienden más allá de ellas, los reinos del norte de China, las montañas de Asia Central, las ciudades de Transoxiana, las tierras de Persia y las grandes estepas occidentales. Incontables tribus y naciones sirven ahora bajo el Eterno Cielo Azul y los estandartes de la Casa de Gengis.

Los correos que transportan las órdenes del Kan cabalgan de un extremo al otro del mundo a través de postas mantenidas exclusivamente para su paso.

Los pueblos del Imperio hablan muchas lenguas y adoran a numerosos dioses, pero todos reconocen la

supremacía del Gran Batu Kan y las leyes establecidas por su ilustre abuelo Gengis Kan.

Con la toma de Kiev, la frontera de la conquista se encuentra ahora a las puertas de los reinos occidentales. Más allá se extienden Polonia, Hungría, Austria y las tierras de los francos, cuyos gobernantes aún no han sentido toda la fuerza de las armas mongolas.

El Imperio se ha vuelto tan inmenso que un jinete cabalgando a gran velocidad podría emplear un año entero en cruzarlo y aun así permanecer bajo la autoridad de los descendientes de Gengis Kan.

Así ha favorecido el Eterno Cielo a la nación mongola por encima de todas las demás.»

Se detuvo.

Las palabras se veían impecables. Ordenadas. Precisas. Y completamente falsas.

La ciudad de Kiev había resistido. No había una sola mención de las casas incendiadas. Ni de los niños aplastados bajo las piedras derrumbadas. Ni de los refugiados aterrorizados que él había visto huir por calles cubiertas de humo. Ni de los miles de inocentes asesinados.

Temür dejó la pluma. Durante largo rato escuchó el viento soplar fuera de la tienda. Después sacó otra hoja de pergamino de su alforja.

El resto de su escritura no formaría parte del archivo oficial. Seguiría siendo su secreto... por ahora. La verdad sobre la tragedia de Kiev no sería conocida hasta después de su muerte.

Comenzó a escribir de nuevo:

«Estas palabras no forman parte del registro oficial. Las escribo porque la verdad merece su propio testigo.

Que nadie que lea esto en los años venideros crea que Kiev cayó como una simple línea en una crónica o como un número escrito junto al nombre de un Kan victorioso.

Los fuegos de Kiev aún arden.

La ciudad muere lentamente. Ya no con la furia de la batalla, sino con el lento aliento humeante de una ciudad agonizante. El humo se eleva sobre los tejados destrozados y las iglesias derruidas como espíritus oscuros que ascienden hacia un cielo silencioso. La ceniza flota por las calles y se posa sobre cadáveres, armaduras, puertas astilladas y charcos de sangre congelada.

Vi iglesias arder y torres desplomarse. Vi a hombres valientes defender murallas que no podían salvar. Vi a madres buscar a sus hijos entre las ruinas, y a hijos buscar a unos padres que jamás regresarían.

Los conquistadores registrarán cifras. Contarán caballos, prisioneros y tributos. Pero los números no lloran. Los números no sangran.

Si estas palabras me sobreviven, que quien las lea sepa que Kiev fue una vez una ciudad hermosa. Sus campanas resonaban sobre el río. Sus mercados rebosaban de vida. Sus iglesias brillaban como el oro bajo el sol.

Ahora solo quedan cenizas. Todo aquello pereció en Kiev. Si estas páginas sobreviven cuando yo sea polvo, que se recuerde que, antes de su destrucción, Kiev fue una ciudad de belleza, fe y vida.

Y que también se recuerde que quienes la defendieron lucharon con un valor igual al de cualquiera que haya visto entre los mongoles.

Yo estuve allí.

Lo vi.

Y porque lo vi, no puedo permitir que el silencio se convierta en el vencedor definitivo.»

Temür hizo una pausa.

Se sintió incapaz de seguir escribiendo.

Más allá de las paredes de la tienda dormía la mayor fuerza militar de la Tierra.

Y, sin embargo, mientras contemplaba la página inacabada, no podía dejar de pensar en una sola pregunta.

Si aquello era la grandeza, ¿por qué causaba tanto dolor?

CAPÍTULO 10

DESERCIÓN

Una mañana, Temür cabalgaba lentamente entre las ruinas, junto a una columna de jinetes mongoles que regresaba de los distritos bajos. Ya no se alzaban entre ellos cantos de victoria. Solo agotamiento. Los caballos exhalaban nubes de vapor en el gélido aire invernal, mientras las ruedas de los carros aplastaban restos carbonizados a su paso.

El cadáver de un niño yacía medio sepultado bajo la nieve, junto a los restos de un puesto del mercado.

Temür apartó la mirada.

Durante semanas, el asedio lo había consumido la vida de la ciudad. Solo quedaba hambre, enfermedad, miedo y, por último, matanza. Kiev había luchado como un animal herido que se negaba a morir. Incluso después de que las murallas fueran abiertas, los defensores habían resistido calle por calle, iglesia por iglesia. Y los mongoles habían respondido con fuego y acero.

Delante de él, dos guerreros reían mientras discutían por un icono de plata arrancado del altar de una iglesia. Uno de ellos escupió sobre él antes de atarlo a la silla de su caballo.

Temür volvió a sentir un malestar indefinido. Hubo un tiempo en que aquellas cosas no lo perturbaban. O quizá sí lo hacían, y había aprendido a sepultar ese sentimiento bajo la obediencia. Desde niño le habían enseñado la misma verdad que conocía todo mongol:

La conquista del mundo por los mongoles era la voluntad del Eterno Cielo. Los fuertes gobernaban porque el Cielo los favorecía. Los débiles existían para arrodillarse o perecer. Él lo había creído. Pero la tragedia de Kiev se negaba a abandonar su mente.

Los gritos de las mujeres atrapadas en casas en llamas. Los ancianos abatidos en las calles. Los rostros desesperados apiñados ante las puertas de las iglesias antes del asalto final. Un joven soldado rus, que no tendría más de dieciséis años, lanzándose al ataque con una lanza rota, aun sabiendo que la muerte lo esperaba.

Y, peor que todo, los niños.

Temür cerró los ojos un instante, y el recuerdo regresó de inmediato.

Una niña pequeña permanecía acurrucada bajo un carro, junto al cuerpo sin vida de su madre, demasiado aterrorizada incluso para llorar. Uno de los soldados mongoles había levantado el sable.

Temür sujetó el brazo del hombre antes de que la hoja descendiera.

—No es más que una niña —dijo Temür.

El guerrero frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué la proteges?

Temür no tuvo respuesta.

Al final, la pequeña huyó entre el humo mientras los demás se burlaban de él por su debilidad.

Su caballo lo condujo junto a las ruinas de una iglesia cuya gran cúpula se había desplomado sobre sí misma. Cuerpos ennegrecidos seguían congelados junto a la entrada. Los cuervos saltaban entre ellos.

Temür contempló la cruz destrozada que sobresalía de la nieve.

¿Era realmente aquella la voluntad del Cielo?

La pregunta lo atormentaba.

Durante tres años había marchado hacia occidente bajo los estandartes del Gran Kan. Había cruzado ríos interminables y bosques sin fin. Había visto reinos enteros derrumbarse ante el estruendo de los cascos mongoles. Allí donde llegaba el ejército, el mismo terror lo seguía.

Al principio lo soportó por honor. Después, por supervivencia. Y finalmente porque parecía que ya no existía un camino de regreso. Pero ahora algo dentro de él había comenzado a romperse.

Pensó en Layla.

El recuerdo llegó como una advertencia: su risa bajo los albaricoqueros junto a la casa de su padre, la luz del sol sobre su cabello oscuro, el calor de su mano entre la suya antes de partir hacia la guerra. Habían pasado tantos años que, a veces, temía haberla inventado.

¿La habría perdido para siempre?

Se negaba a aceptarlo, por muchos inviernos que transcurrieran. Su vida ya no tenía otro propósito que volver a encontrarla. Aun en Kiev, rodeado de muerte, su recuerdo se sentía dolorosamente vivo.

Apretó las riendas con fuerza. Alrededor, los estandartes mongoles restallaban bajo el viento helado. Cabalgaba rodeado de hombres que no temían a nada.

Hombres que creían ciegamente en la conquista y en el destino.

Pero Temür ya no sabía si seguía perteneciendo a su lado.

Y, en lo más profundo de su corazón, aún débil como una brasa a punto de extinguirse, un pensamiento prohibido comenzó a crecer.

Debo marcharme.

Si lo capturaban, desertar significaba la muerte.

Los mongoles perseguían a los traidores sin piedad, ya fuera entre montañas, bosques o desiertos. Nadie abandonaba el ejército del Gran Kan.

Sin embargo, mientras Temür cabalgaba entre las cenizas de Kiev, comprendió una verdad con terrible claridad: si permanecía allí, la humanidad que aún sobrevivía dentro de él moriría con tanta certeza como la propia ciudad.

Varios días después de la caída de Kiev, Batu Kan reunió a sus comandantes en el gran pabellón de mando. Grandes braseros impregnaban el aire con el olor del cuero, los caballos y el pergamino.

Generales, oficiales y escribas llenaban la tienda. Temür permanecía entre ellos.

Batu Kan estaba sentado sobre una plataforma elevada, revisando informes procedentes de todos los territorios conquistados. Al cabo de un rato dejó un pergamino a un lado y miró hacia Temür.

—El informe sobre Kiev ha sido completado?

Temür hizo una reverencia.

—Sí, mi Kan.

Batu asintió.

—Lo he visto. Es exhaustivo. Preciso. Las generaciones futuras sabrán lo que se consiguió aquí. No solo eres hábil con el arco, sino también con la pluma.

Aquellas palabras golpearon a Temür.

Si supierais la verdad..., pensó.

El Kan continuó.

—Hay otro asunto.

Su expresión se iluminó ligeramente.

—Un nuevo ejército ha llegado desde Oriente.

Un murmullo recorrió el grupo de oficiales.

—Su comandante se ha distinguido repetidas veces en las campañas más allá del Volga. Trae consigo cerca de dos túmenes de caballería y se unirá a nuestro avance hacia Occidente.

La entrada de la tienda se abrió.

Un guerrero alto y erguido entró en el pabellón.

Vestía una armadura lamelar oscura decorada con escamas de plata. Aunque aún era joven, varias cicatrices cruzaban su rostro y le daban el aspecto de un veterano al doble de su edad. Sobre los hombros llevaba piel de lobo. Las borlas doradas sujetas a su casco indicaban su rango de general.

Todos los oficiales presentes se pusieron en pie en señal de respeto.

Cuando el guerrero se quitó el casco, Temür se quedó inmóvil.

Los ojos de aquel hombre. La vieja cicatriz sobre la ceja izquierda. La forma en que caminaba... Imposible...

De pronto, Temür sintió que ya no estaba dentro del pabellón de Batu Kan. Tenía otra vez once años y corría por las praderas bañadas por el sol, persiguiendo a

un hermano mayor que siempre cabalgaba más rápido que todos los demás.

—Altan... —susurró, pero nadie lo oyó.

Los oficiales rodearon al recién llegado y lo saludaron con respeto, estrechándose brevemente los antebrazos o apoyando sus manos sobre el hombro del otro.

Temür sintió el impulso de abrazar a su hermano, pero el plan de desertar volvió de inmediato a su mente. Pensó que era mejor no ser reconocido. Se unió por unos instantes al grupo, ocultando el rostro tras el grueso cuello de piel de su abrigo.

La reunión continuó. Batu Kan habló con entusiasmo de las futuras campañas, mientras los oficiales escuchaban cada vez más animados.

Cuando su hermano abandonó el pabellón, Temür lo esperaba a cierta distancia de la tienda y lo siguió hasta asegurarse de que nadie pudiera verlos.

Entonces lo llamó.

El general se volvió y, durante un latido, ninguno de los dos se movió. Después, los años parecieron desaparecer. Los ojos de Altan se abrieron de par en par.

—¿Temür?

Los dos hermanos se contemplaron con incredulidad.

—Estás vivo —dijo Altan en voz baja.

Temür sintió que la garganta se le cerraba.

—Estoy vivo.

Una sonrisa fue dibujándose lentamente en el rostro de Altan. El endurecido general salvó la distancia que los separaba en tres largas zancadas.

—Así que el Eterno Cielo ha reunido de nuevo a los hermanos —dijo, estrechándolo en un fuerte abrazo.

Por primera vez en muchos años, Temür sintió algo que casi había olvidado. Familia.

Un vínculo invisible recorrió a ambos hermanos. Pero Temür vio acercarse a otros oficiales y comprendió que no debían ser vistos juntos.

Le dijo a su hermano:

—Lo siento, debo irme. Te buscaré esta noche.

Después de la cena, Temür se reunió con Altan, y ambos hermanos se sentaron junto a una pequeña hoguera, más allá del campamento principal.

Ninguno de los dos quería perder tiempo durmiendo. Había demasiado que decir. Hablaron de su infancia, de sus padres, de la tribu y de amigos perdidos hacía mucho tiempo.

Altan escuchó con incredulidad mientras Temür le relataba sus años entre los musulmanes y su vida en la casa del sultán. Y luego le habló de su amor por Layla.

En más de una ocasión, el hermano mayor sacudió lentamente la cabeza.

—Te busqué —admitió en voz baja— durante años.

Temür contempló las llamas.

—Pensé que todos me habían olvidado.

—Nunca.

Altan sonrió.

—Sabía que llegarías lejos. Sigues siendo el mejor arquero que he conocido. En Oriente oí rumores sobre un jinete capaz de atravesar con sus flechas tres escudos perseguidores mientras galopaba. Pensé que podías ser tú.

—Preferiría escribir antes que disparar mis flechas.

Altan conocía demasiado bien a su hermano y comprendió que algo había cambiado dentro de él. Durante un rato, ninguno habló, hasta que Altan rompió el silencio.

—Estás preocupado.

Temür lo miró.

—¿Qué te hace decir eso?

—Nunca pudiste ocultarme tus pensamientos.

Aquellas palabras dieron en el blanco. Temür suspiró y se lo contó todo. La destrucción de las ciudades. Las matanzas. Los cautivos destinados a ser vendidos como esclavos. Todo cuanto había presenciado en Kiev. Cuando terminó, por un momento, solo se oía el crepitar del fuego.

La expresión de Altan era grave. Conocía perfectamente todo aquello que su hermano describía. Era un hombre profundamente leal a los mongoles y había dirigido muchas operaciones como las que Temür acababa de relatar.

Entonces dijo:

—Estás cuestionando la voluntad de los kanes.

—Estoy cuestionando en qué nos estamos convirtiendo.

—Estamos construyendo el mayor imperio que el mundo haya conocido jamás.

Temür negó con la cabeza.

—Tal vez.

Dirigió la mirada hacia la silueta de Kiev en el horizonte. Todavía brillaban algunos incendios entre las ruinas.

—Pero no puedo seguir viendo morir otra ciudad.
Altan permaneció en silencio.

Entonces Temür pronunció las palabras que llevaba semanas guardando en su interior.

—Me marchó.

El general lo miró fijamente.

—¿Piensas desertar?

—Sí.

Altan se puso inmediatamente en pie. Su rostro se endureció.

—¿Comprendes lo que estás diciendo?

—Perfectamente.

—Si te atrapan, te matarán.

—Lo sé.

—Y cualquiera que te ayude compartirá tu destino.

Temür asintió.

—También lo sé. Por eso evité que me reconocieras durante la reunión.

La luz del fuego danzaba entre ambos. Altan se volvió de espaldas y durante varios instantes no dijo una sola palabra. Temür casi podía escuchar la batalla que se libraba dentro de su hermano.

En un lado estaban el deber. El honor. El juramento prestado a Batu Kan. Las leyes de los mongoles. En el otro estaban la sangre. La familia. El hermano pequeño que había creído perdido para siempre.

Al fin, Altan habló.

—Cuando padre murió, me hizo prometerle una cosa.

Temür levantó la vista.

Altan continuó:

—Me dijo que, sin importar adónde nos llevara la vida, debía protegerte.

Después soltó una risa amarga.

—Pensé que aquella promesa era imposible. Y, sin embargo, esta noche el Cielo volvió a ponerte delante de mí.

Permaneció largo rato mirando la oscuridad. Cuando por fin volvió a girar, su decisión estaba tomada.

—No estoy de acuerdo contigo.

Temür guardó silencio.

—Creo en Batu Kan. Creo en el Imperio. Creo que estamos cambiando el mundo.

Dio un paso hacia él.

—Pero eres mi hermano.

Las palabras quedaron suspendidas entre los dos.

—Y no entregaré a mi hermano al verdugo.

Temür sintió que los ojos le ardían.

Altan apoyó una mano sobre su hombro.

—Te ayudaré a marcharte.

El fuego crepitó suavemente. Por primera vez desde la caída de Kiev, Temür sintió renacer una chispa de esperanza. El camino que tenía por delante sería peligroso. Pero no tendría que recorrerlo solo.

Al otro lado de la hoguera, estaba sentado un hombre dispuesto a arriesgarlo todo por él. Su hermano.

La noche siguiente, perdido en sus pensamientos, Temür se había alejado de la ciudad cuando un jinete al que no había visto se acercó al galope.

El hombre saltó de la silla de montar antes de que su caballo se detuviera por completo y hincó una rodilla en tierra junto a la montura de Temür.

—Mi señor —dijo sin aliento—, mi nombre es Suyuan. Pertenezco al Ejército de la Izquierda.

¿*Mi señor?*, pensó Temür. Entonces recordó el estandarte sujeto a su caballo: la bandera negra del estado mayor imperial del comandante supremo, Batu Kan. Para cualquier soldado raso, solo esa bandera ya lo situaba entre los oficiales de más alto rango del ejército.

Desde lo alto de su caballo, Temür examinó al hombre. Llevaba la insignia de un comandante de *jagun*¹⁷, un oficial de rango bajo.

—Levántate, soldado —dijo Temür—. Explica tu propósito.

Suyuan se puso en pie de inmediato, aunque mantuvo la cabeza inclinada con respeto.

—Mi señor, mis hombres están escoltando a un gran grupo de prisioneros hacia la ciudad de Bujará, donde serán vendidos como esclavos. Dos de ellos intentaron escapar. En la lucha, uno de mis guardias resultó muerto.

El oficial udó antes de continuar.

—Solicito autorización para su ejecución.

Temür contempló lo absurdo de la situación. Miles de personas habían sido masacradas sin piedad durante la toma de Kiev y, sin embargo, ahora, terminada la matanza, todo esclavo sano tenía valor. El asesinato de los dos cautivos requería la aprobación de un oficial superior.

—¿Dónde está tu compañía, Suyuan?

¹⁷ Jagun: en el ejército mongol, un oficial que comandaba 100 hombres.

—Más allá de esa colina, mi señor. Estamos demasiado lejos de la ciudad para presentar el asunto ante el consejo.

Temür miró hacia el horizonte.

—Monta a caballo y llévame allí.

Cuando doblaron la colina, Temür vio a los prisioneros.

Una larga columna humana se extendía a lo largo de la llanura helada: hombres y mujeres atados en grupos de diez por cuerdas sujetas a sus cuellos. La mayoría eran jóvenes, aún en la plenitud de sus vidas. Sin embargo, su existencia como seres humanos libres ya había terminado. A partir de ese momento, serían comprados, vendidos, golpeados y comerciados como ganado. Una docena de soldados mongoles los custodiaban a caballo.

En cuanto Temür se aproximó, los guardias desmontaron e hincaron la rodilla con respeto ante la bandera de Batu Kan.

Suyuan ladró una orden. Dos prisioneros fueron arrastrados hacia adelante y arrojados a la tierra frente al caballo de Temür.

Uno de ellos, un hombre que respiraba con dificultad a través de unos labios ensangrentados e hinchados, aún se aferraba con obstinación a un bolso de cuero apretado contra su pecho.

—¿Estás seguro de que estos hombres mataron a tu guardia? —preguntó Temür.

—Sí, mi señor —respondió Suyuan con firmeza—. El más joven lo atacó con una cadena mientras el viejo intentaba huir.

Temür miró a los prisioneros.

El cautivo más joven clavaba la mirada en el suelo en silencio, respirando con dificultad a través de sus labios hinchados. El otro hombre temblaba, pero no dijo nada.

—¿Y cómo piensas ejecutarlos?

—Decapitación, mi señor.

Temür permaneció en silencio durante unos instantes, como si estuviera considerando el asunto detenidamente.

Entonces habló con frialdad.

—No. La decapitación es demasiado piadosa.

Un murmullo nervioso se extendió entre los cautivos.

—Entiérralos hasta el cuello —continuó Temür—. Los dejaré ciegos con mis flechas antes de que mueran.

Los prisioneros se echaron atrás con horror. Algunos de los guardias asintieron en aprobación.

Suyuan, sin embargo, parecía inquieto. Se arrodilló de nuevo, bajando la cabeza.

—Mi señor, tu juicio es justo. Lejos de mí cuestionarlo. Pero tal castigo llevaría tiempo, y ya nos hemos retrasado. Pasé horas valiosas buscando la autorización para ejecutarlos.

Temür dejó que el silencio se prolongara.

Finalmente, asintió.

—Tienes razón. Tu misión es más importante.

Señaló a los dos prisioneros.

—Átalos firmemente. Me los llevaré conmigo. Después de su castigo, sus cuerpos serán exhibidos como escarmiento.

Un alivio evidente se reflejó en el rostro de Suyuan.

—De inmediato, mi señor.

Los soldados ataron rápidamente cuerdas alrededor de los cuellos de los prisioneros y las sujetaron a la silla de Temür.

Cuando todo estuvo preparado, Temür se volvió una vez más hacia el oficial.

—Actuaste correctamente al esperar la autorización, Suyuan. La obediencia preserva el orden del ejército.

El joven oficial se irguió visiblemente orgulloso.

—Hablaré bien de ti ante el Gran Kan.

Una ráfaga de emoción cruzó el rostro de Suyuan. Hizo una profunda reverencia.

—Me honra, mi señor.

Se levantó al instante y gritó órdenes.

Lentamente, la larga columna de cautivos reanudó su marcha a través de la llanura. Temür dio media vuelta a su caballo, arrastrando a los dos prisioneros condenados tras de sí.

Seguido por los dos cautivos, Temür avanzó despacio hacia las cenizas humeantes de la ciudad. Cuando la columna de esclavos y sus guardias desaparecieron de la vista, desmontó, sable en mano.

Los dos prisioneros se retrocedieron asustados al verlo acercarse.

Con un movimiento rápido de su hoja, Temür cortó las cuerdas que les ataban el cuello y las muñecas.

—Ahora —dijo con voz seca—, decidme quiénes sois y cuál es vuestra historia.

Un momento antes, los hombres se creían condenados a una muerte horrible. Ahora, de pronto, eran libres. Miraban a Temür con temor y desconcierto, incapaces de comprender la razón.

Unos segundos después, el más joven de los dos reaccionó. Se giró e intentó echar a correr. Pero ambos estaban agotados, debilitados por el hambre y el cautiverio. Apenas había dado unos pasos cuando Suld saltó tras él. El perro le mordió la pierna y se le lanzó a su espalda, derribándolo contra la tierra. Gruñendo ferozmente, Suld lo mantuvo sujeto allí, con las mandíbulas a escasos centímetros del rostro del prisionero.

Temür rió entre dientes suavemente.

—Suficiente, Suld.

El perro soltó de inmediato al hombre, pero permaneció a su lado enseñando los dientes.

Temür hizo un gesto hacia el suelo.

—Sentaos.

Los dos hombres obedecieron al instante.

Temür sacó un odre de agua de su montura y se lo entregó. Bebieron con desesperación, mientras él los observaba en silencio, esperando a que se calmaran.

Uno parecía tener unos veinte años; el otro era algo mayor. Ambos estaban bien afeitados. Su piel era de tono oliváceo, aunque no lo bastante oscura como para ser confundidos con árabes. A pesar de la suciedad y los destrozos del cautiverio, sus ropas denotaban riqueza: túnicas de seda bordada, pantalones cortos ajustados, medias largas y finas botas de cuero, del todo inadecuadas para las llanuras heladas que rodeaban Kiev.

—Bien —dijo Temür con calma—. Si intentáis huir de nuevo, no haré volver a mi perro.

El hermano menor miró con temor las sangrientas marcas de mordedura en su pierna.

—Ahora respondió a mi pregunta. ¿Quiénes sois y qué hacéis aquí? Vuestras ropas me dicen que no sois de estas tierras.

El mayor se puso en pie primero e hizo una leve reverencia antes de hablar en un árabe cuidadoso.

—Mi señor, mi nombre es Marco Polo, y este es mi hermano Emilio. Somos hijos de la familia Polo de Venecia. Nuestra familia comercia a través de muchos puertos del Mediterráneo. Viajamos a Kiev buscando comerciar con los príncipes rusos, pero nos sorprendió el ataque de vuestro ejército. No pretendemos hacer daño alguno —añadió rápidamente.

Temür se percató de que el hermano menor examinaba las marcas de mordedura ensangrentadas en su pierna.

—¿Y tú? —preguntó Temür—. ¿Qué más tienes que decirme?

Emilio tragó saliva con nerviosismo.

—Lo que dice mi hermano es cierto, mi señor. Perdonadme por intentar escapar, pero ocurrieron cosas terribles en esa ciudad.

Su voz tembló ligeramente.

—Y sería un error vendernos como esclavos. Nuestra familia pagaría cualquier rescate que se exigiera por nuestro regreso.

Temür los examinó con detenimiento.

Aunque debilitados y sucios, los hermanos eran claramente hombres educados. Su forma de hablar era refinada, e incluso en la miseria se comportaban de manera diferente a los mercaderes ordinarios.

—¿Qué camino seguisteis para llegar a Kiev?

Marco respondió:

—Navegamos desde Venecia cruzando el mar Adriático y desembarcamos en el puerto de Acre, en Tierra Santa. Desde allí nos unimos a una caravana de mercaderes hacia el norte, a través de Antioquía y las tierras de Armenia, hasta llegar a Constantinopla.

Se detuvo para beber.

—Tras cruzar el mar Negro en barco, desembarcamos en Cafá, en Crimea. Desde allí viajamos hacia el norte con comerciantes rusos a través de la estepa y finalmente llegamos a los territorios protegidos por los caballeros teutónicos.

—La Orden Teutónica controlaba los caminos y fortalezas utilizados por los mercaderes —añadió Emilio—. Sus tierras eran más seguras que los bosques más al este.

—Continuamos a través de Polonia y los territorios rusos hasta llegar finalmente a Kiev.

Para cuando Marco y Emilio terminaron su relato, la luz del día se desvanecía.

Temür los guio hasta una hondonada apartada entre dos colinas y les dijo que encendieran un pequeño fuego.

Sacó tiras de carne seca y salada de sus alforjas, y los tres hombres se sentaron alrededor de las llamas a comer. Los italianos devoraron la carne vorazmente.

Temür permaneció en silencio durante varios minutos, absorto en sus pensamientos. Estos hombres, que conocían el camino hacia los caballeros teutónicos, podían ser exactamente lo que necesitaba para llevar a cabo su plan de desertar.

Pero comprendió que, si iban a viajar juntos, el miedo por sí solo no bastaría. Necesitaba ganarse su confianza.

—¿Cómo os comunicabais con los caballeros teutónicos? —preguntó.

Marco respondió:

—La Orden habla sobre todo alemán entre ellos, pero muchos de sus sacerdotes y comandantes entienden latín.

Emilio dudó antes de reunir el valor suficiente para preguntar:

—Sois un mongol, mi señor... ¿cómo aprendisteis latín?

Temür contempló el fuego en silencio.

—Es una larga historia. Un sacerdote franciscano me enseñó cuando era un niño.

Su expresión se ensombreció ligeramente. Continuó en voz más baja, casi como si hablara para sí mismo.

—El padre Nicolas era un buen hombre. Pero de eso hace ya muchos años. Probablemente haya muerto a estas alturas.

Al mencionar el nombre, los hermanos intercambiaron una mirada rápida.

El gesto no se le escapó a Temür.

—¿Qué ocurre?

Emilio miró con incertidumbre a Marco antes de que el hermano mayor finalmente hablara.

—Cuando pasamos por las tierras de la Orden Teutónica, oímos mencionar a un sacerdote con ese nombre.

El corazón de Temür se aceleró.

—Oímos que se alojaba entre los caballeros teutónicos cuando viajamos por su territorio. Quizá sea solo una coincidencia.

Durante un momento, Temür no dijo nada.

—¿Dijeron de dónde venía? —preguntó en voz baja.

Marco negó con la cabeza.

—No, mi señor. Solo que era un sacerdote extranjero que había llegado del este.

—¿Viajaba solo el padre?

—No estamos seguros. Se comentaba que formaba parte de un séquito distinguido.

A Temür el corazón estaba a punto de saltársele del pecho. Respiró hondo y volvió a mirar las llamas. Si el padre Nicolas estaba allí... entonces tal vez Layla también pudiera estarlo.

El pensamiento lo golpeó con tal fuerza que casi lo asustó. ¿Habrían atacado los mongoles Alepo, obligando al padre Nicolas y a Layla a huir?

Las imágenes se agolparon en su mente.

Vio a Layla sonriendo bajo los jardines de Alepo y luego desapareciendo en el caos de la guerra. ¿Habría podido cruzar medio mundo hasta las tierras de los caballeros occidentales?

Temür permaneció en silencio durante mucho tiempo.

Los hermanos lo observaban con inquietud, sin saber qué pensamientos se movían tras la expresión del joven guerrero mongol.

Finalmente, Temür habló:

—Escuchad con atención.

Ambos hombres se irguieron de inmediato.

—Tengo una propuesta. Viajaremos hacia el oeste, de regreso por el camino por el que vinisteis. Debo llegar a las tierras de la Orden Teutónica.

Los miró fijamente.

—Cuando lleguemos allí, os dejaré libres. ¿Aceptáis?

Los hermanos no podían creer lo que oían. ¿Habrían sido escuchadas sus plegarias? Este era un oficial mongol. Los mongoles eran conocidos por su crueldad y falta de piedad. Pero sabían que solo había una respuesta posible.

—Aceptamos de todo corazón, mi señor... pero ¿por qué?

—Eso lo explicaré más tarde. ¿Cuánto dura el viaje?

—Unos cinco días a caballo, mi señor —respondió Marco.

Temür miró a su alrededor. La oscuridad se había apoderado casi por completo de la noche. Montó sobre Salkhi y Suld llegó corriendo, presintiendo ya el movimiento y echando a andar en vanguardia.

—Permaneceréis aquí —ordenó Temür a los dos hombres—. Volveré dentro de una hora con provisiones y dos caballos más.

Su voz se endureció.

—No intentéis marcharos. Si vuelven a capturaros, no podré ayudaros.

—Por supuesto, mi señor —respondió Marco con rapidez—. No tenemos intención de irnos.

Temür condujo Salkhi lentamente hacia el campamento de Batu Kan. Necesitaba dos caballos y provisiones. Conseguir comida no sería difícil, pero los

caballos eran otra cuestión. Eran la posesión más valiosa de todo el ejército, vigilados con más celo que el oro o las joyas. Ni siquiera su posición dentro del estado mayor del Kan le permitiría obtener dos monturas sin despertar sospechas.

Cuando la oscuridad cayó sobre el campamento, desmontó y comenzó a buscar a su hermano. El campamento estaba inusualmente silencioso. La mayoría de los guerreros ya se habían retirado a sus tiendas, mientras los centinelas patrullaban en silencio entre las filas de caballos atados.

Al cabo de un rato, Temür divisó el estandarte del ejército de Altan ondeando junto a una gran tienda de mando.

Entró y vio que Altan estaba sentado solo junto a una lámpara, estudiando un mapa extendido sobre una mesa baja. Levantó la vista de inmediato.

Al hermano mayor le bastó una sola mirada para comprender por qué Temür había ido a verlo.

—¿Ha llegado la hora? —preguntó Altan.

Temür asintió.

—Solo si todavía deseas ayudarme.

Una leve sonrisa cruzó el rostro de Altan.

—Te estaba esperando.

Enrolló el mapa.

—Dime qué necesitas.

—Dos caballos y provisiones para cinco días.

Temür vaciló.

—Pero aceptaré tu ayuda solo si no te pone en peligro.

Altan soltó una suave carcajada.

—Entonces no aceptarás ninguna ayuda.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada.

Finalmente, Altan se puso en pie.

—No te preocupes por mí. No tomaremos los caballos de los establos de Batu Kan. Los sacaré de mi propio ejército. Mis oficiales me son leales. Nadie cuestionará mis órdenes.

Sin decir una palabra más, abandonaron la tienda.

Montaron a caballo y cabalgaron en silencio hacia la oscuridad que se extendía más allá del campamento. Poco a poco, las luces del campamento de Batu Kan fueron quedando atrás, hasta parecer simples reflejos lejanos.

Por fin, Altan detuvo su caballo.

—Espérame aquí.

Temür asintió.

—Regresaré dentro de una hora.

El general hizo girar su montura y desapareció en la noche. El silencio volvió a adueñarse de la estepa. Temür permaneció solo, pensando en el precio que su hermano podría tener que pagar.

Si la verdad salía a la luz, Altan podía perderlo todo. Su mando. Su honor. Tal vez incluso la vida. Y todo por su culpa.

Temür bajó la cabeza.

—*Eterno Cielo* —susurró—, *protege a mi hermano. Si esta noche debe traer sufrimiento, que recaiga sobre mí. Pase lo que pase, será obra mía, no suya.*

El viento se llevó sus palabras.

Menos de una hora después oyó el lejano estruendo de unos cascos. Un jinete surgió de la oscuridad.

Altan.

Dos caballos de reserva lo seguían dócilmente, cargados con alforjas y provisiones. El alivio inundó a Temür.

Los hermanos se encontraron bajo la pálida luz de la luna. No desmontaron, y Altan le entregó las riendas.

El general sonrió.

—Ve ahora, hermanito.

Temür tomó las riendas.

—No sé si volveremos a encontrarnos algún día —continuó Altan—. Pero sé que sobrevivirás. Siempre lo has hecho.

Altan extendió el brazo y sujetó con fuerza el antebrazo de Temür.

—El Eterno Cielo vela por ti.

Su voz se suavizó.

—Pensé que te había perdido para siempre. Y entonces el Cielo volvió a devolverte a mí.

El veterano guerrero apartó la vista unos instantes.

—Y me concedió la oportunidad de verte una última vez.

Temür sintió un nudo en la garganta.

—Altan...

Su hermano negó con la cabeza.

—No. No lo hagas más difícil.

Durante un largo momento permanecieron inmóviles en la oscuridad, dos hermanos en la encrucijada de sus vidas.

Entonces Altan soltó su brazo.

—Eso me basta.

Señaló hacia la oscuridad del oeste.

—Ahora vete.

Temür asintió. Ya no quedaban palabras. Hizo girar a Salkhi y tomó las riendas de los caballos de reserva.

Después de avanzar unos pasos, volvió la vista atrás. Altan seguía donde estaba, inmóvil bajo la luz de la luna, contemplándolo alejarse.

Temür levantó una mano y Altan hizo lo mismo. Después, la oscuridad se tragó la distancia que los separaba.

El camino que tenía por delante sería largo y peligroso. Pero mientras cabalgaba hacia un futuro incierto, llevaba consigo un regalo mucho más valioso que los caballos, las provisiones o incluso su propia libertad.

Llevaba la certeza de que, en algún lugar, existía un hombre dispuesto a arriesgarlo todo por él.

Su hermano.

A su espalda, el resplandor lejano de la ciudad en llamas seguía tiñendo de rojo el horizonte, como una herida abierta sobre la tierra.

Guió cuidadosamente a Salkhi entre las colinas, mientras Suld corría por delante a través de la oscuridad, apareciendo y desapareciendo como un fantasma. La noche ya había cubierto las ruinas de Kiev cuando Temür regresó junto a los italianos.

Marco y Emilio se pusieron inmediatamente en pie al oír acercarse el caballo.

Temür llevaba dos monturas de reserva cargadas con provisiones, odres de agua, mantas, arcos y carcajes repletos de flechas. Sin decir palabra, desmontó y entregó las riendas a los italianos.

—Partimos ahora. Desde este momento viajaremos deprisa y en silencio.

Ninguno de los dos hermanos se atrevió a hacer preguntas.

Cabalaron hacia el oeste a través de llanuras oscurecidas por un cielo sin luna.

Evitaban los caminos y las aldeas, prefiriendo estrechos valles, cauces de ríos helados y antiguos senderos de pastores invisibles para un viajero común.

Suld avanzaba siempre por delante, vigilando la presencia de extraños y persiguiendo conejos u otros animales. Desaparecía durante un rato y regresaba pocos minutos después, excitado por algo que había visto.

Cuando el perro encontraba a un campesino o a alguien caminando o cabalgando, regresaba de una manera muy característica para advertir al grupo.

Entonces esperaban hasta que el camino volvía a quedar despejado.

El invierno estaba en su momento más cruel, y el frío se hacía cada vez más intenso conforme avanzaba la noche.

Al amanecer, Emilio apenas podía mantenerse sobre la silla.

—Deberíamos detenernos —susurró con los labios temblorosos.

Temür negó con la cabeza.

—Nos detendremos cuando estemos a salvo.

—¿Nos perseguirán? —preguntó Marco.

El silencio de Temür respondió por él.

Los mongoles habían descubierto la deserción antes del amanecer. Temür sabía que el campamento lo averiguaría en cuanto despertara: los caballos

desaparecidos, los prisioneros fugados, el lugar vacío en el estado mayor de Batu Kan.

Casi podía oír los gritos de furia.

Y, peor aún, la ira que pronto se transformaría en rabia. Un hombre del séquito personal de Batu había desertado. La persecución sería implacable.

Aquella tarde, los fugitivos llegaron a un arroyo helado oculto entre bosques de oscuros pinos. Por fin, Temür permitió que los caballos descansaran y los italianos se dejaron caer junto al agua.

Suld permanecía alerta, olfateando y explorando los alrededores. Emilio miró a Temür con agotamiento e incredulidad.

—¿Habéis abandonado el ejército más poderoso del mundo... por un rumor? ¿Por lo que os contamos sobre ese sacerdote?

Temür estaba afilando una de sus flechas.

—Por esperanza —respondió en voz baja.

Dos días después, el grupo de persecución los encontró.

Temür cabalgaba a la cabeza cuando levantó de pronto el puño. Los hermanos se detuvieron al instante. Al otro lado de la llanura nevada aparecieron tres jinetes sobre una lejana cresta.

Mongoles.

Incluso desde aquella distancia, Temür reconoció la forma de cabalgar de sus caballos y el perfil de sus cascos: exploradores, un grupo de avanzada.

Todavía no los habían visto.

—Escondeos entre los árboles —ordenó Temür.

Marco lo miró horrorizado.

—Son tres.

Temür comprobó tranquilamente la cuerda de su arco.

—Sí.

—No podéis enfrentaros solo a tres mongoles. Podemos ayudar.

—No os preocupéis. Haced lo que os digo.

Los hermanos se ocultaron en el borde del bosque.

Los tres jinetes continuaron descendiendo la colina con cautela, examinando la llanura cubierta de nieve.

Temür cabalgó directamente hacia ellos. Uno de los exploradores lo vio y gritó algo en mongol. Otro llevó inmediatamente la mano al arco. La primera flecha salió disparada y falló el blanco.

En el último instante posible, Temür se dejó caer de lado desde la silla.

Los hermanos, observando desde su escondite, contuvieron el aliento. Temür había desaparecido por completo bajo su caballo.

Una segunda flecha atravesó el aire vacío.

Salkhi siguió galopando mientras Temür permanecía pegado al costado del animal, protegido por su cuerpo.

Entonces, de repente, una flecha salió disparada desde debajo del cuello de Salkhi. Uno de los exploradores se estremeció y cayó de la silla con la flecha atravesándole la garganta.

Antes de que los otros pudieran reaccionar, Temür volvió a incorporarse de un impulso y disparó de nuevo.

Un segundo jinete se desplomó sobre la nieve.

El último mongol hizo girar su caballo e intentó huir. Temür salió tras él como un lobo. La distancia entre ambos se redujo rápidamente.

El fugitivo se volvió sobre la silla para disparar hacia atrás, pero Temür soltó la cuerda primero y la flecha alcanzó al mongol entre los omóplatos.

El jinete cayó sin vida sobre la nieve.

El silencio regresó a la llanura.

Marco descubrió que le temblaban las manos.

—Que Dios nos proteja... —susurró Emilio con voz ronca—. No de los mongoles... sino del hombre que viaja con nosotros.

Aquella tarde, una tormenta descendió sobre ellos. La nieve y el viento engulleron el mundo por completo. Los caballos avanzaban con dificultad, guiados únicamente por el instinto. Cuando cayó la noche encontraron refugio entre unas ruinas abandonadas, medio sepultadas bajo el hielo.

Una vez dentro, los hermanos se apiñaron junto a una pequeña hoguera mientras la ventisca aullaba en el exterior como si fueran demonios.

Temür permanecía despierto junto a la entrada, con el arco apoyado sobre las rodillas.

—¿No vais a dormir? —preguntó Marco.

Temür negó con la cabeza.

—Sé que nuestros perseguidores están cerca.

Una hora más tarde, la tormenta había amainado. De pronto, Suld levantó la cabeza y gruñó suavemente hacia la oscuridad.

Los tres se quedaron inmóviles. A lo lejos, entre los últimos ecos de la tormenta, llegaba el tenue sonido de caballos. Los perseguidores se acercaban.

La orden de Temür fue tajante.

—Tenemos que irnos. Ahora mismo.

Volvieron a montar y se internaron otra vez en la noche. Después de cabalgar un rato, Temür escuchó atentamente los sonidos que el viento traía desde la distancia.

Los mongoles estaban acortando terreno.

Girando hacia el sur, condujo al grupo hasta un estrecho valle por el que serpenteaba un arroyo helado entre orillas cubiertas de nieve. Durante casi una milla siguieron el cauce congelado, sin dejar huellas visibles sobre la dura superficie.

Después, aprovechando la oscuridad y la nieve que seguía cayendo, Temür condujo los caballos por la orilla opuesta hasta internarse en un bosque de pinos.

Al amanecer, la tormenta había borrado los pocos rastros que habían dejado tras de sí. Fuera por habilidad, por suerte o por el favor del Eterno Cielo, los perseguidores nunca volvieron a aparecer.

Poco a poco, el paisaje comenzó a cambiar a medida que avanzaban hacia el oeste. El terreno rocoso dio paso a bosques y colinas arboladas cubiertas de nieve.

Entre los árboles comenzaron a aparecer aldeas: casas de madera, iglesias coronadas por cruces y campos cercados ocultos por la nieve.

Al ver la indumentaria mongola de Temür, algunos aldeanos huyeron hacia el interior de sus casas, cerrando las puertas de golpe.

Temür observaba todo en silencio. Aquel era otro mundo. Una tarde, cuando la luz del día comenzaba a extinguirse, divisaron la fortaleza.

La inmensa construcción se alzaba sobre el bosque helado como si hubiera sido tallada por el propio invierno: murallas de piedra, torres de vigilancia y cruces negras sobre estandartes blancos que ondeaban al viento.

Antorchas ardían a lo largo del adarve.

Marco dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

—Los Caballeros Teutónicos... por fin.

Mientras Temür contemplaba la fortaleza en silencio, una sombra de incertidumbre cruzó su corazón.

Delante de él lo esperaban desconocidos que odiaban a los de su raza.

Pero no dudó. En algún lugar, más allá de aquellas murallas... quizá Layla lo estuviera esperando.

CAPÍTULO 11

LA ORDEN TEUTÓNICA

La imponente fortaleza que se alzaba ante Temür se llamaba Fuerte Falkenberg.

Construida sobre una colina rocosa rodeada de oscuros bosques y ríos helados, la fortaleza dominaba la región como una bestia de piedra custodiando la frontera de la Cristiandad. Enormes murallas de roca gris rodeaban el bastión, interrumpidas por torres cuadradas coronadas por estandartes negros que llevaban el emblema de la Orden Teutónica: una cruz negra sobre un paño blanco.

La nieve se acumulaba sobre las almenas y los tejados y la luz de las antorchas titilaba tras las estrechas ventanas. La fortaleza no se parecía a nada de lo que Temür había dejado atrás. No había tiendas, ni rebaños errantes, ni incesante movimiento bajo el cielo abierto. Todo allí era fijo, pesado, permanente.

Los mongoles llevaban su mundo sobre sus caballos. Estos hombres habían esculpido el suyo en piedra.

Cuando se aproximaron a las puertas, aparecieron figuras armadas sobre las murallas. Varias ballestas apuntaron inmediatamente hacia abajo. Voces comenzaron a gritar en alemán.

Marco levantó ambas manos.

—¡Somos mercaderes de Venecia! —gritó en latín—. ¡Buscamos refugio!

Las enormes puertas de madera permanecieron cerradas y, durante largos instantes, nada ocurrió.

En un momento Temür percibió movimiento entre los defensores. Algunos de los hombres apostados sobre las murallas lo señalaban con hostilidad. Uno de los caballeros, al ver la armadura mongola de Temür, hizo la señal de la cruz.

Finalmente, con un profundo chirrido de cadenas y hierro, las puertas comenzaron a abrirse lentamente. Los primeros en salir fueron varios caballeros montados.

Los guerreros teutónicos parecían enormes sobre sus caballos. Vestían largos mantos blancos sobre cotas de malla y llevaban cruces negras sobre el pecho. Sus cascos ocultaban casi por completo sus rostros tras el acero, haciéndolos parecer menos hombres que estatuas de hierro.

A diferencia de los jinetes mongoles, que se movían con una velocidad fluida, los Caballeros Teutónicos avanzaban en estricta formación.

El caballero que iba al frente levantó una mano protegida por un guantelete.

Todos se detuvieron al instante.

Sus ojos se clavaron en Temür.

—Desmonta.

Temür obedeció lentamente.

En cuanto sus botas tocaron la nieve, cuatro ballestas apuntaron directamente a su pecho.

Suld gruñó.

Uno de los caballeros desenvainó inmediatamente media espada.

—Controla a la bestia —advirtió en un latín entrecortado.

Temür apoyó una mano sobre el cuello de Suld, y el perro tuerto guardó silencio de mala gana.

El caballero continuó observándolo con un odio manifiesto.

—Eres mongol.

No era una pregunta.

—Sí.

Un murmullo recorrió a los soldados.

Marco dio un paso al frente.

—¡Nos salvó la vida! —dijo apresuradamente—. Los mongoles nos llevaban para vendernos como esclavos. Desertó para ayudarnos a escapar.

El caballero permaneció callado durante unos instantes. Finalmente se volvió hacia dos soldados.

—Llevad a los italianos a los aposentos de huéspedes.

Luego señaló a Temür.

—Y llevad a este ante el Komtur¹⁸.

Veinte minutos más tarde, Temür estaba sentado solo, en una austera estancia situada en lo más profundo de la fortaleza de Falkenberg.

La habitación no era una celda, pero tampoco un lugar confortable. Gruesos muros de piedra lo rodeaban. Pesadas vigas de madera cruzaban el techo. Una amplia

¹⁸ Komtur: el comandante de alto rango en la Orden Teutónica encargado del fuerte

chimenea ardía al fondo, llenando la estancia con el aroma de la resina de pino.

Varias velas iluminaban estanterías repletas de libros y pergaminos escritos en latín y alemán.

Lo primero que llamó la atención de Temür fue el silencio. No había risas. Ni música. Ni sirvientes yendo y viniendo. Solo el lejano eco de unas campanas resonando en algún lugar de la fortaleza.

Una larga mesa de madera ocupaba el centro de la estancia. Sobre ella descansaban mapas, cartas selladas, un crucifijo de hierro y una copa de vino a medio terminar.

Temür permanecía sentado mientras dos guardias armados vigilaban la puerta sin apartar la vista de él.

Al fin, la puerta se abrió. Entró un hombre de mayor edad acompañado por otro caballero. El recién llegado se quitó lentamente los guantes antes de acercarse al fuego.

Era alto, de anchos hombros y tendría unos cincuenta años. Su barba gris estaba cuidadosamente recortada y varias cicatrices recorrían un lado de su rostro.

A diferencia de los demás, no llevaba casco, y sobre su manto blanco descansaba una pesada cruz de plata.

Los guardias inclinaron inmediatamente la cabeza mientras el hombre estudiaba a Temür con detenimiento.

—Así que tú eres el desertor mongol —dijo por fin en un latín impecable.

Temür se puso lentamente de pie.

El anciano hizo un gesto hacia la silla.

—Siéntate. Estás entre enemigos, pero no entre salvajes.

Temür volvió a sentarse.

—Soy el Komtur Heinrich von Falkenberg — continuó el hombre—, comandante de esta fortaleza y servidor de la Orden Teutónica.

Mientras hablaba caminaba lentamente alrededor de la mesa.

—Te encuentras en una de las fortalezas fronterizas de la Orden. Nuestra hermandad fue fundada para defender la Cristiandad y librar guerra contra los enemigos de la fe.

Entrecerró ligeramente los ojos.

—Últimamente, eso incluye a tu pueblo.

El Komtur hizo un gesto hacia las murallas que los rodeaban.

—Dentro de estas fortalezas viven monjes guerreros, sacerdotes, caballeros, escribanos, herreros, médicos y sirvientes. Algunos nacieron nobles. Otros renunciaron a riquezas y títulos para servir a Dios bajo la cruz negra.

Temür escuchaba en silencio.

—Los hombres que ves con mantos blancos son hermanos caballeros —continuó Heinrich—. Rezan como monjes y combaten como soldados. Muchos han pasado toda su vida luchando contra paganos, saqueadores e invasores en estas fronteras.

Se detuvo junto al fuego.

—Y después de lo ocurrido en Polonia y Hungría... el odio hacia los mongoles es profundo en estas tierras.

Temür asintió una sola vez.

—Lo comprendo.

El Komtur lo observó durante unos instantes.

—Ya he hablado con los hermanos italianos. Me contaron cómo los salvaste de la ejecución y huiste de los tuyos.

Hizo una breve pausa.

—Así que ahora eres un desertor.

—Lo soy.

—Eso te convierte en alguien útil para algunos... y peligroso para otros.

Heinrich se acercó a la mesa y levantó varios libros encuadernados en cuero.

—Los encontramos entre tus alforjas.

Temür los reconoció inmediatamente, eran sus escritos. El Komtur abrió uno con cuidado. Las páginas contenían textos escritos en árabe, latín y escritura mongola.

—Me sorprendes, Temür.

Pronunció el nombre extranjero con cuidado.

—Un guerrero mongol que viaja con libros.

Lo miró directamente.

Por primera vez desde que había entrado en la habitación, una expresión más amable cruzó el rostro del Komtur.

—¿Quién te enseñó latín?

—Un sacerdote franciscano llamado padre Nicolás.

El Komtur arqueó una ceja.

—También escribes en árabe.

—Fui criado entre musulmanes durante muchos años.

El anciano caballero permaneció largo rato contemplándolo.

—Eres un hombre muy extraño.

Temür estuvo a punto de sonreír.

—Ya me lo han dicho antes.

El Komtur cerró lentamente el libro.

—Hay otro asunto.

Temür sintió cómo la tensión volvía a apoderarse de su pecho.

—Actualmente hospedamos a un sacerdote católico que viaja por estas tierras. Después de escuchar tu historia, pensé que quizá debería hablar contigo.

La esperanza invadió a Temür con tanta fuerza que el sacudón fue obvio.

¿Podría ser el padre Nicolás?

¿Después de tantos años?

El Komtur se volvió hacia los guardias.

—Traed al padre.

El corazón de Temür latía con violencia mientras unos pasos resonaban en el pasillo.

La puerta se abrió, pero el hombre que entró no era el padre Nicolás. Toda la esperanza de Temür se desplomó al instante.

El sacerdote que entró en la estancia era el padre Matthias. Era joven, delgado, tenía los ojos cansados y aún llevaba nieve sobre el hábito.

Miró a Temür con curiosidad.

—¿Este es el mongol? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondió Heinrich—. Afirma conocer a un sacerdote franciscano llamado Nicolás.

La expresión del padre Matthias cambió al instante.

—¿Conoces al padre Nicolás?

Temür se puso de pie.

—¿Dónde está?

El sacerdote pareció sorprendido por la urgencia de su voz.

—Estuvo aquí —respondió el padre Matthias—. No hace mucho tiempo.

Temür sintió que el pulso se le aceleraba.

—Viajaba acompañado por una joven árabe y varios sirvientes —continuó el sacerdote—. Si no recuerdo mal, la muchacha se llamaba Layla.

Temür apenas podía respirar.

El sacerdote añadió:

—Abandonaron Falkenberg hace doce días.

—¿Adónde fueron?

—Hacia Viena.

El Komtur y el sacerdote observaron atentamente el rostro de Temür mientras una tormenta de emociones cruzaba por él demasiado deprisa para ocultarlas.

Era una buena noticia. Después de tantos años de guerra y muerte... Layla seguía viva.

Cuando Temür logró recuperarse de la tormenta de emociones que lo había sacudido, el padre Matthias permanecía junto a la mesa, sosteniendo cuidadosamente uno de los pergaminos.

—¿Son estas tus notas? —preguntó el sacerdote.

—Sí, padre.

—¿Escribiste todo esto?

—Así es.

El padre Matthias parecía sinceramente asombrado.

—¿Puedo examinarlas?

—Por supuesto, padre.

En ese momento, un sirviente entró en la estancia llevando una bandeja de madera con un humeante cuenco de sopa, pan negro y una jarra agua y una copa de vino.

Temür comprendió de repente lo agotado que estaba. Mientras el Komtur y el padre Matthias examinaban los pergaminos a la luz de las velas, Temür se sentó en silencio junto al hogar y comenzó a comer.

El calor de la habitación fue apoderándose poco a poco de él. Su cuerpo, endurecido por años de guerra, podía soportar el hambre y el frío. Pero ahora que el peligro había quedado atrás, aunque solo fuera por un momento, el agotamiento terminó por vencerlo.

Sin darse cuenta, cerró los ojos y se quedó dormido, sentado contra el muro de piedra.

Una hora más tarde, una mano se posó suavemente sobre su hombro. Temür abrió los ojos de inmediato y, por puro instinto, llevó la mano al cuchillo que solía llevar al cinturón.

Solo entonces recordó que ya no estaba allí, y comprendió dónde se encontraba.

El Komtur Heinrich permanecía de pie junto a él.

—Has comido y bebido el agua, pero no has probado el vino.

—Lo siento, mi señor. Sigo guiándome por las enseñanzas de la religión musulmana. No bebo vino.

El Komtur negó con la cabeza.

—Un creyente fiel. —Sonrió—. Los cristianos nunca estarían de acuerdo con eso. Se supone que el vino es la sangre de Nuestro Señor.

El padre Matthias permanecía junto a la mesa, rodeado de pergaminos abiertos. Entonces intervino.

—Tus escritos son extraordinarios, joven mongol —dijo el sacerdote con voz serena.

Temür se incorporó lentamente, todavía medio adormecido.

—Describen las costumbres de los árabes con un detalle extraordinario. Sus ciudades, su saber, su fe... —continuó el padre Matthias mientras pasaba cuidadosamente las páginas—. Y, de pronto, los escritos cambian y comienzan a describir la organización del ejército mongol: la estructura decimal, la disciplina, las tácticas, los métodos de comunicación...

El sacerdote lo miró con fascinación.

—Y entre todas esas observaciones aparecen reflexiones, fragmentos de poesía... expresiones de añoranza hacia una mujer árabe.

Temür bajó la mirada unos instantes, mientras el Komtur cruzaba los brazos.

—Estos escritos tienen un gran valor —declaró el Komtur Heinrich—. Quizá un valor incalculable. Las generaciones futuras querrán comprender estos tiempos convulsos.

Apoyó una mano sobre los pergaminos.

—Me siento tentado a conservarlos y enviarlos a las bibliotecas franciscanas. Allí podrían preservarse y copiarse para que fueran de utilidad durante siglos.

Temür guardó silencio.

¿Qué podía decir?

Aquellos escritos eran el único vínculo que le quedaba con la vida que había perdido y, sin embargo, allí no tenía autoridad alguna.

Pero el padre Matthias intervino.

—No deberíamos hacerlo, mi señor.

El Komtur se volvió hacia él.

—Por mucho que personalmente deseara entregar estos escritos a nuestro Ministro General en Asís — continuó el sacerdote—, creo que deben permanecer junto a su autor.

Miró a Temür.

—Este joven los ha protegido a través de la guerra, las matanzas, la nieve y la persecución. No escribe por gloria, sino porque la memoria es lo único que le queda.

El silencio llenó la estancia.

—Tarde o temprano —dijo el padre Matthias en voz baja—, estos escritos encontrarán su lugar en las bibliotecas de la Iglesia. Los monjes los copiarán. Los eruditos los conservarán. Pero todavía no. Es obvio que su trabajo no ha terminado.

El Komtur dejó escapar un lento suspiro.

Finalmente, asintió.

—Tenéis razón, padre. Antes que coleccionistas de conocimiento, somos servidores de Dios.

Volvió la vista hacia Temür.

—Puedes conservar tus libros.

Temür exhaló aliviado e inclinó ligeramente la cabeza.

—Gracias.

Temür se sintió profundamente agradecido por la decisión del Komtur de permitirle conservar sus escritos. Aquellas páginas encuadradas en cuero eran todo lo que quedaba del joven que había sido antes de que la guerra y la conquista consumieran su vida.

Sin embargo, ni siquiera aquellos preciosos manuscritos ocupaban ya sus pensamientos. Solo había una cosa que importaba.

Viena.

Cuando le permitieron caminar libremente por la fortaleza, ese pensamiento lo acompañó a todas partes y lo persiguió desde el amanecer hasta la última guardia de la noche.

Layla había estado allí y ahora podría estar en Viena.

En sueños la veía de pie junto a los jardines de Bagdad, bajo los naranjos. A veces caminando entre el humo y la nieve más allá de las murallas derruidas de Kiev.

Otras veces se volvía hacia él en una calle abarrotada que nunca lograba alcanzar. Temür despertaba antes del amanecer con el corazón desbocado y la oscuridad de los barracones oprimiéndolo.

Durante años había sobrevivido porque sobrevivir se había convertido en un instinto. Marchar. Combatir. Obedecer.

Ahora solo tenía un deseo. Debía llegar a Viena. Costara lo que costara. Aunque los caminos estuvieran infestados de bandidos, refugiados hambrientos y patrullas mongolas.

Aunque la Orden Teutónica se negara a dejarlo marchar.

Aunque el propio Kan hubiera dictado una sentencia de muerte contra los desertores.

Nada más importaba. Ni la guerra. Ni el imperio. Ni siquiera el juicio del Cielo.

Solo Layla.

Esa certeza le dio nuevas fuerzas. Por ella... caminaría voluntariamente hacia la muerte.

CAPÍTULO 12

MIENTRAS TANTO, EN VIENA

Mientras Temür reunía el valor para partir hacia Viena, una importante reunión tenía lugar en el gran salón de aquella ciudad.

La nieve se derretía de las capas y de las botas junto a la entrada, mientras los sirvientes se apresuraban en silencio entre las largas mesas llevando vino. Afuera, los vientos invernales azotaban las murallas de la ciudad, pero en el interior se había desatado otra tormenta, una nacida mucho más allá de los límites del Sacro Imperio Romano Germánico.

El príncipe Rodolfo estaba sentado bajo los estandartes de su palacio, con el rostro pálido a la luz de los candelabros de hierro. A su alrededor se encontraban nobles, obispos, mercaderes del consejo de la ciudad y los capitanes de los ejércitos austríacos. Las voces murmuraban con inquietud hasta que el príncipe finalmente golpeó la mesa con la mano.

—Basta —dijo—. Decidme claramente. ¿Dónde están ahora?

Un mensajero dio un paso al frente. El barro de los caminos orientales manchaba la alfombra desde sus botas.

—Los mongoles han cruzado las llanuras más allá de Hungría, mi señor. Los refugiados huyen delante de ellos. Aldeas enteras han sido abandonadas.

La sala quedó sumida en un silencio sombrío.

Uno de los mercaderes hizo la señal de la cruz.

—He oído que destruyeron Kiev —susurró—. La destruyeron por completo.

—Así fue —respondió otro hombre en voz baja—. Las iglesias ardieron. Las murallas se derrumbaron. Muy pocos sobrevivieron.

Un obispo bajó la mirada y murmuró una oración.

Europa se había convertido en una región civilizada. Las guerras entre sus reinos habían disminuido durante muchos años, y una paz frágil se había asentado sobre gran parte del continente.

Los nobles caballeros seguían afilando sus espadas, vistiendo sus relucientes armaduras y exhibiendo sus habilidades de combate únicamente en torneos destinados a impresionar a las damas y entretener al pueblo.

Habían circulado historias sobre un ejército desconocido que sometía países en la lejana Asia, pero la mayoría las consideraba absurdas. Durante años, aquellos relatos habían parecido imposibles, como cuentos traídos por viajeros ebrios. ¿Un ejército procedente de los confines de la tierra? ¿Jinetes capaces de atravesar reinos enteros en cuestión de días? ¿Ciudades borradas del mundo? Sonaba a fantasías infantiles.

Al principio, algunos en Europa habían recibido aquellos rumores con entusiasmo.

—Cuando atacaron a los musulmanes en Oriente —dijo el mensajero—, creímos que eran cristianos luchando por la cruz.

Varios hombres asintieron.

—Corrían historias —continuó el mensajero— de que servían al gran rey-sacerdote que vivía más allá de Persia.

—El Preste Juan —añadió en voz baja un anciano obispo.

—Sí —respondió el mensajero—. Algunos pensaban que Dios había enviado por fin un ejército cristiano de Oriente contra los enemigos de la Cristiandad.

Una risa amarga escapó de uno de los generales.

—El Preste Juan nunca existió. Quienes creyeron eso eran unos necios.

El mensajero continuó:

—Pero cuando atacaron la Rus, comprendimos que no eran cristianos.

Un caballero dio un paso al frente sosteniendo un escudo dañado. Profundos cortes marcaban la madera.

—Esto pertenecía a un caballero de la Orden Teutónica —dijo—.

—Su Orden combatió contra los mongoles en Cracovia, cerca de las fronteras orientales. Fueron derrotados en un solo día.

Un escalofrío recorrió la sala.

—No son cristianos —continuó el caballero—. Tampoco musulmanes. Son algo completamente distinto.

—¿Y ahora? —preguntó el duque.

El mensajero vaciló antes de responder.

—Ahora avanzan hacia el oeste. Los viajeros informan que el territorio que han conquistado se extiende

desde la China Han hasta el Volga. Su imperio es más grande que cualquier otro que haya existido antes.

Aquella declaración tuvo un efecto devastador y sacudió a todos los presentes. Nadie habló. El fuego crepitaba suavemente en el enorme hogar de la chimenea. Finalmente, un noble rompió el silencio.

—¿Cómo pueden unos jinetes destruir reinos defendidos por ejércitos de decenas de miles de hombres y seguir luchando?

Nadie tenía una respuesta.

El príncipe Rodolfo se levantó lentamente de su asiento y caminó hacia la estrecha ventana que dominaba la vista de Viena. Más allá de las murallas, la nieve cubría los tejados de la ciudad como un sudario.

—¿Qué quieren esos bárbaros? —preguntó en voz baja.

El obispo respondió:

—Tal vez —dijo— el Señor nos esté poniendo a prueba.

El príncipe contempló el oscuro horizonte más allá de las murallas de la ciudad.

O tal vez, pensó, Europa está a punto de llegar a su fin.

CAPÍTULO 13

LA ESPERA

Los días siguientes transcurrieron lentamente dentro de la fortaleza de Falkenberg. Aunque el cuerpo de Temür descansaba, su mente permanecía inquieta. Layla estaba viva. Ese pensamiento lo perseguía en cada instante de vigilia.

En algún lugar, más allá de los bosques y montañas cubiertos de nieve, más allá de los ríos y los reinos occidentales, ella viajaba hacia Viena junto al padre Nicolás.

Cada hora que pasaba dentro de Falkenberg le resultaba insoportable, pero los Caballeros Teutónicos comprendieron enseguida el valor del hombre que había llegado entre ellos.

La noticia se propagó por toda la fortaleza: un guerrero mongol que hablaba latín y árabe, un desertor del ejército de Batu Kan, un hombre que había cabalgado junto a los conquistadores de Oriente.

Cada día acudían más hombres para interrogarlo.

Caballeros, sacerdotes, escribanos y mensajeros procedentes de fortalezas vecinas.

Algunos llegaban movidos por una curiosidad sincera. Otros mostraban un odio evidente. Temür respondió a todos con paciencia.

Explicó la estructura del ejército mongol, la organización decimal en grupos de diez, cien y mil hombres, la velocidad del sistema de postas a caballo, sus métodos de comunicación mediante banderas y cuernos, las retiradas fingidas, el uso del terror y la disciplina impuesta bajo pena de muerte.

Los comandantes teutónicos escuchaban con sombría atención, y Temür veía a los escribanos copiar cada una de sus palabras.

Una tarde, el comendador Heinrich le preguntó en voz baja:

—Si los mongoles vuelven a marchar hacia Occidente... ¿podría Europa detenerlos?

La sala quedó en silencio. Temür respondió con honestidad.

—Si los mongoles permanecen unidos bajo un Gran Kan... quizá no.

Nadie dijo una palabra.

El padre Matthias también lo interrogó, aunque sobre asuntos muy distintos. El sacerdote deseaba comprender la ley islámica y quedó asombrado por el avanzado desarrollo del saber árabe.

Las matemáticas, la medicina, la astronomía y la filosofía lo fascinaban. Los eruditos del mundo islámico habían preservado y ampliado gran parte del conocimiento de los antiguos griegos, logrando avances en disciplinas que apenas comenzaban a desarrollarse en buena parte de Europa occidental, donde la investigación

intelectual solía estar profundamente influenciada por las enseñanzas de la Iglesia.

A veces, aquellas conversaciones se prolongaban hasta bien entrada la noche, y Temür descubría, con cierta sorpresa, que se sentía cómodo hablando con el sacerdote. El padre Matthias le recordaba los años tranquilos que había vivido hacía mucho tiempo.

Sin embargo, sus pensamientos regresaban siempre a Layla. Cada noche la imaginaba recorriendo caminos nevados rumbo a Viena, quizá creyéndolo muerto, quizá todavía recordándolo.

Mientras tanto, Marco y Emilio se recuperaban rápidamente dentro de la fortaleza. Los italianos estaban ansiosos por reanudar su viaje hacia el oeste, pero comprendían que numerosos peligros acechaban en los caminos. Bandidos, mercenarios, desertores hambrientos y, quizá, incluso exploradores mongoles seguían recorriendo la frontera.

Viajar junto a Temür les ofrecía una seguridad que pocos escoltas podían igualar. Así que aguardaron pacientemente el permiso del comendador para partir. Incluso ellos percibían la creciente tensión que se respiraba en Falkenberg.

Algunos caballeros despreciaban abiertamente a Temür y se negaban a comer en el mismo salón que él. En más de una ocasión lo oyó susurrar la palabra «demonio» en alemán a sus espaldas.

Finalmente, el comendador Heinrich volvió a hacerlo llamar.

—Temür, eres un hombre muy especial. Aunque me gustaría que permanecieras con nosotros, no puedes

quedarte más tiempo. Conozco a mis hombres. Tu sola presencia les inspira miedo.

Temür asintió.

—Lo comprendo.

Heinrich lo observó con atención.

—Creo que salvaste a esos italianos por una razón justa, por compasión y no por interés propio.

El comendador caminó hasta la ventana que daba al patio cubierto de nieve.

—Por eso, te permitiré marcharte.

Temür sintió cómo el alivio lo invadía.

—Viajarás hacia el oeste bajo la protección de la Orden Teutónica durante parte del camino. Después, Dios decidirá tu destino.

Temür hizo una respetuosa reverencia.

—Tenéis mi gratitud, comendador.

El anciano caballero esbozó una leve sonrisa.

—Procura no hacerme arrepentirme de mi misericordia, mongol.

CAPÍTULO 14

VIENA

Dos mañanas después, las puertas de Falkenberg se abrieron una vez más y Temür salió de la fortaleza como un hombre libre.

La nieve seguía cubriendo los bosques más allá de las murallas. Alguien había cuidado muy bien de Salkhi y de Suld y, al igual que su amo, ambos estaban ansiosos por partir. Así, Temür, Marco y Emilio emprendieron juntos el camino hacia Viena bajo un pálido cielo invernal.

Varios sargentos montados de la Orden Teutónica los escoltaron durante la primera parte del viaje.

A medida que avanzaban hacia el oeste, el mundo comenzó a transformarse poco a poco. Las ásperas tierras fronterizas fueron dando paso a regiones más prósperas.

Atravesaron ríos helados cruzados por puentes de piedra, aldeas agrupadas en torno a iglesias, un monasterio rodeado de viñedos que dormían bajo la nieve, molinos de viento que se alzaban sobre campos blancos y caminos transitados por mercaderes, peregrinos y soldados.

Por primera vez en muchos años, Temür contempló tierras que no habían sido tocadas por la guerra.

Su atuendo de guerrero permanecía oculto bajo una amplia capa oscura, pero su casco lo delataba como mongol. En algunos pueblos, los niños lo miraban con miedo antes de esconderse detrás de sus madres.

Se cruzó con viajeros reunidos en silencio alrededor de hogueras, intercambiando rumores sobre los mongoles: ciudades incendiadas, ejércitos aniquilados, lo que parecía ser el fin del mundo avanzando desde Oriente.

Durante el camino hacia Viena comenzó a forjarse una amistad entre los tres hombres. Con el paso de los días, los hermanos italianos empezaron a ver a Temür con otros ojos.

El feroz guerrero mongol que habían conocido al principio fue dejando paso, poco a poco, a un joven reflexivo que escuchaba más de lo que hablaba, trataba a los desconocidos con un respeto sereno y encontraba mayor placer en conversar sobre la historia, las tierras lejanas y la filosofía.

Comprendieron que, bajo aquella armadura, no cabalgaba un conquistador ambicioso, sino un alma compasiva que buscaba su lugar entre dos mundos.

Una tarde, mientras la caravana descansaba, Temür y Marco estaban sentados junto a una pequeña hoguera contemplando las llamas. A su alrededor, el lugar había quedado en silencio.

Tras un largo momento sin hablar, Temür se volvió hacia su compañero.

—Marco —dijo—, dime una cosa. ¿Qué llevó a dos italianos ricos y cultos a internarse en tierras tan peligrosas como estas? Ni parecéis ni os comportáis como mercaderes corrientes.

Marco sonrió levemente.

—No —respondió—. Supongo que no.

Durante unos instantes contempló el fuego, buscando el comienzo de su historia.

—Tienes razón. Mi familia son mercaderes, pero Emilio y yo somos exploradores.

Temür, intrigado, se inclinó hacia delante.

—La mayoría de los hombres viajan porque no tienen otra opción —continuó Marco—. Buscan riquezas, huyen de la guerra o cumplen las órdenes de los reyes. Nosotros viajamos porque el mundo es mucho más grande que los mapas colgados en los palacios de Europa. Cada montaña que se alza más allá del horizonte, cada lengua que no comprendemos, cada pueblo cuyas costumbres nos resultan extrañas nos invita a aprender algo nuevo.

»Cuando era un niño en Venecia, soñaba con lugares que nadie había visto jamás. Mi padre y mi tío ya habían viajado muy lejos, hasta Oriente, y regresaron con historias que parecían imposibles. Los escuchaba y comprendí que el mayor tesoro no era el oro ni la seda, sino el conocimiento.

Levantó la vista hacia el cielo.

—El mundo está lleno de hombres que creen que su propio país es el centro de la civilización. Yo quería descubrir si tenían razón.

Temür sonrió.

—¿Y qué has descubierto?

Marco soltó una risa suave.

—Que todas las naciones creen exactamente lo mismo.

Los dos jóvenes compartieron una tranquila carcajada.

Al cabo de unos instantes, la expresión de Marco volvió a tornarse pensativa.

—He estado en el norte de China, Mongolia, Persia, Asia Central, el desierto del Gobi y muchos otros lugares. He conocido a reyes que vivían en tiendas de campaña y a pastores que poseían más sabiduría que muchos príncipes. He cruzado desiertos donde una sola copa de agua valía más que un cofre lleno de plata.

Temür lo observó durante un largo momento antes de sonreír.

—Marco Polo, creo que algún día tu nombre será conocido en tierras que ninguno de los dos puede siquiera imaginar. Serás recordado para siempre como el Gran Explorador.

Una vez más, palabras proféticas.

El viaje hacia Viena se prolongó durante cinco días más. Pero no estuvo exento de dificultades.

Como viajeros experimentados y conscientes de las exigencias de una travesía tan larga, Marco y Emilio habían pedido prestada una suma de dinero al comendador antes de abandonar la Orden. La necesitarían para pagar alojamiento, peajes, permisos y las innumerables tasas impuestas por los muchos señores cuyas tierras tendrían que atravesar camino de Viena.

Una tarde buscaron refugio en una posada junto al camino. Al principio, el posadero parecía dispuesto a recibirlos, pero en cuanto vio a Temür, con sus anchos hombros, su rostro curtido y sus rasgos extranjeros, su expresión cambió. La hospitalidad dio paso al miedo. Murmurando excusas, les negó una habitación y los obligó a continuar su camino.

Temür insistió en que los hermanos permanecieran en la posada mientras él pasaba la noche al aire libre. Emilio negó con la cabeza.

—No. Estaremos más seguros contigo. La gente que hemos encontrado por estas tierras me inspira desconfianza.

Emilio tenía razón.

Cabalaron un corto trecho hasta internarse en un bosque y acamparon bajo un grupo de altos pinos. Abrevaron y desensillaron a los caballos. Encendieron una pequeña hoguera, calentaron una comida sencilla y se dispusieron a pasar la noche.

Los hermanos, agotados por la jornada, se quedaron dormidos enseguida.

Temür permaneció despierto.

Acostado bajo su manta, contemplaba las brasas agonizantes del fuego. Como siempre, sus pensamientos volvieron a Layla. En algún lugar, más allá de las montañas y los bosques que tenía por delante, ella lo esperaba. Cada día lo acercaba un poco más a ella, pero también lo alejaba de todo cuanto había conocido.

De pronto, Suld levantó la cabeza.

El perro permaneció inmóvil, mirando fijamente la oscuridad entre los árboles.

Temür se puso inmediatamente alerta.

Se envolvió con la manta y se incorporó en silencio. Estaba a punto de investigar cuando tres figuras encapuchadas emergieron de las sombras. Al acercarse al campamento, la luz de la luna brilló sobre las dagas que llevaban en las manos.

El primero era un gigante, de cuello grueso y tan ancho como un buey. Una cicatriz irregular le recorría el

rostro desde la oreja izquierda hasta la mandíbula, y su barba parecía haber sido recortada con un cuchillo.

El segundo era alto y desgarbado, de hombros estrechos y un rostro tan afilado que recordaba al de un zorro. Sus ojos inquietos iban de un viajero a otro sin cesar.

El tercero era más joven que los otros, pero no menos peligroso. Tenía los dientes torcidos, la nariz rota y la impaciencia nerviosa de un hombre ansioso por utilizar la hoja que llevaba consigo.

El gigante apuntó su daga hacia Temür.

—No te muevas.

El grito despertó a Marco y a Emilio. Sobresaltados, se pusieron rápidamente en pie.

El ladrón flacucho sonrió con malicia.

—Parecéis unos caballeros adinerados, mis señores. Hombres instruidos. Seguro que sabéis que no es buena idea pasar la noche al aire libre.

Su sonrisa se ensanchó.

—Hay vagabundos muy peligrosos por estos bosques.

Los tres ladrones soltaron una carcajada.

El más joven dio un paso al frente y levantó la daga.

—Basta de hablar. Entregad vuestro dinero y vuestras pertenencias si no queréis que vuestra sangre empape esta tierra.

Los hermanos se habían quitado los abrigo y ya temblaban por el frío. Ahora el miedo los hacía estremecerse aún más.

De pronto, el gigante golpeó a Emilio en el rostro, derribándolo de un puñetazo.

Temür no se movió.

Marco tomó su bolsa de dinero y comenzó a entregársela, pero Temür sacó una mano de debajo de la manta y la sujetó.

El gigante frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesitamos ese dinero —respondió Temür con calma—. Sin él no podremos viajar.

El ladrón levantó la daga.

—Entonces quizá prefieras morir.

Temür hizo un gesto hacia Salkhi.

—Tengo algo mucho más valioso en mi alforja. Llévatelo.

El gigante dudó un instante y luego señaló al ladrón flacucho.

—Tú. Ve a mirar.

El ladrón se acercó con cautela a Salkhi y abrió la alforja. Un momento después sacó un trozo de seda negra doblada.

Lo arrojó al suelo con desprecio.

—Aquí no hay nada más que este trapo.

Volvió a rebuscar y luego se giró furioso hacia sus compañeros.

—¡Se están burlando de nosotros!

Enfurecido, avanzó hacia Emilio.

—Abrámosle las tripas a uno de ellos. Los otros aprenderán la lección.

Antes de que pudiera dar otro paso, Temür se movió.

Se interpuso entre el ladrón y Emilio.

—Un momento, amigo mío.

Su voz permanecía serena.

—Estás despreciando lo más valioso que poseo.

El ladrón frunció el ceño.

Temür se agachó y recogió la seda negra.

Con un movimiento rápido la desplegó.

El estandarte de Batu Kan se abrió al viento de la noche. Al mismo tiempo, Temür dejó caer la manta.

La luz de la luna brilló sobre las piezas metálicas de su armadura. Su mano descansaba sobre la empuñadura de la daga.

El silencio cayó sobre el claro.

Los ladrones lo miraron fijamente. Sus rostros perdieron el color. Uno dejó caer el cuchillo. El segundo hizo lo mismo. El tercero retrocedió tambaleándose.

—¡Es un mongol! —gritó—. ¡Corred!

Temür desenvainó su daga.

—El primer hombre que dé un paso la llevará hundida en la espalda.

Nadie se movió.

—Mi señor —balbuceó el gigante—. No lo sabíamos. Se lo juramos.

Temür volvió a enfundar la daga.

—Quítense la ropa.

Los ladrones lo miraron con incredulidad.

—Mi señor...

—Golpearon a mi amigo cuando no había necesidad de hacerlo. Quítense la ropa.

La orden no dejaba margen para discusiones.

Aterrorizados, los asaltantes obedecieron.

Pronto estuvieron descalzos en la fría noche, vistiendo únicamente su ropa interior.

Temür les ató las muñecas y los tobillos con una cuerda que llevaba en la silla de montar. Los tres hombres quedaron tiritando en el suelo.

Temür se volvió hacia los hermanos.

—Emilio tenía razón. Este lugar es peligroso.

Marco se echó a reír.

Por primera vez desde que habían aparecido los asaltantes, Emilio logró sonreír.

Recogieron el campamento y montaron a caballo.

Cuando se preparaban para partir, Temür miró a los ladrones que temblaban.

—Mañana informaremos a las autoridades dónde encontrarlos.

Dirigió la mirada hacia el oscuro bosque.

—Si los lobos no los encuentran primero.

El invierno fue cediendo lentamente su dominio sobre la tierra a medida que Temür y los italianos se adentraban cada vez más en el corazón de Europa. La nieve aún cubría bosques y montañas, pero los ríos habían comenzado a deshelarse y los caminos estaban cada vez más concurridos por comerciantes, peregrinos, soldados y nobles que viajaban bajo vistosos estandartes.

Para Temür, cada día revelaba un mundo desconocido. Veía enormes catedrales cuyas torres perforaban las nubes, aldeas rodeadas de viñedos en lugar de estepas infinitas, puentes de piedra más antiguos que cualquier cosa que hubiera visto antes, monasterios llenos de campanas y monjes entonando cánticos, y castillos que se alzaban sobre las colinas como montañas esculpidas por la mano del hombre.

Nada tenía el movimiento de la estepa. Allí todo era permanente; incluso los bosques parecían ancestrales.

Marco y Emilio a menudo le explicaban las tierras que cruzaban: los dominios de los príncipes, las rivalidades entre nobles, la autoridad de los obispos y los impuestos exigidos en cada puente.

Temür escuchaba en silencio, absorbiéndolo todo. Sin embargo, por debajo de todos aquellos descubrimientos solo habitaba un pensamiento: Layla.

Al fin, una fría mañana, Viena apareció ante ellos. Temür detuvo a Salkhi sobre una colina que dominaba la ciudad.

Murallas inmensas rodeaban a Viena como un mar de piedra. Las torres se alzaban por todas partes sobre los tejados rojizos, mientras las campanas de las iglesias resonaban sin cesar entre la niebla matutina.

La ciudad empequeñecía cualquier cosa que Temür hubiera imaginado jamás.

Marco sonrió con orgullo.

—Bienvenido a Viena.

Pero Temür presintió el peligro de inmediato.

Los rumores recientes y las discusiones mantenidas en el Gran Salón acerca del avance de los mongoles habían puesto a la ciudad en estado de alerta. Antes siquiera de llegar a las puertas, unos guardias a caballo les cortaron el paso. Los soldados vestían cotas de malla reforzadas con placas de acero, pesadas capas y yelmos coronados con insignias nobiliarias. Solo sus caballos parecían gigantescos al lado de Salkhi.

Los ojos del capitán se clavaron de inmediato en la armadura mongola de Temür.

—Entregue sus armas.

La atmósfera cambió al instante. En cuestión de segundos, varias ballestas apuntaban hacia Temür.

Marco intervino enseguida.

—¡Está bajo nuestra protección!

El capitán lo ignoró.

—Un mongol solo entra en Viena encadenado.

Temür entregó lentamente su arco y su sable. Suld gruñó en voz baja junto a Salkhi. Los guardias rodearon a Temür y lo separaron de los italianos.

Emilio protestó furiosamente en latín mientras Marco exigía hablar con las autoridades de la ciudad, pero no sirvió de nada. Temür fue conducido por las calles bajo miradas hostiles.

La gente murmuraba con temor al verlo. Algunos se santiguaban. Otros escupían al suelo. Para ellos, los mongoles no eran hombres. Eran el castigo de Dios.

Temür pasó los dos días siguientes encarcelado en una torre de piedra cercana a las murallas.

La celda era pequeña, pero limpia. Una estrecha ventana le permitía contemplar parte de la ciudad a sus pies: torres de iglesias, tejados cubiertos de nieve y las lejanas murallas de los castillos que se alzaban sobre Viena.

Cada día acudían funcionarios para interrogarlo. Le preguntaban por los ejércitos mongoles, Batu Kan, el número de tropas, sus tácticas, las rutas que seguían y sus intenciones respecto a Europa.

Algunos lo interrogaban con calma. Otros lo miraban con un odio manifiesto.

Finalmente, un anciano noble le preguntó:

—¿A cuántos cristianos has matado?

Temür respondió con honestidad.

—Dejé de contar hace años.

El hombre se marchó sin decir una palabra más.

Mientras tanto, Marco y Emilio habían sido acogidos en la residencia de una influyente familia noble austríaca relacionada con poderosos comerciantes de todo el norte de Italia. El padre de los hermanos había comerciado con ellos durante años a través de los puertos de Venecia.

El cabeza de familia era el duque Leopold von Altenburg, un acaudalado señor cuyas tierras e influencia se extendían por toda la región.

Leopold recibió cálidamente a los italianos en su castillo, que dominaba la ciudad. Pero cuando supo que habían viajado junto a un mongol, sintió una profunda curiosidad. Marco le explicó toda la historia: su captura cerca de Kiev, su condena, cómo Temür les había salvado la vida, la huida, la persecución sobre la nieve y su estancia entre los Caballeros Teutónicos.

Al terminar el relato, el duque permaneció sentado en silencio.

—¿Desertó de los mongoles por una mujer? —preguntó Leopold sorprendido.

Marco asintió.

—Y porque aún conserva el honor —añadió Emilio en voz baja—. Dejé de serles leal cuando presencié la crueldad de sus ejércitos.

El duque contempló el fuego durante un largo momento. Europa solo había oído hablar de monstruos en las historias sobre los mongoles. Sin embargo, los hombres que tenía ante sí hablaban de valentía, lealtad y misericordia.

Al fin, Leopold se puso en pie.

—Hablaré en su favor ante el príncipe Rodolfo. Además, si los mongoles representan una amenaza para nosotros, quizá posea información valiosa.

El duque Leopold era un amigo cercano y consejero del príncipe. A la mañana siguiente mantuvo una larga conversación con él. Le explicó la situación de Temür, su desertión del ejército mongol, el rescate de los hermanos y su firme determinación de encontrar a la mujer que amaba.

La reacción del príncipe fue predecible. Como ya había sucedido con otros antes que él, respondió:

—¿Este hombre desertó de su ejército y se arriesgó a ser ejecutado solo por el amor de una mujer? ¡Debo conocerlo a él, y también a la mujer que ama!

Tras aquella conversación, el príncipe ordenó que llevaran de nuevo a Temür ante las autoridades de la ciudad.

Esta vez, el propio príncipe lo esperaba.

Príncipe Rodolfo vestía ropajes de terciopelo oscuro ribeteados con piel y una cadena de plata que simbolizaba su rango.

A su lado permanecían varios caballeros con armaduras cuya estatura llamó de inmediato la atención de Temür. Los caballeros de Austria parecían gigantes al lado de los hombres corrientes. Y sus armaduras eran impresionantes. A diferencia de las cotas de malla ligeras y las armaduras laminares utilizadas por los mongoles, aquellos caballeros occidentales parecían revestidos de hierro. El acero brillante les cubría la cabeza, los hombros, los brazos, las rodillas y el pecho.

En la reunión, su amigo el Duke Leopoldo había convencido al príncipe Rodolfo sobre la injusticia de

mantener detenido a Temür. El príncipe sabía que encontraría una fuerte oposición a la hora de dejar libre al mongol, por lo que afrontó la situación con calma.

Afortunadamente para Temür, la influencia del príncipe tenía un enorme peso en Viena. Tras largas discusiones, acaloradas acusaciones y las airadas objeciones de varios caballeros, consiguió finalmente que fuera liberado bajo su custodia personal. Temür salió de aquella experiencia más delgado y agotado, pero con vida.

A la mañana siguiente lo condujeron hasta su caballo. Suld estaba junto a Salkhi y corrió excitado a recibirlo.

Cuando finalmente Temür salió del castillo, el duque Leopold lo esperaba, acompañado por varios de sus guardias, todos armados y montados en sus corceles.

—Tienes suerte, mongol —dijo con calma el viejo duque—. La mayoría de los hombres de aquí te colgarían con gusto de las murallas.

Temür hizo una respetuosa inclinación.

—Lo sé. Estoy en deuda con usted.

El duque lo examinó con atención.

—No tienes mal aspecto, considerando por lo que has pasado. Ven. Mi familia desea conocer al hombre que cruzó medio mundo persiguiendo a una mujer.

Durante el trayecto, el duque le preguntó por Layla y por el padre Nicolás, y Temür le explicó toda la situación.

Tras meditarlo unos instantes, el anciano duque dijo:

—Tengo muchos parientes repartidos por Viena. Buscaré a esa mujer. Comprendo lo importante que es para ti encontrarla.

Temür le sonrió agradecido.

El castillo de la Casa Hohenberg se alzaba sobre Viena, en una elevación rocosa con vistas al río.

Temür quedó maravillado por todo cuanto había en su interior: grandes salones iluminados por arañas de luces, techos decorados con frescos, vidrieras de colores, músicos, sirvientes y damas nobles vestidas con ricas sedas y pieles.

Pero, una vez más, lo que más lo impresionó fueron los caballeros. Nunca había visto guerreros tan fuertemente acorazados. Y sus caballos... Los enormes destreros¹⁹ eran casi una cabeza más altos que Salkhi, criados no para la velocidad ni la resistencia, sino para realizar cargas demoledoras en el campo de batalla. Además, iban cubiertos con gualdrapas bordadas sobre armaduras de acero y cuero reforzado.

Y sus espadas... por primera vez, Temür pudo observarlas de cerca. Las enormes espadas francas eran famosas en toda Europa. Eran armas largas y rectas, de dos filos cortantes, muy diferentes de los sables curvos que él conocía. Obviamente muy pesadas, las empuñaduras estaban diseñadas para sostenerlas con ambas manos, lo que les permitía golpear con terrible fuerza.

¹⁹ Destreros. (Destriers en Inglés) Caballos de guerra de los caballeros medievales. Tenían una fuerza enorme, necesaria para soportar el peso de las armaduras de los caballeros y el de las suyas propias.

Temür comprendió de inmediato por qué la caballería occidental aterrorizaba a los ejércitos de infantería.

Más tarde observó a un grupo entrenarse en el patio inferior. La tierra misma temblaba bajo el peso de los caballos al cargar.

Sus armaduras brillaban como la plata bajo la luz del sol: cotas de malla, placas de acero, grandes yelmos, enormes escudos y pesadas lanzas más largas que cualquier lanza mongola.

Temür reflexionó mientras observaba a los hombres que lo rodeaban. Entre los mongoles, él siempre se había destacado por su estatura. Sin embargo, desde que abandonó el ejército de Batu Kan, la mayoría de los hombres que había encontrado en las tierras occidentales eran más altos que él.

Confirmó entonces que los hombres de su raza — y también sus mujeres— eran, por naturaleza, de menor estatura que los occidentales. Ello lo llevó a preguntarse cómo era posible que los mongoles, aparentemente pequeños en comparación con aquellos gigantes, hubieran conquistado casi toda Asia y llevado sus ejércitos hasta el corazón de Europa.

La respuesta parecía evidente. La estatura de un guerrero no determinaba su valía. Tampoco su capacidad para luchar. Los mongoles habían demostrado una y otra vez que la disciplina, la habilidad y la determinación eran más poderosas que la fuerza bruta.

Y mientras contemplaba a aquellos hombres corpulentos, Temür recordó los innumerables ejércitos que habían caído ante los jinetes de la estepa.

No. El tamaño de un hombre no decidía las batallas. Su voluntad, *sí*. A lomos de un caballo, las diferencias desaparecían. Allí, sobre la silla de montar, el mongol volvía a ser el amo de la estepa.

El duque Leopold advirtió que Temür los observaba.

—Nuestros caballeros luchan de forma distinta a los de tu pueblo.

Temür asintió.

—Un caballo mongol se mueve como el viento — dijo—. Pero estos...

Volvió la vista hacia los jinetes acorazados.

—Estos luchan como montañas.

El príncipe soltó una sonora carcajada.

—Una descripción muy acertada.

Días después, el duque Leopold regresó por fin con la noticia que Temür llevaba tanto tiempo esperando.

Entró en la habitación de Temür llevando una carta sellada en la mano.

—Los hemos encontrado.

Temür se puso de pie de inmediato.

—¿Dónde?

—Permanecieron un breve tiempo en Viena bajo la protección de la Iglesia. Pero volvieron a partir.

El corazón de Temür se encogió.

—¿Adónde fueron?

El duque desplegó la carta.

—No te preocupes, no han ido muy lejos. Están en el castillo de Rheinfeld, al oeste de la ciudad. Una familia noble fiel a la Corona les ha ofrecido protección allí.

Temür apenas esperó a que terminara de hablar.

—Debo partir de inmediato.

El príncipe Leopold levantó una mano para detenerlo.

—Saldrás mañana al amanecer. Los caminos siguen siendo peligrosos, y viajarás bajo mi protección.

Temür hizo una profunda reverencia de agradecimiento. No existían palabras capaces de expresar lo que sentía. Después de tantos años creyendo que Layla había desaparecido para siempre, por fin estaba cerca.

El castillo de Rheinfeld se alzaba entre verdes valles y bosques donde comenzaban a asomar los primeros signos de la primavera.

Cuando Temür atravesó finalmente sus puertas bajo la protección de la Casa Hohenberg, su corazón latía con más fuerza que en cualquier batalla.

Sirvientes y guardias se volvieron con nerviosismo hacia el guerrero mongol que cruzaba el patio. En un instante, todo el universo de Temür se redujo a un jardín.

Layla estaba allí. Lo primero que reconoció no fue su rostro. Fue su voz.

Acababa de cruzar el patio interior de la residencia del príncipe de Rheinfeld cuando oyó a una mujer hablando en árabe bajo los arcos de piedra de la galería del jardín. Eran palabras sencillas, dirigidas a una sirvienta, pero lo impactaron con más fuerza que una lanza.

Durante un instante permaneció inmóvil. Los recuerdos de los años transcurridos desaparecieron de su mente. La tragedia de Kiev. La sangre corriendo por las calles. Los interminables caminos hacia Occidente. La celda de Viena. Todo se desvaneció. Solo permaneció la voz de ella.

Entró en el jardín. Layla estaba de espaldas, pero se quedó inmóvil al instante.

Se volvió, y la bandeja que sostenía resbaló de sus manos y se hizo añicos contra las losas.

Ya no era la muchacha que había caminado a su lado bajo los árboles en los jardines del sultán. El tiempo había refinado su belleza hasta convertirla en algo más sereno y profundo. Su cabello oscuro estaba parcialmente cubierto con un velo, según la costumbre de las casas nobles, y su vestido lucía los colores de la corte del príncipe de Rheinfeld. Pero sus ojos seguían siendo los mismos.

Aquellos mismos ojos.

Los ojos que una vez lo habían visto partir hacia la guerra.

—Temür... —susurró.

Él intentó responder, pero las palabras se negaron a salir.

Layla cruzó el patio corriendo. Cuando llegó hasta él, se detuvo de golpe, como si temiera que pudiera desaparecer al tocarlo.

—Estás vivo...

Entonces rompió a llorar. No con grandes sollozos, sino en silencio, temblando mientras años de dolor se deshacían en su interior.

Temür la estrechó con suavidad entre sus brazos, como un hombre que teme despertar de un sueño.

Al abrazarse se percataron de que ya no eran los niños que habían paseado juntos por Bagdad. Los años de separación, sufrimiento y añoranza los habían transformado. Aquel abrazo ya no era el simple reencuentro de dos jóvenes. Era el abrazo de un hombre y

una mujer que habían sobrevivido a la guerra, que se habían creído perdidos para siempre y que, contra toda esperanza, habían logrado encontrarse de nuevo.

Una pasión tan intensa los inundó que nada de cuanto habían sentido antes podía compararse con aquello. El beso se prolongó durante largo tiempo, y permanecieron abrazados bajo los rosales de invierno, cuyas pálidas flores, capaces de florecer incluso en el frío, parecían haber brotado únicamente para ellos.

Aquella tarde caminaron juntos más allá de los muros de la propiedad. La primavera comenzaba a despertar los campos que rodeaban Viena. Tiernos brotes verdes rompían la tierra, y el Danubio reflejaba los últimos tonos carmesí del sol poniente.

Habían pasado demasiados años alejados. Demasiado dolor. Pero, poco a poco, la conversación fue aliviando las heridas.

Layla le habló de la ruina de la caravana de su padre cuando las invasiones mongolas hicieron añicos las rutas comerciales de Oriente. Le contó cómo habían huido, el hambre que padecieron y los desesperados viajes hacia Occidente bajo la protección de mercaderes fieles a su familia. Finalmente, habían llegado a las tierras del príncipe de Rheinfeld, quien les ofreció refugio, gracias a la experiencia de su padre sobre el comercio oriental.

—Mis padres viven aquí. El príncipe de Rheinfeld insistió en que nos alojáramos en su palacio. Sabía que mi padre era un comerciante experimentado y ahora ambos son socios en una nueva empresa comercial. En este momento no está aquí. Ha viajado a Milán por negocios, y mi madre lo acompaña.

—¿Se encuentran bien?

—Sí, muy bien. Quedaron mal tras perder la caravana, pero este nuevo negocio les ha devuelto las ganas de vivir. Se alegrarán muchísimo de verte... especialmente mi madre. Todavía habla de ti como «mi hijo, el mongol».

Ambos rieron.

Los dos sentían que vivían un sueño del que jamás deseaban despertar. Layla le preguntó por sus propias experiencias. Al principio, Temür habló poco. Le contó cosas del ejército mongol, de los ríos helados cruzados bajo estandartes de crines de caballo y de las ciudades que ardían bajo el estruendo de las máquinas de asedio. De Kiev habló apenas unas palabras.

—A veces todavía los oigo gritar—confesó en voz baja.

Layla tomó su mano.

—Tú no eres ese hombre —dijo con firmeza—. Aquello fue la guerra. El que eres ahora... es quien siempre has sido.

Temür sintió que algo comenzaba a aflojarse en su interior: la presión invisible que durante tantos años había oprimido su corazón. No había desaparecido, pero, por primera vez, empezaba a liberarlo.

Durante los días siguientes fueron inseparables. Paseaban por los jardines, recorrían las orillas del río y caminaban bajo las torres de las catedrales, que Temür seguía contemplando con una mezcla de admiración y respeto.

A veces hablaban durante horas. Otras veces no decían absolutamente nada. En una ocasión, mientras una ligera nevada cubría la finca, Layla se rio al verlo luchar por pronunciar unas palabras en alemán.

—Has conquistado medio mundo —bromeó—.
¿Y esto puede contigo?

Temür sonrió apenas.

—Los alemanes son incluso más difíciles que los rus.

Ella volvió a reír.

El sonido le produjo una alegría tan intensa que casi le dolió. Durante años había creído que jamás volvería a escuchar su risa.

Mientras Temür y Layla entraban en el gran salón del castillo, todavía cogidos de la mano, una figura vestida con una sencilla túnica marrón comenzó a abrirse paso entre los invitados.

—¡Temür!

El joven se volvió al reconocer aquella voz.

—¡Padre Nicolás!

En dos rápidas zancadas llegó hasta el sacerdote y ambos se abrazaron con fuerza.

—Gracias a Dios —dijo por fin el sacerdote, con los ojos humedecidos por las lágrimas—. Temía no volver a verte jamás.

—Yo también creía haberlos perdido para siempre —respondió Temür—. Pero aquí estamos.

El anciano sonrió con calidez y tomó la mano de Layla.

Contó prácticamente la misma historia que Layla ya le había relatado.

—Los rumores de que el Gran Kan pensaba atacar Alepo pese al acuerdo con el sultán se hicieron cada vez más creíbles, y muchas personas decidieron abandonar la ciudad para buscar refugio en los reinos de Europa.

»La familia de Layla decidió unirse a ellos. Viajamos durante meses. Sufrimos hambre, frío y peligros constantes, pero Dios fue misericordioso con nosotros. Después de atravesar las tierras de la Orden Teutónica, por fin llegamos a Viena, donde el príncipe de Rheinfeld nos ofreció su protección.

El padre sacudió la cabeza con asombro y dijo,

—Y ahora te veo aquí, sano y salvo. Después de todo lo que has pasado, después de cruzar medio mundo, has vuelto con nosotros.

Miró al joven mongol con una sonrisa.

—No puedo expresar cuánto me alegra verte con vida, hijo mío.

Sus palabras conmovieron profundamente a Temür.

—Nada de esto habría sido posible sin usted, padre —dijo en voz baja—. Usted me enseñó quién era cuando ni siquiera yo lo sabía.

El sacerdote apoyó una mano sobre su hombro.

—Entonces mi tarea ha terminado. Ahora te corresponde a ti escribir el resto de tu historia.

Todo parecía estar bien. Temür había encontrado a Layla y juntos vivían el sueño que los había sostenido durante incontables noches de soledad. Nada más importaba.

Sin embargo, una nube de inquietud se cernía sobre la ciudad.

En apariencia, Viena seguía siendo una ciudad llena de vida. Sus mercados rebosaban de gente, las iglesias estaban abarrotadas y los nobles celebraban banquetes tras los gruesos muros de piedra de sus palacios. Pero bajo todo aquel bullicio y esplendor

persistía un temor silencioso, como si la ciudad ya pudiera oír, a lo lejos, el retumbar de cascos acercándose desde Oriente.

Las posadas estaban repletas de refugiados procedentes de Hungría y Polonia. Extraños dialectos resonaban por las calles del mercado. Carretas abandonadas permanecían junto a las iglesias, donde familias enteras dormían cubiertas con mantas y pieles de animales.

Todos sabían que, sin previo aviso, los mongoles podían aparecer en cualquier momento.

La felicidad que Temür y Layla habían encontrado juntos apartó de sus pensamientos aquella sombría realidad. Se habían reunido de nuevo y, por el momento, nada más importaba. Pero, aun así, el destino les tenía reservada una última prueba.

Una tarde, Layla condujo a Temür hasta una estancia tranquila, iluminada únicamente por la luz de unas velas. Su rostro reflejaba preocupación.

—Hay algo que debes saber.

Temür percibió el peligro de inmediato.

—El príncipe de Rheinfeld me ha tratado con el mayor honor —dijo ella—. Pero su segundo hijo... lord Matthias...

Vaciló antes de pronunciar su nombre.

—Está enamorado de mí y desea casarse conmigo.

La expresión de Temür se endureció.

—¿Ha intentado acercarse a ti?

—No. Sus costumbres jamás se lo permitirían. Pero Matthias es muy insistente. Jura que me ama.

—¿Y tú?

Layla dio un paso hacia él.

—Solo ha existido un hombre para mí.

Luego añadió en un susurro:

—Él sabe quién eres... y sabe lo que siento por ti.

Temür la miró con gesto interrogante.

—Ha oído las historias. El guerrero mongol venido de Oriente. El hombre que luchó en Kiev.

—¿Y qué más ha dicho?

Layla vaciló un instante.

—Dice que ningún extranjero errante se llevará lo que pertenece a su casa.

Llamaron entonces a la puerta de la estancia.

Unos instantes después, como si hubiera sabido exactamente de qué estaban hablando, entró lord Matthias.

Matthias era alto incluso para un caballero alemán, de anchos hombros y vestido con lujosas prendas de lana que reflejaban su condición nobiliaria. Su barba rubia estaba cuidadosamente recortada, y la espada ricamente ornamentada que colgaba de su costado proclamaba tanto su riqueza como su rango.

Sus ojos se posaron de inmediato sobre Temür.

—Así que el bárbaro existe de verdad.

Layla dio un paso al frente.

—Basta.

Pero Matthias la ignoró por completo.

—Ahora vistes seda —dijo mirando a Temür—, pero debajo de ella sigues siendo uno de los perros del Kan.

Temür respondió con serenidad.

—Serví porque no tenía elección.

—¿Y ahora vienes a arrebatarme a una mujer protegida bajo el techo de mi padre?

La voz de Layla atravesó la estancia como el filo de una espada.

—No soy propiedad de nadie.

Pero Matthias ya había tomado una decisión.

—Te desafío.

El silencio se adueñó de la habitación.

—Un duelo —continuó—. Ante testigos. A caballo y con espada.

Layla palideció.

Temür había presenciado incontables combates donde la supervivencia, y no el ceremonial, decidía la victoria. Las elaboradas costumbres de la nobleza occidental le resultaban extrañas. Desafiar formalmente a un hombre ante testigos, anunciar el lugar, las armas y las reglas, le parecía casi una representación teatral. Sin embargo, comprendía que, para aquellos caballeros, el honor pesaba tanto como el acero y que un duelo solo podía concluir con la muerte. Rechazar el desafío no sería interpretado como prudencia, sino como cobardía.

Miró a Matthias y sonrió levemente.

—Acepto.

—¡No! —exclamó Layla.

Matthias dio media vuelta y abandonó la estancia.

Layla sujetó a Temür por el brazo.

—Por favor... no lo hagas.

Su voz temblaba de auténtico miedo.

—Podemos marcharnos esta misma noche. Hacia el sur... a Italia, a Venecia... a cualquier lugar. Por favor.

Temür le acarició el rostro con ternura.

—Si huyo, mi deshonor nos perseguirá para siempre.

—No me importa.

—A mí sí.

Sus ojos adquirieron una gravedad serena.

—Un hombre que abandona su honor termina por abandonarse a sí mismo.

Los ojos de Layla se llenaron de lágrimas.

—Ya te perdí una vez.

Temür apoyó su frente contra la de ella.

—No volverás a perderme.

La noticia del inminente duelo llegó al príncipe de Rheinfeld antes del anochecer.

El señor del castillo se encontraba reunido con varios de sus consejeros cuando uno de los guardias solicitó permiso para entrar.

Tras escuchar el informe, el príncipe permaneció largo rato en silencio.

—Así que mi hijo ha desafiado al mongol.

—Sí, Alteza. El duelo tendrá lugar en tres días, al amanecer.

Los presentes intercambiaron miradas inquietas.

Rheinfeld se levantó lentamente y caminó hasta una de las estrechas ventanas que dominaban el patio del castillo, donde las primeras antorchas comenzaban a encenderse mientras descendía la noche.

Conocía bien a su hijo Matthias. Era valiente, excelente con su espada y orgulloso hasta el exceso. También sabía que el orgullo conducía con demasiada frecuencia a los hombres más nobles hacia decisiones desastrosas.

—¿Y el extranjero aceptó?

—Sin vacilar, Alteza.

La preocupación se reflejó en el rostro del príncipe.

Desde la llegada del joven mongol había observado atentamente cada uno de sus movimientos. Había algo en él que lo diferenciaba de los mercenarios y aventureros que de vez en cuando cruzaban el reino. Se comportaba con una serenidad poco común, hablaba solo cuando era necesario y jamás buscaba admiración. La confianza que transmitía no nacía de la arrogancia, sino de esa experiencia que únicamente conceden el sufrimiento y la cercanía constante de la muerte.

Además, había escuchado los rumores que recorrían los pasillos del castillo.

Se hablaba de su extraordinaria habilidad con el sable y el arco, de batallas imposibles de las que había salido con vida y de enemigos que solo habían cometido un error: subestimarlos.

Aquellas historias comenzaban ya a adquirir vida propia.

Y, sin embargo, el príncipe no podía intervenir.

Muchos de los compañeros de sir Matthias habían dejado de ver aquel duelo como una simple disputa personal. Para ellos representaba el enfrentamiento entre dos civilizaciones: la orgullosa caballería cristiana de Occidente y los temidos guerreros de Oriente. Esperaban que el joven caballero aplastara las crecientes leyendas que rodeaban al mongol y demostrara, ante toda la corte, la superioridad de la caballería occidental.

Si prohibía el duelo, Matthias cargaría para siempre con la deshonra de la cobardía. Ningún padre condenaría voluntariamente a su hijo a semejante vergüenza.

Con el corazón oprimido, el viejo señor guardó silencio y dejó el desenlace en manos del destino.

—Entonces asistiremos al duelo.

Uno de los consejeros lo miró con sorpresa.

—¿Creéis de verdad que ese mongol representa un peligro para el joven señor?

Rheinfeld permaneció pensativo.

Amaba a su hijo y había visto a jóvenes nobles matarse por motivos mucho menos dignos.

Esta vez, la causa era el amor.

Y pocas fuerzas eran más poderosas... o más peligrosas.

Aquella misma noche, el príncipe mandó llamar a Matthias.

El joven caballero entró en el estudio convencido de que hablarían de los preparativos del duelo.

En lugar de eso encontró a su padre de pie, contemplando las llamas de la chimenea.

—Me han dicho que has desafiado al mongol.

—Sí, padre.

—Y ha aceptado.

—Así es.

El príncipe permaneció unos instantes en silencio antes de volverse hacia él.

—Escúchame bien.

Matthias se irguió.

—No permitas que tu tamaño ni tu fuerza te inspiren una confianza excesiva.

El joven frunció el ceño.

—Padre, soy más grande que él, más fuerte y llevo entrenando con la espada desde niño. Mi espada es mucho mas poderosa que su sable.

—Precisamente por eso estoy preocupado.

Matthias lo miró sorprendido.

—¿Padre, por favor! ¿De verdad creéis que puede derrotarme?

—Creo que sería un gravísimo error subestimarlos.

El príncipe caminó despacio hasta una mesa donde varios mapas de Europa y Asia permanecían extendidos.

Apoyó una mano sobre ellos.

—Mira esto. Desde las fronteras de China hasta las puertas de Hungría, esos hombres han derrotado a reyes, príncipes, caballeros y ejércitos enteros. Han destruido ciudades que parecían inexpugnables y sembrado el terror por medio mundo.

Le sostuvo la mirada.

—¿Crees que lograron todo eso porque eran más grandes o más fuertes que sus enemigos?

Matthias bajó la vista.

—No, padre.

—Vencieron porque combaten de una manera que apenas comprendemos. Sus tácticas son distintas. Sus instintos también. Mientras nuestros hijos aprenden con espadas de madera, ellos crecen sobre un caballo, cazan lobos, cabalgan durante días sin descanso y disparan flechas al galope.

El príncipe señaló la oscuridad más allá de las murallas.

—No sabes realmente cómo luchan. Y esa ignorancia nuestra los hace peligrosos.

Matthias cruzó los brazos.

—Pero mañana no lucharemos con arcos. Será un duelo a caballo. Manejo mi lanza mejor que ninguno, he derribado de sus caballos a hombres más grandes que él.

—Lo sé.

Rheinfeld se acercó y apoyó ambas manos sobre los hombros de su hijo.

—Aun así, no permitas que la confianza te ciegue.

Su expresión se volvió grave.

—Recuerda esto. Cuando un hombre sobrevive a tantas guerras como ese joven mongol, es porque posee algo mucho más valioso que la fuerza: experiencia, instinto y disciplina.

Sus ojos se endurecieron.

—Los hombres de la estepa han conquistado la mitad del mundo conocido. Todos los reinos los temen, no porque sean gigantes, sino porque son guerreros extraordinarios.

Guardó silencio unos instantes.

—¿Estás completamente seguro de que no deseas retirar el desafío?

—¿Y cargar para siempre con la marca de la cobardía? Jamás, padre.

Aquella respuesta fue definitiva.

Sin embargo, por primera vez desde que había pronunciado el desafío, Matthias comprendió que al amanecer no se enfrentaría simplemente a un extranjero.

Se enfrentaría a un mongol.

El duelo tuvo lugar tres mañanas después, en una amplia pradera situada extramuros de Viena.

Desde muy temprano comenzaron a llegar nobles de toda la región, acompañados por sus séquitos. Pendones y estandartes ondeaban sobre el campo, agitados por la brisa de la mañana. Los colores de las grandes casas nobles —rojos profundos, azules intensos,

verdes esmeralda y dorados resplandecientes— rompían el paisaje invernal, mientras los escudos heráldicos reflejaban la luz del sol.

Carretas y carruajes se alineaban alrededor del terreno elegido para el combate. Escuderos sujetaban caballos nerviosos; heraldos recorrían el lugar anunciando la presencia de los señores más importantes, y grupos de soldados mantenían despejado el espacio donde tendría lugar el enfrentamiento.

Los caballeros nobles lucían sus mejores galas. Vestían sobrevestas bordadas con los blasones de sus linajes sobre brillantes cotas de malla o armaduras de placas. Espadas de empuñaduras doradas colgaban de sus cinturones mientras capas de vivos colores caían sobre sus hombros. Algunos llevaban halcones posados en el brazo enguantado; otros conversaban en voz baja sobre las hazañas del misterioso guerrero mongol que iba a enfrentarse a uno de los mejores jinetes de Austria.

Las damas ocupaban una tribuna de madera cubierta con ricos tapices. Vestían largos trajes de terciopelo, lana fina y seda, ribeteados con pieles de armiño y zorro. Sobre sus cabellos llevaban delicados velos de lino o altos tocados cónicos adornados con cintas que el viento hacía ondear suavemente. Algunas ocultaban parte del rostro tras pañuelos bordados; otras observaban el campo con una mezcla de curiosidad y temor. A pesar de su femineidad, habían concurrido ansiosas de presentar un espectáculo que esperaban concluiría con un salvaje derramamiento de sangre.

Los sacerdotes caminaban lentamente entre la multitud, murmurando oraciones y bendiciendo a quienes lo solicitaban. El incienso ascendía en finas espirales

hacia el cielo frío de la mañana, mezclándose con el vapor que exhalaban hombres y caballos.

El ambiente recordaba al de un gran torneo caballeresco. Sin embargo, aquello no era un espectáculo destinado al entretenimiento.

Era un juicio del honor.

Todos sabían que, cuando sonaran los cuernos, uno de aquellos dos hombres podía no abandonar jamás aquel campo.

Un murmullo recorrió a la multitud cuando apareció sir Matthias.

Montaba un enorme destrero negro protegido con barda de acero y cuero reforzado. Su propia armadura de placas había sido pulida hasta hacerla brillar como un espejo. Sobre el yelmo llevaba un penacho blanco que se agitaba con el viento, y el escudo lucía orgullosamente las armas de la Casa de Rheinfeld.

Matthias parecía realmente un héroe salido de las canciones de los trovadores, que hablaban de heroicas acciones motivadas por el amor.

Pocos instantes después hizo su entrada Temür. El contraste era evidente. No llevaba penacho, ni escudo heráldico, ni colores nobiliarios. Vestía únicamente su armadura laminar mongola de placas lacadas sobre cuero forrado de piel. Su casco era sencillo, sin adornos. No llevaba su arco, además de su lanza, considerablemente menor que la de su oponente, de su cintura colgaban su dable y su maza. Por supuesto cabalgaba Salkhi, casi insignificante comparado con el gigantesco corcel alemán.

Entre el público comenzaron a escucharse comentarios de asombro. Algunos nobles intercambiaron miradas desconcertadas, casi burlonas.

—¿Ese es el guerrero que aterrorizó media Europa?

—Parece un muchacho.

—Lord Matthias lo derribará de la silla con la primera carga.

Pero otros guerreros veteranos permanecieron en silencio. Habían oído las historias. Y conocían demasiado bien lo que los mongoles habían hecho desde las estepas de Asia hasta las puertas de Hungría.

El duelo se contemplaba de diferentes maneras.

Para unos era el enfrentamiento entre Oriente y Occidente; para otros, la oportunidad de vengar las ciudades arrasadas por los mongoles. Algunos deseaban presenciar la victoria de la caballería cristiana; algunos más jóvenes solo habían acudido atraídos por el espectáculo.

Solo Layla observaba acongojada. Para ella no combatían un caballero alemán y un guerrero mongol. Combatía el hombre al que amaba contra un destino que parecía empeñado en arrebatárselo una vez más.

En un momento aparecieron los heraldos.

Uno de ellos avanzó hasta el centro del campo y alzó su bastón ceremonial.

—¡Que todos sean testigos! ¡Por voluntad de Dios y conforme a las leyes de la caballería, hoy se enfrentan sir Matthias de Rheinfeld y Temür, hijo de las estepas! ¡Que el cielo conceda la victoria al justo!

El murmullo cesó de inmediato.

Solo quedó el viento... y el sonido impaciente de los caballos golpeando la tierra con sus cascos.

Los cuernos resonaron sobre la llanura.

Los dos jinetes se alejaron el uno del otro hasta que se detuvieron a unos trescientos pasos de distancia y quedaron frente a frente.

Desde el otro extremo del campo, Matthias se alzaba ante Temür como una torre de hierro dispuesta a desplomarse sobre él.

Un instante después bajaron las lanzas y cargaron, la tierra temblando bajo el estruendo de los cascos.

Layla observaba desde entre la multitud, pálida de terror.

Cada segundo, más y más cerca.

En el último instante, cuando la lanza de Matthias estaba ya a escasos palmos de su pecho, Temür hizo desviar bruscamente a Salkhi. El pequeño caballo mongol se desplazó lateralmente con una agilidad asombrosa.

La lanza de Matthias pasó silbando por el vacío. La de Temür golpeó el escudo del caballero y rebotó sin causarle daño.

Aquel primer cruce le reveló a Temür algo decisivo. El enorme tamaño y la pesada armadura del caballo alemán le impedía girar con rapidez. Temür lo captó al instante.

Al llegar al extremo opuesto del campo, Matthias hizo volver a su montura y cargó de nuevo. Esta vez, la afilada punta de la lanza, no apuntó a Temür. Apuntó a Salkhi.

Una vez más, Temür esquivó el golpe en el último momento. Pero, en lugar de continuar, hizo girar a Salkhi sobre sí mismo, persiguiendo al pesado destrero. Un

movimiento rápido. Preciso. Como un lobo rodeando a un oso.

Matthias se percató de la maniobra e intentó cambiar de dirección, pero antes de que su caballo pudiera girar, Temür lo había alcanzado y cabalgaba pegado a él.

Matthias arrojó la lanza y comenzó a desenvainar su espada. Temür se alzó sobre los estribos, en su mano llevaba la pesada maza de hierro que utilizaba la caballería mongola para aplastar enemigos acorazados. Golpeó, no al caballero, sino a la testera blindada del caballo.

El aterrorizado destrero se encabritó violentamente y Matthias perdió el equilibrio. Atrapado por el enorme peso de su armadura, cayó al suelo en un estruendo de acero.

Un grito de asombro recorrió los espectadores.

Antes de que el caballero lograra ponerse en pie, Temür ya había desmontado. Un instante después, la hoja curva de su sable descansaba sobre la garganta de Matthias.

El silencio se apoderó del campo. El joven caballero lo miró desde el suelo, humillado. Temür tenía derecho a matarlo.

Todos lo sabían. Sin embargo, el mongol dio un paso atrás.

—No he venido hasta aquí para derramar sangre.

El príncipe Rheinfeld se puso lentamente en pie y exclamó:

—La victoria pertenece a Temür.

Sin añadir una sola palabra, dio media vuelta y abandonó el campo, seguido por su comitiva.

CAPÍTULO 15

PAZ

Una mañana de primavera, las campanas de las iglesias repicaron con fuerza por toda Viena.

La gente salió en tropel a las calles riendo, gritando y abrazando a desconocidos, como si una gran peste hubiera desaparecido de repente de la ciudad. Las ventanas se abrieron de par en par sobre las abarrotadas calles, mientras las campanas seguían atronando sobre los tejados.

—¡Los mongoles se retiran!

—¡Los ejércitos del este se marchan!

—¡Se han ido!

La noticia había llegado poco antes del amanecer con un jinete procedente de Hungría. En cuestión de horas, el rumor se había extendido por todos los mercados, iglesias y tabernas de Viena.

Hombres y mujeres salían de sus casas para abrazarse. Los sacerdotes elevaban plegarias de agradecimiento. Los soldados, acostumbrados a esperar la muerte detrás de cada amanecer, respiraban por primera vez sin sentir el peso del acero mongol sobre los hombros.

En el gran salón del palacio, nobles y capitanes rodeaban al exhausto mensajero.

—Es cierto —repetía el hombre entre jadeos—. Los príncipes mongoles se están retirando hacia el este. Sus ejércitos abandonan la campaña.

—¿Cómo? —exigió uno de los generales—. ¿Por qué?

El mensajero se secó el sudor del rostro.

—El Gran Kan ha muerto.

Mucho más allá de las llanuras, de ríos, desiertos y montañas que ningún austríaco llegaría jamás a contemplar, el soberano del mayor imperio que el mundo había conocido había muerto en su lejana capital.

—Los comandantes han sido llamados de regreso —continuó el mensajero—. Un consejo elegirá al próximo Gran Kan.

Varios de los nobles se miraron con incredulidad.

—Así que, por un milagro, Europa sobrevive —murmuró un obispo—. Dios, en su misericordia, ha concedido una tregua a la Cristiandad.

Afuera, las celebraciones se hicieron aún más intensas. Las campanas continuaban haciendo vibrar el aire mientras la gente se arrodillaba en plena calle para dar gracias a Dios por su salvación. El vino corría libremente. Los soldados se abrazaban como hermanos que regresaban de la guerra.

Un anciano caballero permanecía junto a una ventana del palacio contemplando la multitud.

—Podían habernos destruido —murmuró—. No fuimos nosotros quienes los detuvimos. Tal vez lo hicieron nuestras oraciones.

Nadie respondió.

Todos los presentes entendían que había dicho la verdad. Los mongoles habían barrido el mundo, desde los

confines de Asia hasta las mismas puertas de Europa. Reino tras reino había caído ante ellos como hierba seca ante el fuego.

Y ahora, de pronto, se habían marchado. No habían sido derrotados. No habían sido destruidos.

Simplemente habían sido llamados de regreso por la muerte de un solo hombre, a miles de kilómetros hacia el este.

El anciano caballero se santiguó lentamente.

—Si ese mensajero hubiera llegado un año más tarde —dijo en voz baja—, quizá hoy toda Europa estaría hablando su lengua.

Los años habían encorvado la espalda del padre Nicolás y plateado los pocos cabellos que aún asomaban bajo su capucha, pero no habían apagado la luz de sus ojos. Durante décadas había recorrido caminos polvorientos, acompañado a soldados, consolado viudas y ofrecido esperanza donde solo quedaba desesperación.

Ahora deseaba regresar al monasterio italiano donde había pronunciado sus primeros votos, allí donde su viaje había comenzado.

Con frecuencia el padre hablaba de un monasterio situado sobre uno de los acantilados más hermosos de Italia, donde el mar se extendía hasta el infinito y el aire llevaba siempre el aroma de la sal y los pinos.

Cuando finalmente anunció que había decidido regresar, ni Temür ni Layla se sorprendieron.

El anciano sacerdote había pasado toda una vida recorriendo caminos lejanos entre pueblos extranjeros.

—He enterrado a demasiados amigos en demasiadas tierras —dijo con una sonrisa serena—. Ha llegado la hora de que este viejo peregrino regrese a casa.

La mañana de su partida, los tres permanecieron juntos junto a las puertas de la ciudad. Un pequeño carro esperaba al borde del camino con las pocas pertenencias del sacerdote.

Durante un largo rato ninguno habló.

Entonces Temür desapareció en la casa y regresó llevando un cofre de madera.

—¿Qué es esto? —preguntó el padre Nicolás.

—Mi vida —respondió Temür.

Dentro del cofre descansaban los pergaminos que había escrito a lo largo de los años.

Contaban la historia de la estepa... de su familia... de las batallas y los viajes... de la pérdida y la amistad de otros... de Layla... y del extraño camino que había llevado a un guerrero mongol hasta el corazón de la Cristiandad.

El anciano sacerdote levantó la vista, sorprendido.

—Quiero que se los lleve —dijo Temür.

El padre Nicolás negó suavemente con la cabeza.

—Te pertenecen, es tu obra.

—Pertenecen al futuro —respondió Temür—. Usted me enseñó una vez que la memoria es frágil. Los hombres mueren. Las ciudades caen. Los imperios desaparecen. Pero las palabras pueden viajar más lejos que los jinetes.

Los ojos del sacerdote se humedecieron.

Durante un largo instante sostuvo el cofre entre ambas manos.

Finalmente asintió.

—Los custodiaré fielmente.

El anciano abrazó por última vez a Temür y a Layla antes de subir al carro y poner rumbo hacia occidente.

Ambos permanecieron observándolo hasta que el camino lo ocultó tras el horizonte.

Ninguno de los dos sabía que aquel cofre sobreviviría a reinos, guerras y siglos de silencio.

Pero el padre Nicolás lo presentía, y por eso jamás permitió que se apartara de su lado.

Temür y Layla se casaron antes de terminar el verano.

No entre el esplendor de los palacios orientales ni bajo estandartes mongoles, sino en una pequeña capilla de piedra situada a las afueras de Viena, con vistas al río.

Marco y Emilio permanecieron junto a ellos con un orgullo sereno, como si fueran testigos no solo de una boda, sino del final de un viaje largo e imposible.

Layla vestía un vestido blanco bordado, adornado con delicados motivos de su tierra natal.

Temür llevaba una túnica de seda oscura bajo una capa ribeteada con piel de lobo.

Dejó su sable fuera de la capilla. Lo había protegido durante casi toda su vida, pero después de aquel día, ya no volvería a necesitarla.

Las campanas comenzaron a sonar, su eco se extendió sobre viñedos, bosques y colinas lejanas y Layla entrelazó su mano con la de Temür.

Por primera vez desde su infancia en la inmensa estepa mongola, Temür dejó de sentirse un hombre dividido entre dos mundos.

Había llevado Oriente dentro de sí mientras caminaba por Occidente, sin pertenecer por completo a ninguno de los dos. Y ahora, por fin, pertenecía al lado de la mujer que amaba.

—¿Adónde iremos ahora? —preguntó Layla en voz baja.

Temür contempló el horizonte occidental.

Durante años había buscado en cada horizonte lejano esperando encontrar otro ejército, otra orden, otra batalla dispuesta a reclamarlo.

Esta vez solo vio luz de sol reposando sobre los campos.

—A casa —respondió simplemente.

Juntos se establecieron en una modesta propiedad junto al río, por donde con frecuencia pasaban comerciantes, peregrinos y viajeros procedentes de tierras lejanas.

Temür encontró satisfacción en recibir a los desconocidos con un lugar para descansar junto al fuego.

A veces se sentaba con los viajeros bajo la sombra de los viejos árboles, escuchando historias llegadas desde Constantinopla, Persia, Venecia y las tierras más allá del mar Negro. Sonreía en silencio, sabiendo que él mismo había recorrido muchos de aquellos caminos con su arco en la mano.

Layla llenó su hogar de música, hierbas aromáticas y risas. Plantó rosales junto a la puerta y almendros a lo largo del sendero que conducía al río. En primavera recogía flores silvestres, mientras Temür reparaba cercas, cuidaba de los caballos y enseñaba pacientemente a los niños del pueblo a montar.

Los muchachos admiraban al viejo guerrero, que les enseñaba a los niños del valle a montar y a cuidar sus caballos. Pocos imaginaban que aquel hombre tranquilo había cabalgado con algunos de los ejércitos más temidos de su tiempo. Nadie podía imaginar las batallas ocultas tras aquellos ojos apacibles.

En las tardes cálidas, paseando juntos por la orilla del río, Layla apoyaba la cabeza sobre su hombro, mientras él hablaba de las interminables praderas donde había nacido... de caballos veloces galopando bajo cielos infinitos... de su madre, cuyo rostro se había ido borrando lentamente de su memoria... y de los compañeros que jamás regresaron de la guerra.

Ella escuchaba sin interrumpirlo, sabiendo que algunas heridas no sanan olvidándolas, sino recordándolas con cariño.

Con los años, los viajeros llegaron a conocer a la silenciosa pareja que vivía junto al río.

Algunos reconocían el nombre de Temür y susurraban historias sobre el jinete mongol que había cruzado continentes. Otros se negaban a creer que aquellas leyendas pudieran pertenecer al hombre amable que recibía a los forasteros con pan, vino y un fuego encendido.

Temür nunca los corregía.

La gloria no era valiosa como la paz.

Los años transcurrieron con una tranquilidad que él jamás habría creído posible. Pero ni siquiera las amistades más profundas pueden escapar al paso del tiempo.

Salkhi, el resistente poni que había llevado a Temür a través de ríos, montañas, desiertos y praderas, envejeció bajo los cielos de aquel pequeño valle. Su paso, antaño firme y poderoso, se volvió lento, y un tono plateado apareció alrededor de sus ojos.

Cuando finalmente llegó el día, Temür apoyó la frente sobre el cuello del viejo caballo hasta que su respiración se apagó en silencio.

Lo enterró en el jardín, junto a los almendros, tal como había vivido: mirando hacia los campos abiertos más allá del río, vigilando eternamente el horizonte. Colocó su vieja silla de montar al pie de la tumba durante una sola noche, antes de devolverla al establo, incapaz de separarse de ella para siempre.

Después de la muerte de Salkhi, Suld nunca volvió a ser el mismo.

El viejo perro acudía con frecuencia al establo vacío y permanecía allí durante horas, acostado en el lugar donde su compañero de toda la vida había descansado.

Cada semana se volvía más silencioso, como si una parte de su espíritu hubiera partido junto con el caballo.

Una fresca mañana de otoño, Layla lo encontró durmiendo plácidamente bajo los rosales junto a la puerta.

Nunca despertó.

Temür enterró a Suld junto a Salkhi, para que ninguno de los dos volviera a montar guardia en soledad.

A veces, al caer la tarde, Layla miraba desde la puerta y veía a Temür inmóvil frente a aquellas dos sencillas tumbas. Les hablaba en la antigua lengua mongola, contándoles las pequeñas alegrías de cada nueva estación, como si simplemente hubieran cabalgado un

poco más adelante y lo estuvieran esperando tras la siguiente colina.

Después regresaba a casa, donde Layla lo esperaba con pan recién hecho, una sonrisa serena y la vida tranquila que habían construido juntos.

Las cosechas reemplazaron a las victorias y las risas de los niños ocuparon el lugar del choque del acero. Cada mañana, al despertar junto a Layla, Temür daba gracias en silencio por haber obtenido un destino que pocos guerreros podían conquistar: el privilegio de una vida sencilla.

Había encontrado un lugar donde no ondeaban estandartes... donde ningún enemigo aguardaba más allá del horizonte... y donde el amor había demostrado ser más fuerte que la conquista.

El muchacho solitario de once años, que un día recorrió la inmensa estepa con nada más que un arco y su caballo, había encontrado por fin aquello que ninguna victoria podía darle: un hogar lleno de amor.

Por fin... estaba en casa.

Y por fin... había paz.

FIN



Jorge Morel es un ingeniero radicado en Chicago.

Jorge vivió durante 25 años en Europa y Asia, y escribió sobre sus experiencias en el libro *"7 años en Japón, India e Indonesia"*, publicado en español.

Otra obra de no ficción es el libro *"La seducción comienza cuando la mujer dice 'no'"*.

Sus trabajos de novela negra, publicados en inglés y español, incluyen:

"Dos criaturas inocentes",

"Flora, la mujer de los cuchillos",

"El Guardabosques"

"El sastre y la niña del pendiente de perlas"

"Venganza"

"Gina"

"La mujer del faro"

"El hombre sin memoria. Trilogía"

"El Piloto »

email: jorgemorel@hotmail.com

